

JACINTO REY

LA NOCHE
de las
MEDUSAS



SUMA

JACINTO REY

LA NOCHE
de las
MEDUSAS



Jacinto Rey

La noche de las medusas



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para Betty:
luz en la noche,
faro en la niebla.*

Flavio Antonioni apoyó la raqueta de tenis sobre el banco de madera y besó a su mujer en los labios, sin sospechar que en cinco minutos estaría muerto.

—¿Habrán llegado ya?

Ese 20 de julio de 1969, toda Italia estaba pendiente del alunizaje de la nave espacial Apolo XI. Antonioni encendió la radio portátil y sintonizó las noticias de la RAI. El módulo Eagle acababa de posarse en la superficie lunar, y los astronautas descenderían de forma inminente de la nave. Antonioni le dio la mano a su mujer; caminaron hacia una mesa situada bajo la pérgola del jardín.

—¿Quieres tomar algo para celebrarlo?

—¿La llegada del hombre a la luna? —preguntó ella, con picardía—. ¿O que los niños están de vacaciones con mis padres?

—Ambas cosas.

Antonioni acarició sus pechos; sintió la carne firme y tibia bajo la blusa.

—Si esperas un premio por haberme ganado al tenis —apostilló ella—, será mejor que traigas una botella de champán.

Antonioni se dirigió a la casa por el sendero de gravilla. Abogado de prestigio, especializado en derecho penal, había adquirido esa villa del siglo XIX, situada a las afueras de Roma, a un armador que tuvo que huir del país tras descubrirse su implicación en una trama de sobornos a la autoridad del puerto de Génova.

La había remodelado en profundidad, dotándola de una nueva instalación eléctrica, y también hizo construir la piscina y la pista de tenis. La familia residía allí en verano, cuando el calor se volvía insoportable en Roma, y en invierno lo hacían en su espaciosa vivienda en las inmediaciones de Piazza di Spagna, a poca distancia del colegio donde estudiaban sus dos hijos.

Los orígenes de Antonioni, sin embargo, eran humildes. Sus padres procedían de una pequeña localidad costera siciliana y habían tenido que endeudarse para que su primogénito cursara la carrera de derecho en la Universidad de Palermo. Ambos estaban profundamente orgullosos de él.

Antonioni se había labrado una sólida reputación, que había incomodado a muchos de sus colegas, negociando reducciones de condena para asesinos y mafiosos. No le interesaba si sus clientes eran o no culpables; de hecho, prefería ignorarlo.

Esa misma semana había conseguido la improbable liberación de un cliente, un

estudiante de la Universidad de Trento que había pasado de participar en las revueltas de 1968 a la lucha armada. Las pruebas contra él eran abrumadoras —dos testigos habían visto cómo apretaba el gatillo—, pero la policía había contaminado la escena del crimen, invalidando la evidencia disponible.

Antonioni se detuvo junto a la fachada cubierta de hiedra y observó la luna, que parecía acariciar los muros del edificio. Estaba en cuarto creciente, y el abogado se preguntó si los astronautas habrían alunizado en la parte que se veía iluminada.

Entró en la cocina por la puerta que comunicaba con la terraza. La doncella se había retirado a descansar y decidió no molestarla. Extrajo hielo del congelador, que depositó en una cubitera de acero inoxidable. Sus hijos, de cinco y siete años, habían vuelto a pintar con ceras de colores las paredes. Antonioni les había reservado una pared en su cuarto para que dibujaran, pero los niños preferían utilizar el espacio prohibido. En eso, pensó, se parecían mucho a él.

Cogió una botella de Moët Chandon, que había puesto a enfriar antes de empezar el partido de tenis, y la introdujo en el recipiente metálico. Con la cubitera en una mano y dos copas de cristal en la otra enfiló el camino del jardín para reencontrarse con su mujer. Los niños estarían fuera al menos una semana, y había cancelado todas sus reuniones para los próximos días. Pasarían el fin de semana en Roma y después irían a Portofino. Allí tenía amarrado su yate, con el que navegarían hasta la isla de Elba.

Mientras caminaba por el sendero de gravilla, experimentó una sensación extraña. Giró la cabeza hacia la luna, que le pareció más grande y brillante que unos minutos antes. No llegó a ver al sicario, oculto tras unos arbustos. La primera bala, disparada por una pistola con silenciador desde una distancia de diez metros, impactó en su frente. Antonioni ya estaba muerto cuando una segunda bala le atravesó el corazón.

Serafín Leal observó en el espejo la sangre que empapaba su camisa blanca. Colocó varias toallas de papel sobre la herida, con manos temblorosas, pero fue incapaz de detener la hemorragia.

Las lámparas fluorescentes parpadearon varias veces. Después se apagaron, dejando el lugar en una completa oscuridad. En el espejo apareció la imagen de un mar en calma, iluminado por una miríada de medusas luminiscentes. Su luz se fue difuminando progresivamente, dejando los servicios en una suave penumbra.

Serafín Leal observó las medusas casi transparentes y sintió que sus brazos empezaban a temblar; a continuación, lo hicieron sus piernas; finalmente, todo el cuerpo. A medida que las convulsiones ganaban en intensidad, su vista empezó a nublarse. Por segunda vez ese día, sintió que iba a desmayarse.

Cuando recuperó el conocimiento, se encontraba tumbado en el suelo alicatado. Se incorporó con dificultad y se examinó en el espejo. Tenía el rostro muy pálido, y las tres arrugas longitudinales en su frente parecían más pronunciadas que nunca. Su traje azul marino, hecho a medida por un sastre de Savile Row, estaba arrugado, pero la camisa blanca no mostraba resquicios de sangre.

Los desmayos eran cada vez más recurrentes. Para conjurar la inquietud, evocó la sonrisa de Carmen durante la cena, el vestido de gasa rosa que dejaba parte de su espalda al descubierto. Se ajustó los gemelos de oro en forma de ancla y, utilizando su pañuelo de seda, se limpió el sudor de la frente. Su pelo, gris y con ligeras entradas, estaba algo despeinado. Humedeció sus manos bajo el grifo y lo alisó cuidadosamente.

Se secó las manos con una toalla de papel y regresó al comedor. Al llegar a su mesa, cogió la mano de Carmen para besarla. Era medianoche, y Serafín Leal quería estar delante del televisor cuando los astronautas norteamericanos caminasen sobre la luna.

Firmó la cuenta con su estilográfica Caran D'Achey dejó una generosa propina. Le dio el brazo a Carmen, y descendieron las escaleras alfombradas del Casino de Madrid, sin prestar atención a las miradas de envidia a su alrededor.

El aparcacoches le trajo sin demora su Citroën DS descapotable, de cuya carrocería solo se habían fabricado varios cientos de ejemplares. A Serafín Leal le gustaban los objetos caros y, sobre todo, los auténticamente exclusivos.

Abrió la puerta de Carmen y percibió el olor a nuevo de la tapicería de cuero.

Cuando ella se sentó, rodeó el vehículo y abrió la puerta del conductor. En ese momento, un hombre le hizo señas desde la acera.

—¡Jesús! —Serafín Leal se volvió hacia él—. ¡Jesús! ¿No me reconoces?

Hizo caso omiso de sus aspavientos, se sentó al volante y se incorporó a la circulación.

—¿Quién era ese hombre?

—No lo sé —mintió, intentando ocultar su desasosiego—. Me habrá confundido con otra persona.

Serafín Leal se alegró de haber llevado esa noche el Citroën. Y de tener la capota abierta. Había refrescado, tras un día de intenso calor, y el cielo estaba estrellado. Conducir ese vehículo, con suspensión hidroneumática y embrague automático, era lo más parecido a una caricia. Un modelo similar, en versión berlina, había salvado la vida del general De Gaulle durante un atentado: su gran estabilidad había permitido al chófer controlar el vehículo, después de que fuese tiroteado.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A la luna, para empezar.

Carmen dibujó una sonrisa traviesa.

—¿Y después?

—Al planeta que prefieras.

Ella giró el cuello hacia atrás, dejando que sus cabellos se arremolinaran sobre los hombros. De padre francés y madre española, Carmen se había establecido unos meses atrás en Madrid para profundizar en sus estudios de canto. Después de escuchar su voz, Serafín estaba convencido de que no tardaría en convertirse en una de las mejores mezzosopranos de coloratura de Europa.

—Cántame el vals de Musetta.

Carmen soltó una carcajada, amplia y radiante como la noche de verano. Era la enésima vez que se lo pedía.

—Quizá más tarde —contestó, con su ligero acento francés.

Serafín Leal quiso decir algo, pero le sobrevino un ataque de tos.

—Tienes que dejar de fumar.

—Tengo que dejarlo todo, menos a ti.

Pisó con suavidad el acelerador. Ese vehículo no obtendría el galardón al coche más rápido del mundo, pero sí al más elegante. Si deseaba velocidad, tenía en su garaje un Mercedes Gullwing, con puertas en forma de alas de gaviota, cuyos doscientos caballos hacían imposible creer que Alemania hubiese perdido la Segunda Guerra Mundial. El Citroën DS, sin embargo, era su coche favorito. Conducirlo era como llevar unos guantes de la casa Helion, cuyos nuevos modelos importaba cada año de París.

Apoyó una mano en el parabrisas del coche y contempló fugazmente el cielo. Estaba cubierto de estrellas; o quizá de medusas luminiscentes, si daba crédito a la alucinación que había sufrido unos minutos antes. Esa imagen le trajo a la memoria el escozor de una vieja herida en el hombro, el eco de unos remos hundiéndose a intervalos regulares en el mar.

—Parece increíble que estén ahí —apuntó Carmen, señalando a la luna—. Vamos a recordar esta noche el resto de nuestras vidas.

Serafin Leal asintió, sin imaginar que la recordarían con nitidez, aunque por otro motivo. Acarició con su mano derecha la espalda de su acompañante, mientras silbaba los primeros compases del aria «Quando men vo», que cantaba en *La Bohème* el personaje de Musetta. Carmen se unió a él, entonando con voz queda la melodía.

El Citroën se deslizó con delicadeza por las calles de Madrid, en esa noche cálida en la que el hombre pisaría por primera vez la luna. Al acercarse a un semáforo, Serafin Leal presionó el pedal del freno, pero no ocurrió nada. Volvió a intentarlo varias veces, con idéntico resultado. El semáforo se encontraba cada vez más próximo, y avanzaban a gran velocidad hacia él.

Alarmada, Carmen asió el brazo de su acompañante. Serafin Leal pisó en repetidas ocasiones el freno, mientras se dirigían con rapidez hacia los coches parados en el semáforo.

Para evitar el choque, Serafin dio un volantazo y tiró de la palanca del freno de mano. El Citroën giró con brusquedad y fue a estrellarse contra un árbol.

Una semana antes

Bruno Grande permaneció de pie frente al escritorio de madera renegrida. Tenía esposas en las muñecas, y sus tobillos estaban inmovilizados con grilletes. En sus veintitrés años de reclusión, era la primera vez que pisaba el despacho del director del centro penitenciario de Tánger.

Desde que la ciudad había pasado a formar parte del Reino de Marruecos, varios directores habían desfilado por esa prisión, pero nada había cambiado para los reclusos, que seguían sufriendo el mismo trato por parte de los guardias.

El actual era un hombre pequeño, con una verruga en la nariz y un carácter impulsivo que le había hecho acreedor, entre sus subordinados, del sobrenombre de Napoleón. Sin prestar atención a Bruno Grande, leyó con detenimiento su expediente Robo, asesinato, deserción. Todo ello aderezado con una frialdad extrema. No era de extrañar que los otros reclusos evitaran cualquier contacto con él.

—¿Está preparado para salir de la cárcel?

Bruno Grande no contestó, ocupado en limpiar con la uña una mancha de sangre en su pantalón. Cuando acabó, lo miró con sus ojos estrábicos. La pérdida de paralelismo de estos se apreciaba especialmente cuando la luz incidía de forma lateral en su rostro, como ocurría en ese momento. En su juventud había experimentado frecuentes episodios de visión doble, pero su cerebro había acabado por aislar la imagen del ojo desviado, robándole, en contrapartida, la sensación de profundidad.

—Le quedan siete años de condena —El director empezó a impacientarse—. ¿Está preparado para ser libre?

Bruno Grande asintió con un gesto maquinal, mientras el otro releía la orden ministerial llegada esa mañana de Rabat. Tenía instrucción de liberar a los diez presos más antiguos para hacer sitio a nuevos reclusos. Incluso si eso suponía dejar en libertad a un asesino frío y calculador.

Dos golpes resonaron en la puerta del despacho, y el director pronunció un «*Entrez*» enérgico. Un guardia, vestido con un uniforme lleno de lamparones, entró en el cuarto de paredes lisas. Murmuró unas palabras al oído de su jefe, sin reparar en que Bruno Grande estaba escuchándolo. Un recluso había sido degollado en el patio.

y ningún prisionero había visto nada.

Las explicaciones se sucedieron con una voz igualmente tenue. Unas semanas atrás, el muerto había protagonizado una violenta pelea con Bruno Grande, tras denunciar que este ocultaba entre los pliegues de su ropa una cuchilla de afeitar con la que aterrorizaba a los otros presos. Solo uno de los guardias, cercano a la jubilación, se había atrevido a registrar la ropa del recluso para quitarle la cuchilla. A raíz del incidente, fue encerrado en una celda de castigo, un agujero donde su única alimentación consistió en un mendrugo que debía disputar a las ratas. Cuando regresó a la celda común, lo que Bruno Grande había perdido en peso lo había ganado en determinación. Especialmente en lo que concernía al guardia Karim Ali, que entre tanto se había jubilado.

El director se abanicó con la orden ministerial. Pensó en su mujer, que acudía todos los años a un balneario en Larache para combatir el reuma; en su hija de veintisiete años, miope y poco agraciada; en los permanentes atrasos en la recepción de su magro sueldo. Recordó la ilusión con la que había aceptado, cinco años atrás, el cargo en ese centro penitenciario. Por aquel entonces respetaba el criterio de sus superiores y creía que el esfuerzo, en condiciones adversas, dignificaba al ser humano. Y que su trabajo, en particular, ayudaba a remediar las desigualdades heredadas de los invasores coloniales.

Dejó el papel sobre el escritorio, encima de un mapa plastificado del Reino de Marruecos, y pensó que los dirigentes del nuevo país habían desperdiciado la oportunidad de crear un Gran Magreb, cuyo territorio se extendería hasta el río Senegal, donde ahora se encontraba la frontera entre Mauritania y Senegal.

Tomó un bolígrafo de encima de la mesa y rubricó, de su puño y letra, la orden de Rabat. Veintitrés años después de su detención, Bruno Grande volvía a ser un hombre libre.

Haciendo gala de paciencia, el jardinero limpiaba de pulgones y cochinillas los jazmines que vendería posteriormente en el zoco de las flores, junto a la Puerta de Fez de la medina.

Bruno Grande estudió de lejos al hombre, cuyo muñón se balanceaba al ritmo de la azada que sostenía en su único brazo. Había transcurrido un día desde su salida de la cárcel y se sentía desorientado. Tánger había cambiado mucho en las últimas dos décadas, hasta el punto de que le costaba reconocer la tierra negruzca y las casas destartaladas, la pestilencia a tabaco y orines, la muchedumbre que atestaba calles y mezquitas.

Caminó lentamente hacia el jardinero, que lo vio acercarse sin interrumpir su trabajo. La silueta gigante del recién llegado dibujó una larga sombra sobre los parterres de flores.

El hombre dejó la azada en el suelo y dirigió a Bruno Grande una mirada hosca. Cogió una piedra del suelo con su única mano y la lanzó a varios metros de distancia.

Los dos hombres se escrutaron en silencio. El expresidiario extrajo de su bolsillo una navaja de mariposa. La abrió con lentitud y, con un movimiento seco, la lanzó en dirección a una lagartija que se movía entre los jazmines. Su cola, desgajada del cuerpo, se agitó en el suelo mientras el animal corría a ocultarse bajo una roca.

—Veo que no has perdido la puntería —observó el jardinero, con voz gutural—. Llevo tiempo esperándote.

Habían transcurrido muchos años desde el día en que el mar había devuelto a Bruno Grande, víctima de un episodio de amnesia, a una playa de Tánger. Durante las largas noches en prisión, había tenido mucho tiempo para pensar en Leila y pergeñar su venganza. La cárcel tenía una cosa buena: te enseñaba a esperar.

Tumbado sobre una esterilla de esparto en la azotea del edificio, Karim Ali cerró los ojos y aspiró el aroma a salitre que el viento de levante depositaba sobre Tánger.

El verano inusualmente cálido, incluso para la ciudad árida y ardiente, lo había obligado a exiliarse al terrado del edificio de una planta que, durante medio siglo de trabajo, había construido con sus manos, sacrificando vacaciones y horas libres.

Llevaba dos meses jubilado y no añoraba el contacto con los reclusos de la prisión, violentos y malolientes, ni su sueldo miserable. No obstante, la jubilación le había robado la disciplina de los horarios y el tener algo que esperar, ya fuese el día de descanso semanal o el breve interludio de vacaciones que, en cada mes de Ramadán, lo llevaba a Tetuán para visitar a su hermana.

Recostado sobre el suelo irregular de la azotea, observó el firmamento salpicado de estrellas. Su padre, que había formado parte de la tripulación de varios buques mercantes, le había enseñado a reconocerlas por sus nombres árabes y latinos.

Una estrella fugaz surcó el firmamento, pero Karim Ali no se molestó en pedir un deseo. Se conformaba con que las cosas continuaran como estaban, sin arriesgarse a que el árbol de la vida, al ser agitado, le repartiese un fruto peor.

El gato de un vecino —al que Karim le había puesto el nombre de Fomalhaut, como la estrella de la constelación del Pez Austral— saltó desde la terraza contigua y se acurrucó a su lado. El animal, que había adoptado como propio, solía acompañarlo para aprovechar el frescor de la intemperie y la brisa que exhalaba el mar cercano. Pasaba más tiempo con Karim que con su auténtico dueño. A veces hablaba con él, y su compañía —aunque se limitara a responder con un maullido tímido— le ayudaba a apaciguar su soledad.

Para completar su pequeña pensión, Karim pasaba los días trenzando objetos de esparto. Su especialidad eran las aguaderas, que se colgaban del lomo de los asnos para llevar cántaros de agua, y los serones, para transportar estiércol al campo, utensilios que un primo suyo vendía después en la *casbah*. Además del tiempo empleado en su fabricación, esa actividad lo obligaba a mantenerse activo, buscando la materia prima en los terrenos áridos y pedregosos de las inmediaciones de Tánger.

La caricia de la brisa hizo que se quedara dormido. Lo despertó un ruido seco que provenía del interior de la vivienda. Tras desperezarse, observó que la luna había desaparecido en el cielo. Al igual que el gato.

Descendió los peldaños angostos y desiguales, pero no encontró a Fomalhaut en su

rincón habitual en el dormitorio. Había dejado abiertas las ventanas, y el calor había remitido en el interior de la vivienda.

Tenía una impresión extraña, así que se dirigió a la cocina, donde se encontraba la caja de herramientas en la que ocultaba sus pequeños ahorros. Extrajo el martillo y comprobó que el dinero seguía en su lugar.

El gato maulló desde el rellano de la escalera. Karim se acercó al animal, que se dejó acariciar con inusual docilidad. Lo llevó en brazos a la cocina y vertió un poco de leche en un plato oxidado, pero el animal se marchó sin probarla.

Acababa de dejar la botella sobre la encimera cuando una sombra se abalanzó sobre él con un martillo en la mano. El fuerte golpe en el cráneo dejó al exguardia maltrecho, casi inconsciente. Se desplomó sobre la mesa de la cocina y sus brazos se balancearon unos instantes en el aire, mientras su sangre goteaba sobre el plato, tiñendo su líquido blanco.

Lucía Cisneros depositó los dátiles en su cesto de mimbre y ascendió por las calles empinadas de la medina en dirección al comercio de especias del viejo Hassan.

A medida que avanzaba por las callejuelas estrechas y zigzagueantes, dejó atrás a hombres con chilaba que bebían té a la menta o jugaban al *backgammon* en las zonas umbrías. Algunos balcones seguían engalanados con los banderines de la reciente celebración del 14 de julio. Años atrás, cuando Francia controlaba junto a otras potencias la Zona Internacional de Tánger, el aniversario de la toma de la Bastilla se había celebrado con gran boato. Recordaba los comercios adornados con guirnaldas, los puestos callejeros donde se vendían manzanas asadas, la algarabía de gente que acudía a los bailes con sus mejores galas.

Lucía había vivido en la medina de Tánger hasta los trece años, y sus vericuetos laberínticos impregnaban muchos de sus recuerdos infantiles. En vida de su madre, antes de que Tánger pasara a formar parte del Reino de Marruecos, la medina era un hervidero de nacionalidades y gentes de diversa condición.

Aunque habían pasado diez años desde el fallecimiento de su madre, no había un día en que no se acordara de ella. Originaria de una familia de campesinos bereberes convertidos al catolicismo por la acción evangelizadora de los Padres Blancos franceses, la madre de Lucía había sido repudiada por su estirpe cuando se quedó encinta de un soldado español que le había prometido matrimonio y que murió poco después en una campaña militar en el Sáhara. La boda nunca llegó a celebrarse, y el oprobio por el embarazo hizo que su familia le retirara la palabra. En un gesto de rebeldía, Leila había escogido para su hija un nombre español.

Cristiana no practicante, la madre de Lucía respetaba los valores del islam. A pesar de sus escasos recursos, daba limosna a los pobres siempre que podía y cumplía con el precepto del ayuno en Ramadán. Lucía recordaba con auténtica delectación los momentos festivos después del atardecer, cuando compartían con sus vecinos los manjares cocinados por Leila.

La joven se cruzó con un hombre muy alto, vestido a la usanza europea, que golpeó involuntariamente su cesto de mimbre al pasar a su lado. Lucía hizo una pausa para revisar el contenido del cesto y prosiguió su camino por la calle empinada.

Tras la muerte de su madre, había dejado de creer en Dios. Ninguna divinidad habría permitido que Leila falleciese antes de cumplir los cuarenta años, dejando a su hija sola en el mundo. Después de su muerte, Lucía pasó un año en un orfanato, bajo la

tutela de las monjas carmelitas. La escasa caridad cristiana de las religiosas, que la apremiaban a rezar más que las otras niñas porque —aseguraban— su madre había vivido en pecado, le confirmó que aquel no era su Dios.

Como siempre hacía en sus visitas a la medina, se detuvo ante el edificio en el que había vivido con su madre, en una minúscula vivienda con vistas a un patio donde reverberaba una fuente.

La fachada del edificio, antaño de color añil, se caía literalmente a pedazos. Lucía cerró los ojos y evocó los aromas de su niñez: el olor a especias en los bazares; el almizcle que inundaba las calles; la emanación de los cueros utilizados para la fabricación de babuchas. Cada vez que regresaba a ese lugar se daba cuenta de lo mucho que echaba de menos a su madre. Decidió proseguir su camino, antes de que la nostalgia agazapada inundara sus ojos de lágrimas.

No tardó en alcanzar el comercio de especias del viejo Hassan, un lugar sofocante y abigarrado situado en la parte alta de la *casbah*. El anciano no había cambiado un ápice desde que Lucía era pequeña, y su establecimiento ofrecía una sinfonía de aromas, única en Tánger, en la que se fusionaban cientos de especias.

Lucía había aprendido allí a distinguir, bajo la tutela paciente de su madre, el hinojo del tomillo, el clavo del comino, la menta de la hierbabuena. Leila no solo le había enseñado a cocinar, sino también a combinar ingredientes aparentemente irreconciliables, a hacerlos hablar y a extraer su esencia.

Después de su estancia en el orfanato, Lucía fue adoptada por una amiga de su madre, que había luchado en las diferentes instancias administrativas para obtener su tutela. Profesora en el Colegio Español de Tánger, Beatriz Cisneros había ayudado a Leila a conseguir un trabajo de cocinera en esa institución. Poco antes de fallecer, Leila, que se sentía mortalmente enferma, había pedido a su amiga que cuidara de su hija si le pasaba algo.

Y lo había hecho con creces. Beatriz proporcionó a Lucía un cariño no exento de exigencia. Siguiendo sus pasos, había cursado los estudios de magisterio. A sus veintitrés años, Lucía llevaba unos meses impartiendo clases en el Colegio Español, y Beatriz había conseguido que le asignaran la plaza que ella dejaría vacante, al año siguiente, tras su jubilación.

Intercambió unas palabras con el viejo Hassan, que la saludó efusivamente. A continuación, cogió una pizca de clavo de un recipiente de barro y respiró su aroma un poco picante. Su madre no solo utilizaba esa especia en la cocina, sino también para aromatizar la ropa. El tendero pesó las cantidades de clavo, cilantro y cardamomo que le pidió Lucía, y envolvió cada especia en sendos sobres confeccionados con papel de periódico.

Se puso el cesto de mimbre al hombro y emprendió el camino de vuelta a casa. Su

última parada fue para comprar una pequeña cantidad de aceite de argán, de sabor parecido a la avellana. El vendedor estaba acompañado por su mujer y sus dos hijas que, sentadas en esterillas en el suelo, se encargaban de machacar con dos piedras la semilla de la que se extraía el aceite.

Al salir del taller, Lucía vio otra vez al hombre con el que se había cruzado durante su ascenso a la medina. Estaba apoyado en un portón tachonado con clavos de hierro y tenía su mirada estrábica fija en ella. Era extremadamente alto, y su ropa parecía gastada y sucia.

Estaba acostumbrada a que su piel cobriza y sus ojos líquidos de tonos oscuros atrajeran las miradas masculinas, pero el hombre estrábico no la observaba como los demás. Su expresión no era de atracción o avidez, sino de desprecio y desdén.

Aceleró el paso en dirección a la plaza del Zoco Grande y, con el rabillo del ojo, percibió que el hombre echaba a andar detrás de ella. Con el corazón latiendo cada vez más deprisa, enfiló una callejuela donde varios niños jugaban con una pelota de tela deshilachada. Los sorteó con la respiración más y más acelerada, y poco después lo hizo su perseguidor.

Prosiguió el descenso hacia la ciudad baja, con pasos cada vez más rápidos, mientras escuchaba en sus tímpanos los latidos enloquecidos de su corazón. En un pasadizo, el individuo se le acercó tanto que llegó a percibir su olor a sudor. Aterrorizada, trastabilló en una piedra y se desplomó sobre el pavimento, haciendo que el contenido del cesto se desperdigara en el suelo polvoriento.

Beatriz Cisneros sintonizó un programa de variedades de Radio Tánger. Retransmitían una canción de Karina, popular esos días, pero no prestó atención. Estaba muy preocupada por Lucía: tendría que haber regresado de la medina hacía un buen rato.

La emisora interrumpió el programa musical para hacer una reseña del lanzamiento, desde Cabo Cañaveral, del Apolo XI. La nave espacial tenía prevista su llegada a la luna cuatro días después, y el locutor añadió una retahíla de explicaciones superfluas que impulsaron a Beatriz a apagar la radio. No creía nada de lo que decían las noticias. En su opinión, no era más que propaganda norteamericana dirigida a la Unión Soviética.

Se asomó a la ventana y observó el atardecer. En el horizonte, sobre un mar con tintes cenicientos, se condensaban arreboles de tormenta. Acarició el telegrama, recibido unas horas antes, con el anuncio de que su hermano había sido ingresado de gravedad en un hospital de Madrid. Francisco llevaba un año con una salud delicada, aunque había sido una persona enfermiza desde la infancia. Había padecido la varicela, el sarampión y el tifus, así como frecuentes episodios de amigdalitis que lo dejaban postrado en la cama con cuarenta grados de fiebre. Una enfermedad arterial periférica, provocada por un estrechamiento de los vasos sanguíneos que rodeaban el corazón, le había causado serios problemas en los últimos tiempos. A esa predisposición se unía el hecho de que acababa de cumplir sesenta años, así como las dificultades económicas de su restaurante. Sus comentarios siempre crípticos hacían pensar a Beatriz que Casa Paco se encontraba al borde del naufragio.

La última fotografía que tenía de él había sido tomada durante la inauguración de su restaurante, y desde entonces habían transcurrido doce años. Tenía que regresar a Madrid para ver a su hermano, pero un miedo intenso atenazaba a Beatriz. No había vuelto a España desde su llegada a Tánger en 1939. Uno de sus tíos, religioso franciscano en la Misión Católica, la había ayudado a obtener un puesto de maestra en el Colegio Español.

A pesar de su enérgico apoyo a la causa de la República y de su aflicción por la victoria franquista, Beatriz era profundamente católica. Cuando llegó a Tánger, la ciudad era un condominio regentado por varios países, entre los que figuraban Francia y España. Unos meses más tarde, coincidiendo con la entrada de la *Wehrmacht* en París, el ejército español ocupó la ciudad y abolió su estatuto de Zona Internacional.

Había sido una situación difícil de digerir para ella. Tras huir de España en los

últimos compases de la Guerra Civil, se encontró con que el Alzamiento nacional se celebraba en Tánger como en cualquier ciudad de la España franquista: con tambores, desfiles por las calles y tribunas desde las que la Falange lanzaba sus proclamas fascistas. Tras la retirada de las tropas españolas, en 1945, Tánger había recuperado su condición de ciudad abierta. La anexión al Reino de Marruecos, en la década siguiente, provocó el comienzo de un lento e inexorable declive.

Contempló desde la ventana la torre de la catedral, sobria y de líneas clásicas, a la que acudía frecuentemente para oír misa. Con sus lámparas de hierro forjado y sus ventanales policromados, ese templo le transmitía una gran serenidad. Lucía solía acompañarla, aunque Beatriz era consciente de que no lo hacía por convicción, sino para no dejarla sola.

Llevaba ya tres décadas impartiendo clases de castellano en las Escuelas Españolas de Alfonso XIII. A pesar de que repetir el mismo programa podía resultar tedioso, su trabajo le proporcionaba grandes satisfacciones. Los últimos años habían sido los más duros, debido al afán de las autoridades marroquíes por eliminar la influencia española de la ciudad. La comunidad hispana de Tánger, que había contado con unos treinta mil habitantes, no superaba ahora los diez mil. Atrás quedaban los tiempos en los que Tánger era una ciudad multicultural, llena de vida. De aquella época solo quedaba un hálito de podredumbre.

Había transcurrido un mes desde el comienzo de sus vacaciones en el colegio, pero Beatriz no había interrumpido su voluntariado en la Misión Católica, a la que dedicaba buena parte de su tiempo libre. Cuando se jubilara de la enseñanza, al final del curso siguiente, se entregaría plenamente a la acción benéfica en el barrio obrero de Beni Makada.

La luz de la tarde empezaba a declinar. Apoyó la frente en el cristal, presa de una creciente inquietud, y observó la calle adoquinada. Tánger no era una ciudad segura cuando caía la noche, y le preocupaba que Lucía siguiese en la calle a esas horas. Aunque se había ofrecido a acompañarla, la joven prefería acudir sola a la medina, cuyas callejuelas eran protagonistas de muchos recuerdos de su niñez.

Miró la hora en el viejo reloj de pared. Eran casi las nueve, y pensó en salir a buscar a Lucía, pero desechó la idea por su escasa utilidad práctica. Encima de la mesa se encontraba un libro —*La verdadera cocina familiar*, editado por la Librería Taride— que Lucía estaba leyendo en esos momentos. Su pasión por la cocina no tenía límites, y había heredado el talante curioso e inquisitivo de su madre. Racional e intuitiva al mismo tiempo, experimentaba con los ingredientes como una alquimista que buscara la fórmula secreta de un nuevo metal. Tenía un carácter pausado y firme, aunque la muerte de su madre y la estancia en el orfanato, nunca del todo superadas, le provocaran ocasionales momentos de inseguridad.

Caminó hacia el aparador de puertas de cristal y repisa de mármol. Sobre él reposaba un marco de plata con la única fotografía que conservaba de su marido fallecido. Beatriz hablaba frecuentemente con él y le relataba sus anhelos y preocupaciones. Antes de adoptar a Lucía, el retrato de su esposo le advirtió de las dificultades que encontraría, pero Beatriz impuso su criterio. Y ahora estaba orgullosa de ello: adoptarla había sido su mejor decisión.

La maestra oyó pasos en la escalera y contuvo la respiración, rezando para que fuese ella. Instantes después, escuchó el sonido de la llave en la cerradura y vio aparecer a la muchacha. Su alegría se difuminó enseguida. Le bastó una ojeada para saber que Lucía estaba contrariada o triste; o las dos cosas.

—¿Te encuentras bien? —La muchacha hizo un leve gesto de asentimiento—. ¿Y el cesto de la compra?

—Lo he olvidado en el autobús. Voy a darme un baño.

Lucía caminó hacia el cuarto de baño, cerró la puerta con pestillo y se apoyó en el lavabo. Su cuerpo temblaba, y sintió un escalofrío al recordar el frío metálico del cuchillo al rozar su cuello.

Abrió el grifo de la bañera y se quitó la blusa. Tenía un hematoma violáceo en el hombro derecho y sintió un latigazo de dolor al levantar el brazo. Se soltó el pelo, liso y castaño, que solía recoger en una coleta los días de calor. A pesar de que había engordado un par de kilos en el último año, seguía teniendo un cuerpo elástico y firme. Con el tiempo había aprendido a aceptar su piel cobriza, herencia de su madre, que la había diferenciado en el colegio de las otras niñas.

Entró en la bañera y hundió la cabeza en el agua fría. Odiaba la humedad de Tánger, especialmente en la época vacacional. Poco podía hacer contra ese bochorno el único ventilador de la vivienda, instalado en el techo del salón.

Sacó la cabeza del agua y respiró con profundidad varias veces. Experimentó un escalofrío en la médula espinal, como si alguien hubiera entrado en el cuarto de baño. Se tapó los pechos instintivamente, pero cuando miró a su alrededor comprobó que estaba sola.

Permaneció hundida en el agua un rato, con los ojos cerrados, pero no se encontraba cómoda en ninguna posición. Aferrándose a los bordes de la bañera, se puso en pie y alargó el brazo hacia la toalla. Desde pequeña había encontrado refugio en los rituales, dentro de la cocina y fuera de ella, y se secó siguiendo la misma secuencia de siempre, empezando por los pies y terminando por el pelo.

Cuando acabó de secarse, se puso unos pantalones blancos y una blusa de cuadros rojos, y se peinó frente al espejo. En el salón se escuchaba el estrépito de una escoba

que golpeaba muebles y paredes, síntoma inequívoco de que Beatriz estaba nerviosa, un estado que intentaba calmar consagrándose a las tareas domésticas. Un objeto cayó al suelo y emitió un chasquido seco.

Lucía abrió la puerta del baño y fue a su habitación. No tenía ganas de hablar, así que cerró la puerta con llave. Extrajo del armario la vieja caja de galletas en la que guardaba los recuerdos más preciados de su madre y los extendió sobre la colcha de ganchillo: una rosa seca; un abanico con el dibujo de un caballo rampante; el envoltorio plateado de una chocolatina; un pendiente en forma de lazo y una postal amarillenta de Tetuán. Y su mayor tesoro, una foto con su madre, tomada por un fotógrafo ambulante en la playa de Merkala, cuando Lucía contaba seis años.

—¿Me abres la puerta, Volvoreta?

Aquel era el apodo cariñoso con el que Beatriz se refería a Lucía. «Mariposa» era el nombre, heredado de una abuela gallega, con el que su marido se había dirigido también a ella.

Lucía guardó los objetos en la caja y se levantó a abrir.

—¿Qué tal te ha sentado el baño?

—Muy bien.

La maestra era consciente de que, en ese momento, Lucía deseaba estar sola. Nadie la conocía mejor que ella. Sin embargo, sus primeros meses juntas habían sido complicados. Debido a su condición de viuda, las autoridades tardaron en aprobar su solicitud de adopción. El año que Lucía pasó en el orfanato, sin una figura cariñosa a su lado, había marcado profundamente su carácter y acentuado su hermetismo.

—¿Por qué has vuelto tan tarde?

—Me entretuve dando un paseo por la medina.

Lucía no quería hablar de su encuentro con el hombre del cuchillo, ni de las horas que había estado vagando por la ciudad soñolienta, sin atreverse a regresar a casa.

Beatriz se sentó a su lado en la cama. Lucía la había llamado siempre por su nombre de pila, aunque se hubiese comportado con ella como una auténtica madre.

—¿No hay nada que quieras contarme? —La joven negó con la cabeza—. ¿Estás segura?

Beatriz miró brevemente su rostro. Las lágrimas empezaban a asomar en los ojos de la muchacha. La atrajo hacia sí y la abrazó.

—He pasado mucho miedo...

A pesar de la zozobra que sentía, Beatriz utilizó una voz pausada.

—Cuéntame qué pasó.

—Un hombre me siguió por la medina y me puso un cuchillo al cuello... Era alto y tenía la mirada estrábica.

Beatriz tragó saliva con dificultad.

—Cuando te puso el cuchillo al cuello...

Lucía negó con la cabeza.

—No me tocó, si te refieres a eso.

Beatriz suspiró, aliviada. Se inclinó hacia Lucía y la besó en la frente.

—Me preguntó dónde estaba mi padre.

—¿Tu padre?

—Mi madre hablaba poco de él. ¿Tú lo llegaste a conocer?

Beatriz negó con la cabeza. Recordó los sábados en los que iba a visitar a Leila y esta cocinaba sus maravillosos platos.

—Tu madre y yo nos hicimos amigas después de que muriera tu padre. ¿Qué le dijiste de él?

—Nada. La calle se llenó de gente, y el hombre se marchó de allí.

La maestra esbozó un gesto de alivio, pero su rostro se tensó al recordar la situación de su hermano.

—He recibido un telegrama de Madrid. Francisco se encuentra ingresado en el hospital, en estado grave.

—¿El corazón otra vez?

Beatriz asintió muy despacio.

—Tengo que ir a Madrid, pero no quiero dejarte aquí sola. Creo que te vendría bien un cambio de aires —El rostro de Lucía se iluminó—. No pasará nada si pierdes unos días de clase en la Misión Católica. De todas formas, estaremos de vuelta antes de que empiece el curso escolar.

Lucía la abrazó. Tenía muchas ganas de conocer Madrid. Allí, el hombre de la medina no podría hacerle daño.

El café Hafa, con su decoración sobria y sus muros enjalbegados, era uno de los lugares favoritos de Lucía en Tánger. Se encontraba en el barrio de Marshan, a menos de un kilómetro de la ciudad antigua.

Se sentó en la terraza perchada sobre el mar, con un vaso de té azucarado en la mano, y observó el ir y venir de los barcos que cruzaban el Estrecho. Hacía un día ventoso, y el mar se desgranaba en multitud de crestas blancas. Bebió un sorbo de té con hierbabuena y cogió un puñado de pistachos del cono de papel que reposaba encima de la mesa.

El viento de poniente traía un aroma a salitre y azahar. Cruzó las piernas esbeltas y contempló las flores en las terrazas abiertas al mar. Su estación favorita era el invierno, cuando los narcisos inundaban los campos y las mimosas cubrían los prados con sus penachos amarillos. También le gustaba el verano, cuando los geranios empezaban a florecer e invadían la ciudad con su olor.

Lucía miró su reloj. Beatriz se estaba retrasando, algo inusual en ella. Había acudido esa mañana a la Misión Católica para repartir alimentos a familias pobres. Siempre tenía energías para dedicarse a causas solidarias, ya fuese enseñar a leer a niños pobres, distribuir hogazas de pan a las familias más necesitadas o impartir talleres de iniciación profesional a jóvenes que no habían completado la educación primaria. En Beni Makada, un barrio de casas abigarradas y calles sin asfaltar, quedaba mucho por hacer, pero Beatriz no se daba nunca por satisfecha, como si sus buenas acciones estuvieran destinadas a equilibrar una balanza que solo ella conocía.

La maestra apareció en el café poco después. Tenía un aspecto pulcro, sereno. Se sentó al lado de Lucía y pidió, como ella, un té con hierbabuena.

—He comprado los billetes —anunció—. Salimos mañana en barco hacia Algeciras; allí cogeremos un tren hacia Madrid.

El único viaje de Lucía hasta ese momento había sido a Tetuán, situada a dos horas de Tánger, y tenía muchas ganas de conocer Madrid. La sonrisa se le congeló en el rostro cuando reconoció, en una callejuela próxima a la terraza, al hombre que la había amenazado en la medina.

—¿Qué te pasa?

—No te des la vuelta ahora. El hombre de la medina nos está siguiendo.

Beatriz volteó el cuello lentamente. El individuo, de gran estatura, se alejaba a grandes zancadas. Pronto desapareció de su campo de visión.

—¿Adónde vas? —preguntó Lucía, al ver que su acompañante se levantaba.

—Voy a echar un vistazo. Si tu perseguidor continúa delante del café, llamaré a la policía.

A pesar de las advertencias de Lucía, Beatriz cruzó el patio y se adentró en el local. La muchacha esperó, con el alma en vilo. Para mantenerse ocupada, se quitó la pamea amarilla que su madre adoptiva le había regalado al comenzar las vacaciones y se abanicó con ella.

Durante unos minutos no ocurrió nada. El miedo había petrificado los músculos de Lucía, y se encontraba próxima a un ataque de nervios cuando la vio regresar.

—Se ha ido —informó Beatriz—. Me quedé esperando un rato, por si se le ocurría volver. Al menos, ya sé qué aspecto tiene.

Serafín Leal abrió lentamente los párpados. Su mirada, borrosa al principio, se fue agudizando y le permitió distinguir una habitación de hospital. Estaba solo en el cuarto y empezaba a atardecer.

Estiró las piernas y comprobó, aliviado, que tenía movilidad en ellas. Recordó el trayecto desde el casino y el fallo de los frenos del Citroën, pero no conservaba ningún recuerdo de lo ocurrido después del accidente.

Carmen abrió la puerta en ese momento. No llevaba el refinado vestido de gasa que había lucido en el casino, sino un pijama azul que le confería un aspecto casi infantil. Tenía cortes superficiales en el rostro, y al ver a Serafín despierto corrió a abrazarlo.

—Estaba muy preocupada por ti.

El corazón del herido se agrietó ante su ternura, pero tenía la boca pastosa y no consiguió hablar. Carmen cogió un vaso de agua de la mesilla y se lo acercó a los labios.

—¿Dónde estamos?

—En el Hospital del Rosario. Nos trajeron en una ambulancia después del accidente. ¿No lo recuerdas?

Negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Casi veinticuatro horas. Te has perdido los primeros pasos del hombre sobre la luna.

Serafín pensó que podría haber sido mucho peor. Ambos habían sobrevivido al accidente.

—Voy a avisar al médico —prosiguió ella—. Espérame aquí.

—Prometo no ir a ningún lado.

Cuando Carmen salió del cuarto, Serafín movió secuencialmente los dedos de sus manos y pies, mientras reflexionaba sobre el fallo de los frenos del Citroën. Los automóviles franceses no eran célebres por su fiabilidad, pero ese defecto mecánico no resultaba habitual en un coche casi nuevo.

Un médico entró en la habitación, acompañado de Carmen. Era de baja estatura — la bata blanca le llegaba casi hasta los tobillos — y tenía una delgadez extrema, que hacía pensar que el enfermo era él.

—Soy el doctor Solís. ¿Cómo se siente?

—En principio bien, pero dependerá de lo que usted me diga.

El médico extrajo una linterna del bolsillo de la bata y examinó las pupilas de Serafín Leal. A continuación, verificó sus reflejos y la respuesta de sus articulaciones.

—¿Tiene algún tipo de dolor? ¿Se siente confuso o desorientado?

Serafín Leal recordó las medusas luminiscentes en el espejo del baño y su camisa empapada de sangre.

—Ha estado inconsciente varias horas a causa de un traumatismo craneal —El médico guardó su linterna en el bolsillo—. El tejido cerebral no parece afectado, así que podemos hablar de una conmoción cerebral. Ha tenido mucha suerte. Los dos la han tenido. Como le decía, parece que el accidente no ha provocado ninguna lesión grave, pero no podemos descartar lesiones ocultas. Quiero que continúe en observación un par de días, hasta que tengamos los resultados de las pruebas que acabamos de hacerle.

Serafín Leal observó el estetoscopio del médico. Tal vez debería relatarle su desmayo en el cuarto de baño del casino. No era la primera vez que le ocurría algo así.

—Volveré a verlo mañana. Procure descansar.

El médico abandonó el cuarto, y Carmen se tumbó al lado de su amante. Entonó, con voz queda, el aria «Quando men vo». Serafín cerró los ojos y viajó lejos, muy lejos de aquel lugar. Cuando ella terminó de cantar, él acarició su mano con suavidad.

—Mientras estaba inconsciente, ¿alguien más estuvo en la habitación?

—Una enfermera entró un par de veces. Y el médico en una ocasión.

—¿Y nadie más?

—No, que yo sepa.

Serafín había tenido una sensación extraña, como si alguien lo hubiera estado espionando mientras dormía. Pero no podía fiarse mucho de sus sentidos. A fin de cuentas, unas horas antes había creído ver medusas luminiscentes en un espejo.

—Tengo hambre. ¿Me podrías traer algo de comer?

—¿Qué te apetece?

—Me da igual. Lo que encuentres.

Cuando Carmen salió de la habitación, Serafín se levantó con dificultad. Abrió el armario y extrajo una pequeña agenda del bolsillo de su chaqueta. Buscó un número y descolgó el teléfono situado junto a la cama.

Carmen regresó poco después con varias chocolatinas. Serafín estaba sentado en el sillón, vestido con el traje azul de raya diplomática que había llevado unas horas antes.

—¿Qué haces levantado?

Él se incorporó y se abrochó el botón de la chaqueta. No estaba dispuesto a quedarse en el hospital mientras alguien intentaba matarlo.

Beatriz Cisneros se ajustó las hombreras del vestido gris y, con la ayuda de Lucía, bajó su maleta del compartimento de equipajes. El viaje en tren desde Algeciras, en un vagón de segunda clase, había sido agotador. Junto a ellas viajaba un militar retirado, cuyos ronquidos le impidieron pegar ojo en toda la noche.

Una vez en el andén, Beatriz buscó con la mirada a Víctor González. El amigo de su hermano, que le había enviado el telegrama con la noticia de su hospitalización, se había comprometido a recogerlas en la estación de Atocha: la misma desde la que Beatriz había abandonado Madrid para instalarse definitivamente en Tánger muchos años atrás.

Víctor González había ido al colegio con su hermano, y desde pequeños eran inseparables. Beatriz se preguntó si, después de tres décadas, conseguiría reconocerlo. Experimentó un momento de incertidumbre cuando un hombre panzón, con piernas de alambre y la barba mal rasurada, avanzó hacia ellas, pero se detuvo junto a una mujer que se encontraba en el andén.

Se sentaron a esperar en un banco de madera, y Beatriz examinó la techumbre de hierro. La estación parecía menos triste que cuando se había marchado de España, en los compases finales de la Guerra Civil, con el firme propósito de no regresar hasta que no se hubiera restablecido la República. Desde entonces, lo poco que sabía de su país de origen provenía de su lectura de la prensa y de las conversaciones telefónicas esporádicas con su hermano.

Madrid había sido su hogar durante muchos años, y allí había pasado los mejores momentos de su juventud. Sus padres se habían instalado en la capital cuando Beatriz tenía quince años, tras vender el molino de pimentón que poseían en la huerta murciana. Gracias al sueldo de funcionario de su padre, la familia había vivido sin lujos, pero sin estrecheces. Hasta que se desencadenó la Guerra Civil, y su vida cambió para siempre.

Beatriz había empezado a interesarse por la política tras la proclamación, en 1931, de la Segunda República. Cuando no tenía que acudir a sus clases de magisterio, asistía a mítines de políticos liberales. Le gustaba Victoria Kent, entonces directora general de Prisiones, cuyas ideas sobre el nuevo rol de la mujer compartía enteramente. Se respiraba un viento de cambio en España, y Beatriz había querido formar parte de esos nuevos tiempos.

A diferencia de ella, obligada a regresar a Madrid por la enfermedad de su

hermano, Lucía estaba muy ilusionada con ese viaje. Era natural que, a su edad, deseara conocer mundo.

—¿Seguro que te dijo que vendría?

Beatriz asintió, sin convencimiento. Desde pequeño, Víctor González se había distinguido por su informalidad, y recordaba que tanto Francisco como él habían recibido frecuentes reprimendas por llegar tarde a casa. Durante los trámites necesarios para formalizar la herencia de sus padres, que delegaron en la gestoría de Víctor, el amigo de su hermano había hecho gala de su carácter desorganizado.

Al cabo de media hora, decidieron que no tenía sentido esperar más. Tal vez Víctor González se había confundido de día o había sufrido un contratiempo.

Cargaron con sus maletas hasta el vestíbulo de la estación. Beatriz ignoraba en qué hospital se encontraba internado su hermano y tampoco disponía de las llaves de su casa, así que le pidieron al taxista que las llevara al restaurante Casa Paco, en la calle Covarrubias.

La maestra bajó la ventanilla y observó las fachadas de la ciudad. Su último recuerdo de Madrid era de destrucción y caos, y tenía la impresión de hallarse en otro lugar. En las calles había un movimiento incesante, y la naturaleza autoritaria del régimen no parecía repercutir en el ambiente alegre y vibrante de la capital.

El barrio de Chamberí había cambiado muy poco. Durante la guerra, el frente había estado a poca distancia de allí, en la Ciudad Universitaria. Beatriz había paseado con frecuencia por esa zona con el que se convertiría en su marido. Marcos daba clases de matemáticas en el colegio de los hermanos maristas, y había ido a esperarlo muchas veces a la salida, para tomar unas gambas al ajillo en un bar cercano.

Beatriz maldecía su decisión impulsiva de alistarse en el bando republicano, cuando la guerra estaba ya perdida. Un defecto en su visión, debido a una retinosis pigmentaria, le habría permitido mantenerse alejado de las trincheras. Pero él quería hacerse el héroe y luchar por la República, en contra de la opinión de Volvoretta, el nombre con el que apodaba a Beatriz.

La relación de esta con sus suegros nunca había sido buena, pero la animadversión de los padres de Marcos se multiplicó cuando conocieron la decisión de su hijo, de la cual responsabilizaron a la que ellos llamaban la Roja. Unas semanas después de su incorporación al frente, Beatriz recibió una carta que le anunciaba su hospitalización en Albacete: una explosión de mortero, cerca de la posición que ocupaba, le incrustó un fragmento de metal en el vientre. Si era operado, para retirarle la pieza metálica, sería casi imposible detener la hemorragia. De no hacerlo, la infección se extendería irremediablemente por su organismo.

Beatriz se desplazó a Albacete para despedirse de él. Había sido un viaje azaroso, obligada a mostrar en los numerosos retenes un certificado de matrimonio falsificado

para poder continuar su marcha. Cuando llegó al hospital, el estado de Marcos era crítico. Un capellán los casó, unas horas antes de que él falleciera, *in articulo mortis*.

Tardaría muchos años en perdonarle a su marido lo que entonces le pareció una muestra de profundo egoísmo. Con el paso del tiempo aceptó su decisión de mantenerse fiel a sus convicciones, las mismas que le habían llevado a enamorarse de él. De habérselo pedido, Beatriz lo habría seguido al fin del mundo.

El taxi las dejó en la puerta de Casa Paco pasado el mediodía. Mientras Beatriz pagaba al conductor, Lucía contempló el restaurante desde la acera. Tenía un pequeño patio con mesas de plástico y sombrillas descoloridas. Le extrañó que las contraventanas estuviesen cerradas a esa hora.

Dejaron las maletas en la acera y caminaron hacia la puerta. Iban a llamar al timbre cuando un hombre la abrió bruscamente. Pasó entre ellas con malos modales, mientras guardaba un rollo de billetes en el bolsillo. Beatriz decidió ignorarlo y llamó al timbre.

La mujer que abrió la puerta, con el pelo entrecano recogido en un moño, miró con recelo a las dos visitantes. Reparó en la piel morena y satinada de Lucía.

—Soy Beatriz, la hermana de Francisco, y esta es mi hija Lucía. ¿Sabe en qué hospital se encuentra?

La extraña guardó silencio unos instantes. Víctor González no le había informado de que Francisco tuviera una sobrina.

—Siento darle la noticia. Su hermano acaba de fallecer de un infarto... Ahora mismo iba a poner el cartel de «Cerrado».

Mateo Riva se ajustó los guantes de boxeo y saltó al ring del gimnasio de la Ferroviaria. Había calentado previamente durante un cuarto de hora, haciendo flexiones y subiendo y bajando las escaleras del edificio.

—¿40-10-30-30? —le preguntó Luis, su entrenador.

Mateo hizo un gesto afirmativo. La serie consistiría en quince rondas de cuarenta *jabs* —un golpe rápido y corto—, diez *crochets* —un movimiento de recorrido semicircular—, treinta *crosses* —el brazo se movía desde atrás, hasta alcanzar la altura del mentón— y treinta ganchos. En cada ronda alternaría el brazo derecho y el izquierdo, e intercalaría un minuto de descanso entre cada una de ellas.

Solía entrenar tres veces por semana en el gimnasio de la Ferroviaria, situado en la calle Amor de Dios. Si se saltaba una sesión, su cuerpo lo echaba de menos. Antes de conocer a Luis, los entrenamientos eran tediosos y se limitaban a calentamiento, comba y saco. Ahora se concentraba en sesiones de guantes, bajo la supervisión de aquel.

Para Mateo Riva, el boxeo era una higiene de vida. Para su entrenador, sir embargo, era una pasión desenfrenada que había acabado por contagiar a su pupilo. Varios años más joven que Mateo, Luis no se perdía una velada de boxeo en el Palacio de los Deportes o en el Circo Price. Su ambición era convertirse en campeón de Madrid, y había ganado sus dos últimos combates —uno por KO y el segundo por puntos— en presencia de Mateo, que había acudido con su cámara, a petición de su amigo, para hacer un reportaje fotográfico.

Cuando acabaron el entrenamiento, se dirigieron a los vestuarios. Mateo Riva se sentó a esperar unos minutos, antes de entrar en la ducha, para permitir que su cuerpo se enfriara. De otra forma, se pasaría toda la mañana transpirando.

—¿Te ha vuelto a dejar tirado el coche? —le preguntó Luis.

—Por el momento sigue vivo.

El Seat 850 de Mateo sufría constantes averías. La última había ocurrido en el embrague, que patinaba constantemente. Para no tener que cambiarlo, había reemplazado los forros del disco. De momento, el coche continuaba funcionando.

Mateo se sacó las vendas, empapadas de sudor, que protegían sus muñecas. Las dobló con cuidado y las guardó en la bolsa. A continuación, entró en la ducha y dejó que el agua resbalara por su cuerpo sin una pizca de grasa. Tenía treinta y ocho años, y sus cabellos empezaban a mostrar reflejos plateados. Sus ojos almendrados

auguraban una amalgama de dureza y fragilidad que solía garantizarle cierto éxito con las mujeres. Unas cuantas se habían cruzado en su vida, pero solo una —Alba, su amor del instituto— le había importado de verdad y no había sido capaz de retenerla. Harta de esperar, había terminado casándose con un viajante de maquinaria industrial.

Al salir de la ducha, se vistió con un pantalón gris y una camisa blanca de manga corta. Ese día de julio prometía una jornada calurosa en Madrid.

—El sábado hay un combate de Kid Tano en el Palacio de los Deportes. ¿Quieres que te compre una entrada?

Mateo asintió sin dudarle. Kid Tano, con sus movimientos rápidos y sus golpes duros y secos, era uno de sus boxeadores favoritos. Cuando terminó de peinarse, guardó la ropa sucia y la toalla en la bolsa de deporte y se la colgó al hombro.

Se despidió de Luis y fue a buscar su coche para dirigirse al despacho. Como solía hacer los días de entrenamiento, entró a desayunar en el café Duque. El televisor emitía las imágenes, grabadas el día anterior, de Neil Armstrong dando saltos sobre la superficie lunar. «Un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad».

—¿Crees que es cierto lo que se dice?

Mateo Riva sostuvo la mirada de la camarera. Pilar tenía pecho abundante, grandes ojos castaños y unas facciones armoniosas, aunque sus movimientos eran desgarrados. Mateo sabía de qué hablaba, pues la había invitado a subir a su apartamento.

—¿Qué se dice?

—Pues que el viaje a la luna de los americanos es un montaje.

Mateo se encogió de hombros. A su lado, un hombre bebía una copa de coñac, a pesar de la hora temprana. En otra época habría sentido envidia de él. Pero recordó la noche que había pasado con la camarera, sus caderas prietas y sus labios ardientes, y concluyó que era su vecino quien debería sentir envidia.

Pidió un café con leche y dos porras y dejó la bolsa de deporte junto a la barra. Todavía no eran las nueve de la mañana. En verano solía levantarse a las seis, para no verse obligado a entrenar durante las horas de más calor.

La camarera miraba el televisor con los codos apoyados en la barra, sin prestar atención al vecino de Mateo, que observaba fijamente sus pechos. La clientela masculina se disputaba los taburetes junto a la barra, a pesar de que eran más incómodos que las sillas situadas junto a las mesas de formica.

El teléfono instalado en la pared empezó a sonar, y Pilar caminó hacia él sin apartar la vista de Mateo. Descolgó el auricular y escuchó durante unos segundos.

—Es tu secretaria —informó a Mateo—. ¿Le has dicho que vivimos juntos?

Él cogió el teléfono. Su secretaria, con su sempiterna falta de entusiasmo, le

anunció que un cliente le estaba esperando en el despacho. Desde que Mateo había fundado la agencia de detectives Akerton, eso no ocurría con frecuencia. El nombre en inglés, pensado para atraer más clientes, no había conseguido su objetivo. En esos dos años había investigado varias infidelidades conyugales, una estafa y un asunto paranormal que terminó con su cliente gravemente herido tras caer en una alcantarilla mientras practicaba radiestesia.

—Esta tarde salgo a las ocho —le informó Pilar—. Lo digo por si quieres ir al cine.

—Tengo mucho trabajo. No creo que me dé tiempo.

El hombre del coñac, que seguía con atención su conversación, observó a Mateo con incredulidad. Despechada, la camarera cogió un periódico manoseado de encima de la barra y fingió leerlo.

—¿Tienes algo más importante que hacer?

—Estoy muy liado con un caso.

Mateo dejó unas monedas sobre la barra, se despidió y salió a la calle. Su despacho estaba situado cerca del café, en la primera planta de un edificio de viviendas en la calle San Bernardo. Su oficina era la única en el inmueble; en realidad era un piso reconvertido en despacho con la ayuda de varios muebles rescatados de los escombros. La escalera olía a verdura cocida, pero la dueña aceptaba con paciencia los retrasos de Mateo en el pago del alquiler.

Subió los escalones de madera de dos en dos, con la bolsa de deporte al hombro. Su secretaria estaba sentada detrás de una mesa cubierta con un tapete de fieltro. A juzgar por el olor a esmalte, acababa de pintarse las uñas. Aunque solo tenía unos años más que Mateo, su actitud hacía pensar que cada día era un obstáculo para alcanzar la ansiada jubilación.

—Don Serafín lo está esperando en su despacho.

Don Serafín. Ella no solía utilizar tantas cortesías. Debía de estar genuinamente impresionada con el visitante.

—¿Cuál es su apellido?

—No lo he entendido. Acaba en «al».

El detective estuvo a punto de hacer un comentario, pero decidió abstenerse. Estaban a finales de julio y todavía no le había pagado a su empleada los emolumentos del mes anterior.

—¿Te ha dicho para qué ha venido?

La secretaria observó sus uñas, pintadas de un color rosa chillón, y negó con la cabeza. Mateo dejó la bolsa de deporte en un armario y se dirigió a su despacho. *Don Serafín* estaba de pie junto a la ventana. Tenía un porte distinguido y el rostro algo pálido. Vestía un traje de verano de color castaño, ajustado al talle, como si no

hubiese llevado otro atuendo en su vida.

Mateo estrechó su mano y lo invitó a sentarse, pero este declinó su ofrecimiento con un movimiento enérgico de la mano.

—Mi secretaria no ha entendido su nombre...

—Serafín Leal.

Sus ojos, fríos como el acero, indicaban que no tenía mucha paciencia y que estaba habituado a salirse con la suya.

—Un amigo me ha dicho que es usted eficaz y discreto.

—¿Puedo preguntar quién?

—Alguien que lo conoce de su etapa de policía en el País Vasco.

Mateo se sentó detrás del escritorio. Asintió, con un gesto que no afirmaba ni contradecía lo que acababa de oír.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Serafín Leal acarició su corbata de seda. Apartó la cortina y miró hacia la acera, como si esperara encontrar a alguien.

—La noche del domingo al lunes tuve un accidente de coche. Los frenos fallaron, a pesar de que el vehículo era prácticamente nuevo.

El detective cogió un caramelo de encima de la mesa, pero lo dejó en su lugar.

—Si cree que han intentado asesinarlo, lo mejor es que acuda a la policía.

—No tengo intención de hacerlo. Quiero que se encargue usted.

Mateo entrelazó sus manos. Su amígdala cerebral le decía que ese caso podía ser complicado, incluso peligroso. Pero las facturas impagadas se acumulaban y necesitaba el dinero.

—Mis honorarios son de mil pesetas al día, más gastos. Para ponerme a trabajar necesitaría un anticipo, no reintegrable, de tres mil pesetas.

Serafín Leal sacó una cartera de piel del bolsillo del traje. Contó lentamente diez billetes de mil pesetas y los dejó encima de la mesa.

—Considérelo un anticipo. Le pagaré tres mil pesetas al día, a condición de que trabaje en exclusiva para mí.

Mateo Riva lo contempló con curiosidad. Ningún cliente le había impuesto esa condición, aunque en ese momento carecía de importancia, pues no tenía otras investigaciones en curso.

—¿Cuándo puedo examinar el coche?

—Hoy mismo. Lo han remolcado al garaje Italia, en la calle Lagasca. Avisaré al dueño para que le permitan verlo. Es un Citroën DS descapotable.

Serafín Leal le tendió una tarjeta de visita. Su nombre estaba rodeado por un escudo, con una corona de seis puntas de la que colgaba una estrella. Las letras, cursivas, tenían un relieve que sobresalía al tacto. Era una tarjeta cara, que decía

mucho de su propietario.

—Lámeme en cuanto tenga noticias.

Beatriz Cisneros observó la mancha de humedad, de forma ovalada, que se extendía alrededor de la lámpara del techo. Las molduras parecían a punto de caerse en pedazos; las vigas, allá donde la pintura se deshacía en pequeñas escamas, mostraban rastros de carcoma.

La gestoría González & Hijo, que llevaba los asuntos laborales y contables de Casa Paco, tenía su despacho muy cerca del restaurante. La maestra intentó apartar del recuerdo el ataúd de pino en el que había sido enterrado su hermano. La ceremonia había tenido lugar esa mañana, con escasa asistencia. El día de calor no había ayudado, ni tampoco el hecho de que muchos madrileños estuviesen ya de vacaciones.

—¿No prefieres dejarlo para mañana? —le preguntó Lucía.

—Quiero quitármelo de encima lo antes posible.

En cuanto hubiese resuelto todos los asuntos relacionados con la herencia, regresarían a Tánger. Beatriz lo sentía por Lucía, que había viajado a Madrid con gran ilusión. Desgraciadamente, las cosas no habían ido como esperaba.

Cogió un periódico del revistero, para alejar las marismas del recuerdo. Era un ejemplar atrasado de *La Vanguardia*, con fecha de 18 de julio, aniversario del levantamiento franquista. La portada, con una foto en gran tamaño del Generalísimo, celebraba los años de «progreso social y económico» y la «venturosa paz de España».

Sintió tanta repulsa que dejó el periódico en su sitio. En ese momento, la puerta del despacho se abrió y apareció Víctor González. Las invitó a entrar y se sentó ceremoniosamente en una silla de cuero. Se había convertido en un hombre barrigón y de mirada acuosa.

—Como te decía esta mañana, además de llevar la contabilidad de Casa Paco, ayudaba a tu hermano con sus asuntos personales. Esta es una copia de su testamento.

Beatriz lo miró con gratitud. Se había encargado de organizar el entierro de Francisco, había firmado todos los papeles y las había acompañado al cementerio. No sabía qué habría hecho sin él.

—Dado que Francisco no estaba casado, todos sus bienes pasan a ti. Eso supone la mitad del piso en la calle Rafael Calvo, del que ya posees la otra mitad por herencia de tus padres, así como el restaurante Casa Paco y cuarenta mil pesetas de una cuenta del Banco de Madrid.

La maestra echó un vistazo rápido al testamento.

—¿Qué tal funciona el restaurante? —preguntó.

—Tuvo unos años buenos, pero nunca llegó a despegar. Hay pocos clientes, y los ingresos apenas cubren los gastos.

Beatriz entornó los párpados. Quería volver cuanto antes a Tánger y librarse de problemas. Esa misma mañana había contactado con la Misión Católica, para informarles de que retomaría las clases a partir del lunes.

—El restaurante emplea a un camarero y a una encargada. Sin Francisco, que se ocupaba de la cocina, va a ser imposible continuar la actividad. A no ser que contrates ya a un cocinero, lo cual no será fácil en pleno verano. De hecho, conozco a alguien de confianza que podría ocupar ese puesto. Es el hijo de un amigo.

Beatriz se fijó en la solapa del hombre. Llevaba una insignia del Real Madrid y una bandera española en miniatura. Tenía los dedos amarillentos de nicotina.

—Desde Tánger no voy a poder ocuparme del restaurante, así que preferiría vender. ¿Cuánto me darán por él?

Víctor apoyó las manos sobre su vientre abultado. Hizo una pausa y respondió, con una voz algo atiplada.

—Tendría que hacer una estimación detallada, pero puede valer medio millón de pesetas. En la gestoría también hacemos transacciones inmobiliarias, así que podría encargarme de la venta. No tendrías que ocuparte de nada.

Beatriz observó un diploma colgado de la pared. Sin perder tiempo, el gestor extrajo un contrato de un cajón del escritorio y lo puso delante de ella.

—Si firmas este mandato de venta, yo me encargaré de todo.

Revisó el contrato de forma superficial y estampó su firma en la última página. Apoyó una mano en el regazo de Lucía, que parecía decepcionada y triste.

—Tenemos que volver a Tánger en dos días. ¿Estarán listos entonces los documentos de la herencia?

Víctor sonrió con precaución, mostrando su dentadura amarillenta.

—Déjalo en mis manos.

Abandonaron el edificio de ladrillo rojo, cuya fachada pedía a gritos una renovación, y caminaron en silencio por la acera, a la sombra de los plátanos.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Beatriz observó a la muchacha con ternura. La conocía bien y sabía que algo ocurría. Como en tantas otras ocasiones, solo tendría que esperar hasta que decidiera contárselo. Cuando había adoptado a Lucía, era una niña sensible y frágil. Había sido paciente con ella, permitiéndole que se adaptara a su nueva vida. Con los años, se había convertido —demasiado rápido— en una mujer segura de sí misma.

—No quiero regresar a Tánger.

—¿Es por el hombre de la medina? ¿Te da miedo volver?

Lucía negó con la cabeza. Aquel no era el único motivo.

—No vendas el restaurante. Yo me haré cargo de él.

—¿Quieres hacerte cargo de Casa Paco?

—Sería hasta que empezáramos las clases —apostilló la joven—. Sé que no será fácil, pero me gustaría intentarlo.

Beatriz no estaba sorprendida. Era consciente de que, ya antes del incidente de la medina, Lucía no era feliz en Tánger.

—Llevar un negocio es complicado, especialmente para una mujer.

—Siempre me has dicho que nosotras valemos tanto como un hombre. Si un hombre puede hacerlo, yo también.

Admiraba su resolución, pero Lucía subestimaba las dificultades con las que se encontraría. Aunque el mundo había cambiado en las últimas décadas, algunas cosas tardarían todavía en hacerlo. Ser mujer, en un mundo dominado por hombres, no era una tarea sencilla.

—He cambiado ya los billetes de tren —razonó Beatriz—. Y me he comprometido a retomar las clases en la Misión Católica a partir del lunes. Ahora no puedo desdecirme.

—Compraré otro billete con mis ahorros. Todavía me queda un mes de vacaciones.

Llevarle la contraria no le haría cambiar de opinión, sino más bien lo contrario. La maestra decidió adoptar otra táctica.

—Acabo de firmar el mandato de venta.

—En agosto todo está parado. Nadie va a comprar el restaurante en un mes.

—Pero no conoces Madrid.

—Si necesito ayuda, tengo a Víctor González. Y nosotras hablaremos todos los días por teléfono.

Beatriz cogió una mano de Lucía entre las suyas. Ninguna de las dos ignoraba que la muchacha acabaría ganando esa batalla; como todas las anteriores.

—Eres demasiado joven para quedarte sola.

—Para ti siempre lo seré, incluso cuando tenga ochenta años. Además, igual me canso del restaurante en dos días.

Beatriz sabía que eso no iba a ocurrir. No solo era inteligente, sino también terca y obstinada. De pequeña, a pesar de todos sus intentos, había sido incapaz de hacerle sostener el lápiz de manera ortodoxa.

—Haría cualquier cosa por ti, Volvoretta. ¿Lo sabes?

Se fundieron en un abrazo. Beatriz estaba orgullosa de ella, pero sentía unas ganas enormes de llorar. Aunque siempre supo que algún día tendría que separarse de ella, en ese momento deseó que esa fecha no hubiese llegado tan pronto.

Mateo Riva se despidió de Serafín Leal, ante la mirada curiosa de su secretaria, y regresó a su despacho. Metió dos mil pesetas en un sobre, cogió las llaves del coche y salió al pasillo.

—Aquí tiene su sueldo —le tendió el sobre a la empleada—. Voy a salir. Llamaré en un par de horas.

El detective no ignoraba que su secretaria leía novelas de Corín Tellado en su ausencia. Así la obligaba, por lo menos, a estar en la oficina si aparecía algún cliente. O si llamaba *don Serafín*.

Mientras caminaba hacia el coche, recordó la conversación con este. Imaginaba varios motivos por los que no deseaba que se involucrara la policía. Quizá deseaba discreción, o tal vez no se fiaba de la competencia de las fuerzas policiales. Otra opción era que quisiera tomarse la justicia por su mano. Llegado el caso, Mateo precisaría los límites que no estaba dispuesto a traspasar. No lo había hecho en el cuerpo de policía, cuando empezaron los atentados terroristas de ETA en el País Vasco, y no lo iba a hacer ahora.

El primer paso era examinar los frenos del coche. Cuando no se encargaba él mismo de las cuestiones mecánicas, solía llevar su Seat a un taller en la plaza de los Mostenses, pero Serafín Leal había insistido en la discreción. Empezaría por echar un vistazo él mismo. No conocía la mecánica del Citroën DS, pero su sistema de frenado debía de ser similar al de cualquier otro vehículo.

Una vez montado en el coche, abrió las ventanillas, pero solo consiguió que entrara un aire cálido y pegajoso. Las calles de Madrid estaban poco concurridas a esa hora y no tardó en llegar a la calle Lagasca.

A través de la cristalera del garaje Italia se vislumbraba una sala donde estaban expuestos varios coches de lujo. El entusiasmo del vendedor, vestido con traje oscuro y corbata a rayas, se enfrió cuando le informó sobre el motivo de su visita. Lo acompañó al taller, donde se encontraba el Citroën accidentado. Había recibido un golpe en el lateral izquierdo. Por suerte para sus ocupantes, el impacto había ocurrido a la altura del eje trasero, que estaba completamente destrozado.

Cuando el vendedor lo dejó solo, Mateo dio una vuelta alrededor del vehículo. Únicamente podía examinar el eje delantero, pues la parte trasera había quedado destruida por el accidente. El centro de gravedad del coche se había desplazado hacia atrás, elevando de una manera artificial el eje delantero.

Se tumbó frente a la rueda frontal derecha e introdujo una mano debajo del guardabarros. Intentó extraer una pieza, pero estaba encajada con firmeza. Cogió una llave inglesa del banco de trabajo y retiró la rueda. El coche se columpió lateralmente y terminó apoyándose sobre el eje trasero.

Volvió a tumbarse junto al hueco de la rueda y golpeó con un martillo hasta que consiguió desmontar el disco. Lo examinó a la luz durante unos instantes, pero no vio nada extraño. Utilizando otra vez el martillo, volvió a encajarlo en su sitio.

Se incorporó y se limpió las manos en una estopa. La puerta del conductor estaba bloqueada, y tuvo que apoyarse en la ventana para accionar el resorte que abría el capó. El motor del vehículo estaba situado debajo de la rueda de repuesto. Al retirarla, vio que el depósito del líquido de frenos estaba vacío. Ese líquido transformaba en presión de frenado la fuerza que se imprimía sobre el pedal. Si no había líquido, el pedal se hundía, pero no pasaba nada. Imaginó que eso habría ocurrido justo antes del accidente. La pregunta era si de forma accidental o provocada. Mateo se inclinó sobre el depósito y no tardó en obtener la respuesta. En su base había un pequeño agujero, realizado con un objeto punzante, por el que se había filtrado el líquido. No había sido un accidente.

Dejó todo como lo había encontrado e informó al vendedor de que había terminado. Necesitaba que Serafín Leal le revelase nombres de posibles enemigos, le contase si había recibido amenazas o cualquier otro detalle que le permitiera avanzar en la investigación. En la tarjeta que le había entregado figuraba una dirección en la calle Príncipe de Vergara.

Aparcó el coche cerca del número indicado en la tarjeta. Su cliente vivía en un palacete de estilo morisco, con azulejos en las fachadas y arabescos de madera y metal en los aleros. Era una morada digna de un aristócrata o de un banquero.

Atravesó la reja del jardín y llamó al timbre. Una criada, vestida con cofia blanca y uniforme negro, le hizo esperar mientras comunicaba al señor de la casa su presencia. Regresó poco después y condujo a Mateo, ceremoniosamente, hacia el salón de la casa.

Serafín Leal estaba sentado en un sillón de cuero granate, junto a la chimenea apagada, y sostenía en las manos una revista con fotos de caballos. Llevaba un pañuelo de seda al cuello, y sin la chaqueta del traje parecía más delgado. Se había cambiado de camisa y olía a una colonia de aroma afrutado.

Invitó a Mateo a sentarse a su lado. El sofá era un poco más bajo, lo cual permitía a Serafín Leal observarlo desde una plataforma más elevada.

—He estado examinando el Citroën. El depósito del líquido de frenos está agujereado. Alguien quería provocar un accidente —Serafín Leal contempló a Mateo con sus ojos astutos, como si estuviese midiendo su resolución—. Necesito que me

cuenta de quién sospecha y por qué —añadió el detective—. De otra forma, va a pagarme tres mil pesetas al día por no hacer nada.

El cliente se levantó del sillón y caminó hacia un escritorio situado al lado de la ventana. Abrió una gaveta y extrajo una fotografía en blanco y negro. En ella se veía a Serafín Leal, mucho más joven, junto a dos hombres. Uno de ellos medía casi dos metros, mientras que el otro, en el centro de la fotografía, era de estatura mediana. Una pared encalada, en el fondo, hacía resaltar los rostros bronceados de los tres hombres.

—El más alto se llama Bruno Grande.

—¿Quién es el tercer hombre?

—Carece de importancia para su investigación. Concéntrese en Bruno Grande.

Mateo Riva exhaló el aire con irritación. Era imposible trabajar en esas condiciones.

—¿Por qué querría matarlo?

—Colaboramos años atrás en un negocio que salió mal, y él acabó en prisión. Sospecho que ha salido de la cárcel y no me extrañaría que buscara venganza.

«Años atrás» hacía pensar en una larga estancia en prisión y en un delito grave, posiblemente homicidio. Ese hecho justificaría la opacidad de Serafín Leal.

—¿Para qué me ha contratado?

Serafín Leal caminó hacia la chimenea con las manos en los bolsillos. Encima de la repisa había dos relojes de estilo imperio, que formaban parte de una extensa colección acumulada a lo largo de varias décadas. La casa estaba llena de relojes metálicos y de porcelana, con números romanos o arábigos, con carillón y sin él.

Regresó hacia el escritorio y extrajo del cajón un recorte de periódico, que le tendió al detective. Era una reseña de un concierto de música clásica, que incluía una fotografía de una mezzosoprano francesa llamada Carmen Léonard. La calidad de la imagen no era buena, pero no había duda de que era una mujer muy atractiva. Llevaba un vestido negro, estampado con rosas rojas y muy ceñido al talle. Su pelo, modelado con brillantina, caía en tirabuzones sobre sus hombros.

—Esa mujer viajaba conmigo cuando fallaron los frenos del coche. Quiero que haga dos cosas: que proteja a Carmen y que encuentre a Bruno Grande lo antes posible.

El detective alzó la vista hacia las cortinas de gasa que ondulaban frente a los ventanales abiertos del salón. Lo que Serafín Leal deseaba era evidente. La pregunta era qué pretendía hacer con Bruno Grande cuando lo hubiese encontrado.

Un cartel de «Cerrado por defunción» colgaba a la entrada del restaurante. Lucía contempló desde la acera el muro del patio, que coronaba una reja de hierro. A través de las ventanas podían verse las mesas vacías, preparadas para unos comensales que no llegarían.

Beatriz invitó a los dos empleados a sentarse en el comedor. Mercedes, la mujer que les había comunicado la muerte de Francisco, parecía contrariada y desafiante. Arturo, el camarero, rondaba los sesenta años y tenía un aire asustadizo, como si deseara salir corriendo de allí. La maestra iba a comenzar su pequeño discurso cuando Mercedes le espetó:

—Me gustaría que nos dijera de qué vamos a vivir este señor y yo, a nuestra edad, cuando cierre el restaurante.

Beatriz la miró, desconcertada.

—¿Quién le ha dicho que voy a cerrar el restaurante?

La voz de la mujer se dulcificó, aunque no demasiado.

—¿No va a ser el caso?

Beatriz aferró con las dos manos el respaldo de una silla. Eligió sus palabras antes de responder.

—Como saben, el restaurante no puede continuar abierto sin un cocinero. Para cubrir la ausencia de Francisco, mi hija se hará cargo de la cocina y del restaurante de forma provisional, hasta que decida qué hacer con él.

—¿Lo cerrará más adelante?

Beatriz la observó, cada vez más molesta.

—Más adelante, sinceramente, no sé qué haré. Lo que quiero es que ustedes dos apoyen a Lucía en todo lo que decida. Como si se tratara de Francisco.

Mercedes giró la vista hacia Lucía. Había rencor en sus ojos, como si lo que acababa de oír hubiera echado por tierra algún plan oculto. La joven pensó que aquella mirada equivalía a una declaración de guerra. Y no se equivocaba.

Bruno Grande se sentó en las tribunas vacías del Hipódromo de la Zarzuela y contempló el recorte de periódico. El hombre que aparecía en la imagen, vestido con frac y chistera, miraba casualmente a la cámara, sin imaginar que aquella fotografía iba a costarle un día la vida.

Serafin Leal no había cambiado mucho con los años. Su porte, si acaso, se había estilizado. El convencimiento de que un día conseguiría vengarse le había dado a Bruno Grande fuerzas en prisión, incluso en los momentos más duros de su cautiverio.

Habría podido matarlo en el hospital, después del accidente. Lo había visto acostado en la cama, inconsciente. Bruno había entrado en su cuarto; había aferrado un cojín y se lo había acercado a la cara, pero decidió esperar. Todavía no había llegado su hora. El destino había querido que sobreviviera al accidente, y su muerte tendría que ser dolorosa y lenta. Mataría con sus manos al hombre que había sido su mejor amigo, pero antes le haría sufrir.

Bruno Grande había pasado veintitrés años en una celda en la que se hacinaban decenas de reclusos, un estercolero con una cavidad en el suelo y un grifo del que manaba, durante una hora al día, un hilo de agua gélida. Más de dos décadas sin una cama, ni jabón ni papel higiénico. Y las cosas habían empeorado cuando el guardia Karim Ali decidió convertirse en un héroe. La celda de castigo era un agujero maloliente —uno no podía estar de pie ni estirarse del todo—, donde hacía un calor sofocante y la alimentación consistía en un aguachirle de mondas de patatas.

Recordó el encuentro con la hija de Leila en la medina de Tánger, el tacto suave de su piel, su respiración acelerada al rozar el cuello con la navaja. Cuando ingresó en prisión, Leila ya estaba embarazada. La joven se parecía mucho a su madre, y no había sido difícil dar con ella. Lástima que Leila hubiese fallecido antes de su salida de la cárcel.

Acarició la navaja de hoja de mariposa que había comprado al llegar a Madrid. Era similar a la que había utilizado, en su época en la Legión, para asesinar a varios hombres: entrar y salir; atacar con rapidez, en el momento adecuado. Llevaba dos décadas esperando para consumir su venganza. ¿Qué importaban unos días más?

Su etapa en la Legión era la única en la que se había sentido vinculado a algo. Quizá fuese el espíritu de los viejos Tercios de Flandes o la percepción de superioridad que tenían sus miembros, pero la Legión poseía una mística especial. Más allá de su imagen novelesca, estaba formada por soldados profesionales curtidos

en el campo de batalla, entre los que se creaban fuertes lazos personales. Incluso él los había sentido.

Se levantó de la tribuna vacía y le mostró el recorte de periódico a una empleada del hipódromo. La mujer desprendía un olor acre que lo transportó a su infancia, al recuerdo de su madre cuando regresaba de las duras jornadas de trabajo en el mercado de abastos. No había vuelto a verla desde que se alistó en la Legión.

Tras obtener la información que necesitaba, se dirigió a la cuadra de Flor de Loto, la yegua propiedad de Serafin Leal, favorita para ganar el próximo Gran Premio de Madrid. El animal relinchó con nerviosismo al reparar en su presencia. A medida que el hombre se aproximaba al cercado, la yegua retrocedía hacia el muro trasero. Bruno Grande abrió su navaja, que brilló con un reflejo plateado en la penumbra. Iba a cercenar el cuello del animal cuando escuchó un ruido de pasos en el exterior. Antes de que el cuidador de Flor de Loto entrara en el establo, el expresidiario cerró la navaja y se escabulló con rapidez por la puerta trasera.

Beatriz se sentó en un banco en el jardín y apoyó las manos sobre sus rodillas temblorosas. Durante la Guerra Civil, ese hospital había servido comidas a los habitantes de Madrid. Tras la muerte de su marido, Beatriz se había visto obligada a recurrir a la caridad pública para no morir de inanición.

Se acordó de sus suegros, de los que no había tenido noticias desde el día en que emigró a Tánger. Beatriz no era una persona rencorosa, pero odiaba a sus suegros. No tanto por el sufrimiento que le habían infligido a ella, sino principalmente a su propio hijo. Debido a sus ideas ultraconservadoras, los padres de Marcos habían hecho todo lo posible por alejarlo de ella. Cuando su hijo se alistó en el bando republicano, en contra de la opinión de Beatriz, sus padres la culparon de esa decisión.

Recordó el día en que había conocido a Marcos, antes de que empezara la guerra. Había sido en el café Iruña, en una reunión del colectivo Acción Literaria, con la participación de Federico García Lorca. Risueño y jovial, Marcos poseía una inteligencia y una sensibilidad que la habían seducido desde el primer instante.

Beatriz disponía de poco tiempo antes de la partida de su tren hacia Tánger, pero había algo que deseaba hacer. Se levantó del banco y entró en el hospital. Siguiendo los carteles indicadores llegó hasta la sala de recién nacidos. Detrás de un ventanal había una docena de cunas, todas ellas ocupadas.

Se acercó al cristal y sintió ganas de llorar. Recordó la conversación con sus suegros, poco después de la muerte de Marcos. Les había anunciado que estaba embarazada y ellos hicieron como si no la hubieran oído, dejando claro que ese niño no sería su nieto. Sola en el mundo —los padres de Beatriz habían fallecido durante la guerra, y su único hermano estaba destinado en el frente—, se vio obligada a recurrir a uno de sus tíos, un religioso franciscano que ocupaba una dignidad en la Misión Católica en Tánger, que le consiguió un puesto de maestra de español. Embarazada y sin apenas recursos, emprendió un viaje azaroso desde Madrid, arrastrando su maleta y con una carta de su tío como único salvoconducto. Cuando se le acabó el dinero, tuvo que dormir varias noches a la intemperie, hasta que el patrón de un pesquero de Algeciras se apiadó de ella y aceptó llevarla al otro lado del Estrecho. El día antes de la singladura, Beatriz descubrió una hemorragia en los periódicos sobre los que dormía. El médico que la atendió de urgencia solo pudo constatar que había perdido el bebé. Nunca hablaría de esa experiencia traumática con nadie. Aunque la adopción de Lucía, años más tarde, llegó a compensar

parcialmente su pérdida, se prometió a sí misma que no regresaría a Madrid mientras viviera el general Franco. Sin embargo, allí estaba.

Recordó con amargura el día en que había conocido a Leila, durante unas clases para aprender a leer que Beatriz impartía gratuitamente en la Misión Católica. La madre de Lucía aparecía siempre con un tarro de cristal lleno de té y era una alumna muy aplicada. El primer día de clase le explicó a Beatriz, con un español plagado de imperfecciones, que quería aprender a leer para que su hija no se avergonzara un día de ella. Con tesón y paciencia, aprendió a leer en menos de seis meses, y su amistad con Beatriz duró hasta el día de su muerte.

La precariedad de la economía de Tánger, junto a la gran afluencia de inmigrantes españoles, provocó una recesión que hizo que Leila fuese despedida del café en el que trabajaba. Beatriz la ayudó a obtener un trabajo en las cocinas del Colegio Español, así como una beca para que Lucía pudiera estudiar en sus aulas. En los años siguientes, visitó muchas veces a Leila en la pequeña vivienda que compartía con su hija en la medina y donde, con un simple hornillo, era capaz de convertir cualquier ingrediente en un plato mágico y misterioso. No había sido difícil encariñarse con Lucía, una niña despierta e imaginativa.

Beatriz se apoyó en el cristal y sintió una mezcla de rabia y tristeza. Los remordimientos, acumulados durante tantos años, hicieron aflorar lágrimas en sus ojos. Algún día tendría que pagar por lo que había hecho.

Se dio la vuelta y abandonó el hospital, apesadumbrada, pero serena. Cuando Lucía la vio llegar a casa de Francisco, le reprochó que hubiese tardado tanto. Si no se daban prisa, perdería su tren.

Beatriz cogió su maleta, que había dejado preparada unas horas antes, y fueron en taxi hasta la estación de Atocha. Quedaban solo unos minutos para la salida de su tren con destino a Algeciras. Avanzaron con rapidez por el andén, y Beatriz subió al vagón en el momento en que el tren silbaba para anunciar su marcha. Dejó la maleta en el suelo y apretó la mano que le tendía Lucía, de pie en el andén. Desde que la había adoptado, era la primera vez que se separaban. Lucía la había colmado de felicidad, ayudándola a cicatrizar viejas heridas.

—No sé si hago bien en marcharme.

—En la Misión Católica cuentan contigo. Además, nos veremos pronto.

Beatriz la miró con pesar. Tal vez se había ocupado demasiado de otras personas, en lugar de pasar más tiempo con Lucía. Ahora era una mujer y ya no la necesitaba.

—Buscaré a alguien para que me sustituya y volveré a Madrid lo antes posible. Si necesitas algo, pídele a Víctor González que te eche una mano. ¿Me prometes que tendrás mucho cuidado?

Lucía hizo un gesto de asentimiento.

—Si necesitas ayuda, llámame y vendré a Madrid inmediatamente.

—No te preocupes. Estaré bien.

Esa mañana, Lucía había abierto la caja de galletas donde atesoraba los recuerdos de su madre, pero la fotografía en la que aparecían las dos juntas no estaba allí. La había buscado por todos lados, sin éxito. Era una pérdida irreparable, pues se trataba de la única fotografía que conservaba de ella.

—¿No habrás visto por casualidad la foto de mi madre? No la encuentro.

—Tiene que estar en casa. ¿Has buscado bien?

—Por todos los rincones.

El tren silbó una vez más. Las dos mujeres se abrazaron con fuerza, antes de que el vagón se pusiera en marcha. Lucía despidió a Beatriz con la mano, impávida en el andén. Cuando el tren desapareció de su vista, sintió un ataque tan fuerte de nostalgia que tuvo que obligarse a pensar en otra cosa.

Un autobús la dejó cerca de la puerta del restaurante. Casa Paco llevaba cerrado desde el fallecimiento de su tío, y había llegado el momento de volver a abrir sus puertas.

Retiró el cartel de «Cerrado por defunción» y llamó a la cocina a los dos empleados. El panorama era desolador. Mercedes, con sus delirios de grandeza, parecía creer que el mundo tenía como único fin servir a sus propósitos. Arturo era voluntarioso, pero tenía una memoria tan frágil que necesitaba anotar todo en un pequeño cuaderno.

Lucía informó a los empleados de que pronto estarían abiertas las puertas del restaurante. Ninguno de los dos dijo nada, pero el rictus severo de Mercedes encerraba un reproche. Aliviada por la ausencia de preguntas, les pidió que tuviesen todo preparado para abrir al mediodía.

A continuación, se dirigió al cuarto que hacía funciones de despensa. La puerta estaba cerrada con llave, y fue a la cocina para pedírsela a Mercedes. La empleada transcribía en una pizarra, con su letra alambicada, la lista de platos acordados para la comida.

—¿Tiene la llave de la despensa?

Esta extrajo un ramillete metálico del bolsillo de su mandil.

—¿Para qué la necesita?

La joven inspiró lentamente. Quería evitar un altercado el primer día, pero Mercedes parecía decidida a complicar las cosas. La encargada extendió el brazo, pero no lo suficiente para que Lucía pudiera alcanzar las llaves. Dio un paso adelante y las aferró con un movimiento seco.

Una vez en la despensa, encendió el interruptor para iluminar el cuarto. Las estanterías estaban desordenadas, pero había productos de primera calidad: ventresca de bonito, cardo, alcachofas y numerosas conservas. Incluso una lata de caviar.

Se paseó entre los anaqueles como un jardinero que hubiese encontrado en su huerto, al amanecer, un puñado de flores exóticas. Cogió dos latas de tomate y un paquete de harina, apagó la luz y regresó a la cocina.

Había decidido mantener, al menos por el momento, los platos que conformaban la carta de Casa Paco. Las albóndigas en salsa o los callos a la madrileña no eran sus platos favoritos, pero la clientela estaba acostumbrada a ese tipo de comida y no podía cambiar el estilo del restaurante de la noche a la mañana. Añadiría un plato diferente cada día, que presentaría como recomendación de la casa. Ese día sería una *harira*, una sopa de garbanzos típica del norte de África. Como había esperado, Mercedes se mostró horrorizada con la idea, y Lucía tuvo que insistir para que escribiera el nombre de ese plato en la pizarra.

Ordenó sobre la mesa de trabajo los ingredientes y utensilios que necesitaría para preparar la *harira*. Ese plato había sido uno de los favoritos de su madre, y cocinarlo le hacía pensar en las horas que había pasado en las cocinas del colegio, acompañándola y aprendiendo de ella.

Puso a hervir los garbanzos y vertió en el recipiente pimentón, comino, clavo y laurel. Cuando los garbanzos empezaron a reblandecerse, añadió una pizca de cilantro y los dejó reposar un tiempo.

Mientras la sopa acababa de hacerse, encendió la radio y preparó natillas y arroz con leche. Para su sorpresa, durante la comida se presentaron muchos clientes. En contra de la afirmación de Víctor González, no parecía que el restaurante fuese tan mal. Aunque no podía fiarse de su memoria, Arturo le confirmó que muchos de los clientes eran habituales del restaurante, y Lucía fue recorriendo cada mesa para presentarse. Hacia las cinco de la tarde, tras recoger la cocina, volvió a casa para descansar antes de retomar el turno de la noche.

La vivienda de Francisco era muy calurosa. Beatriz le había asegurado que las cortinas, el papel pintado y hasta los muebles eran los mismos que en vida de sus padres. La única aportación de su hermano eran sus libros, varios trenes de modelismo y una gran cantidad de soldados de plomo que acumulaban polvo en las estanterías.

Lucía se sentía algo desvalida sin la presencia de su madre adoptiva, pero estaba satisfecha con su primer día en el restaurante. A pesar de algunos desajustes en la cocina, había recibido varias felicitaciones de clientes por el sabor de los platos.

Entró en el baño para darse una ducha de agua fría. Cuando terminó, se puso un pijama de algodón y fue al dormitorio a descansar. Nada más tumbarse, oyó un golpe

seco en la puerta de la entrada. Permaneció tumbada en la cama, con el corazón encogido, e intentó recordar si había cerrado con llave. Tras unos instantes, oyó los gritos de un hombre en la escalera. Los golpes volvieron a sonar, esta vez en una puerta vecina.

Se levantó y caminó de puntillas hasta la mirilla. La vecina de enfrente, una mujer joven, había abierto la puerta y estaba discutiendo con alguien. Sin ninguna advertencia, el hombre la empujó contra la pared y le propinó una bofetada, que la obligó a protegerse con las manos. El maltratador la agarró por el pelo y acercó un puño a su rostro. Lucía se sobrepuso al miedo y abrió la puerta.

—Déjela en paz.

El hombre giró el cuello hacia ella. Tenía la cara roja por el esfuerzo.

—No se meta donde no la llaman.

A Lucía le flaqueaban las piernas, pero apretó los dientes para que no se le notara.

—He avisado a la policía. Están de camino.

Amenazador, clavó en ella sus ojos, intentando discernir si decía la verdad. Golpeó la pared con el puño, cerca de donde se encontraba la cabeza de la muchacha, que gritó de espanto. A continuación, se fue por las escaleras. Lucía escuchó el eco de sus pasos, con el alma en vilo. Cuando el portal se cerró tras él, se acercó a su vecina y la ayudó a incorporarse.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió. Estaba tiritando de miedo.

—Ven conmigo. Te haré una tila.

—Me sentaría mejor un anís...

—No sé si tengo, la verdad. A ver qué encontramos.

Entraron juntas en el piso de Francisco. Una vez en el salón, Lucía abrió el aparador y encontró una botella de anís del Mono. Vertió una cantidad generosa en un vaso y se lo ofreció.

—Me llamo Lucía.

—Yo soy Nieves. ¿Has llamado de verdad a la policía?

Lucía negó con la cabeza.

—¿Ese animal es tu novio?

Su vecina bebió un buen trago de anís.

—Lo ha intentado varias veces, pero le he dado siempre calabazas. No lo puede soportar y no me deja tranquila —Lucía vertió un poco más de licor en su vaso—. Es la primera vez que te veo en el edificio.

—Acabo de llegar de Tánger. He venido a hacerme cargo del restaurante de mi tío.

—Siento su muerte. Era un buen hombre.

Nieves tenía el pelo recogido en un moño y se lo retocó. Bebió otro trago de anís.

—¿Hace mucho tiempo que te acosa?

—Un par de meses. He tenido que abandonar mi trabajo de telefonista en la central de taxis porque no me dejaba tranquila. No sé cómo ha conseguido mi dirección.

—Deberías ir a la policía. Si quieres, puedo dar testimonio de lo ocurrido.

—Ya lo he denunciado. La policía le echó una reprimenda, y a los dos días volvió a las andadas. Es una pesadilla.

Lucía pensó que se aplicaban dos raseros a la conducta de hombres y mujeres. Ellos podían hacer lo que les viniera en gana, mientras que ellas, condenadas a una permanente niñez, dependían siempre de sus padres o sus maridos.

—Tienes que hablar con un abogado.

—Claro —dijo Nieves, resignada—. ¿Y cómo voy a pagarle?

Serafín Leal extendió sobre la mesa los planos de su futuro hotel. Había invitado a Néstor Gálvez a comer jamoncitos de pato en L'Hardy, cuyo salón japonés habían cerrado para ellos. Tenían que tratar varios asuntos, y uno en particular que quería preservar de oídos indiscretos.

—No creo que el ayuntamiento recalifique los terrenos —afirmó Néstor Gálvez, inclinándose sobre los planos.

—Ofrece más dinero.

—Ese concejal tiene fama de incorruptible. Quizá tengamos que utilizar otros métodos.

Serafín Leal asintió, con la mente en otro lugar. Todos los políticos eran incorruptibles hasta que se alcanzaba la cantidad necesaria para que miraran hacia otro lado. En caso contrario, podían recurrir a «otros métodos»: una paliza al regresar a casa; el incendio fortuito de un automóvil; una amenaza velada en un ascensor.

Serafín Leal examinó los planos del hotel. Situado en primera línea de playa, el edificio contaría con diecisiete plantas. Ese año iban a inaugurarse al menos veinte hoteles en Benidorm, y no tenía la menor duda de que habría suficientes turistas para llenarlos. El aeropuerto de El Altet podía dar servicio a un millón de pasajeros; el sol, las playas y la diferencia de precios con otros países de Europa harían el resto. Los solares que había adquirido en los últimos años valdrían una fortuna.

Néstor Gálvez bebió un sorbo de Vega Sicilia, cosecha de 1955. Sus métodos podían ser heterodoxos, pero nunca le había fallado a Serafín Leal. Ni siquiera cuando les retiraron el permiso para edificar cien viviendas en la playa de la Malvarrosa, en Valencia. Gálvez había conseguido la autorización *in extremis*, permitiendo que Serafín Leal triplicara el valor de su inversión en menos de un año.

A Serafín le gustaba tener socios para minimizar el riesgo de sus proyectos, pero siempre se reservaba el control por si las cosas salían mal. Néstor Gálvez carecía de escrúpulos y por ello resultaba ideal como compañero de negocios. Agregado comercial en la embajada de Argentina en Madrid, provenía de una familia que había hecho su fortuna durante la Primera Guerra Mundial con la exportación de carne. En parte para satisfacer su espíritu aventurero, en parte para contrariar a su padre, se había alistado en la armada argentina, y durante la crisis de los misiles en Cuba integró la tripulación del destructor Rosales, estacionado en el mar Caribe. Harto de la disciplina militar, abandonó la armada y, gracias a los contactos de su familia,

inició una carrera en los servicios de inteligencia argentinos que lo llevó a París y, finalmente, a Madrid. Había tardado solo unos años en dilapidar la herencia de sus padres en fiestas, mujeres y coches de lujo, y su encuentro con Serafín Leal resultó muy provechoso para ambos. Cuando un constructor malagueño le dejó a Serafín una deuda millonaria sin pagar, y todo lo que pudo recuperar, tras la liquidación de activos, fue una yegua de competición llamada Atlántida, su amigo argentino le ayudó a comprender los entresijos de ese mundo que conocía desde la cuna. Su familia había poseído varios caballos, y Gálvez le enseñó a gestionar una cuadra sin tirar el dinero, así como los secretos para la contratación de un buen *jockey*. Durante un viaje a la localidad francesa de Deauville le ayudó a adquirir una yegua, Flor de Loto, que ganaría dos Grandes Premios de Madrid y haría de su cuadra una de las más prestigiosas de España. Serafín Leal no tardó en darse cuenta de que Gálvez poseía otros talentos y decidió involucrarlo progresivamente en sus proyectos inmobiliarios.

Bebió un sorbo de vino y dejó la copa encima de la mesa. Quería abordar cuanto antes el asunto por el que había convocado a Néstor Gálvez, pero prefirió esperar el momento adecuado.

—Este fin de semana voy a hacer una fiesta en mi casa —informó el argentino—. A ver si vienes, que desde que conociste a la cantante de ópera en una de nuestras reuniones estás aburridísimo.

Néstor Gálvez poseía una villa rodeada de tuyas en Aravaca, con una piscina que solía convertirse en escenario de sus fiestas. El argentino siempre se las arreglaba para que acudiesen jóvenes muy atractivas. Serafín sospechaba el motivo, pero prefería no indagar demasiado.

La fiesta a la que Gálvez se refería, sin embargo, había tenido lugar en el ático de un amigo de ambos en la calle Juan Bravo, con vistas a la embajada de Italia. Aquella noche había cambiado la vida de Serafín. Soplaban una brisa tibia, y las ventanas del salón estaban abiertas de par en par, ofreciendo una perspectiva de la terraza iluminada con pequeñas velas.

Estaba sentado en una silla de teca cuando escuchó una voz que le hizo pensar que se encontraba a las puertas del paraíso. Después sabría que se trataba del aria «Quando men vo», de *La Bohème*. Cerró los ojos, sin prestar atención a la conversación de la joven sentada a su lado.

Al cabo de unos instantes, se levantó y siguió el hilo invisible de la música. En el salón, acompañándose a sí misma al piano, estaba sentada una mujer morena, con un vestido de color lila que dejaba sus hombros al descubierto y unos zapatos blancos con un pompón negro en el empeine. Serafín se sentó en el respaldo de un sofá y escuchó la música con un respeto casi religioso. Cuando terminó, la intérprete agradeció con sencillez los aplausos del público y cerró la tapa del piano.

Serafin la miró durante unos instantes, incapaz de creer que un ser humano pudiese producir un sonido tan mágico. Nunca había sido tímido, y en cuestión de conquistas solía obtener lo que deseaba, pero en esa ocasión se sentía vagamente intimidado.

—Tiene una voz maravillosa. Estoy impresionado.

Ella aceptó el cumplido con elegancia, como si estuviera acostumbrada a recibirlos.

—Mi nombre es Serafin Leal.

—Carmen Léonard.

Él percibió su acento francés, pero no hizo ninguna observación.

—No sé cómo he podido vivir tantos años sin disfrutar de algo así.

Carmen sonrió, enseñando unos labios sensuales y carnosos. En ese momento, Néstor Gálvez se acercó a ellos, y Serafin se dio cuenta de que el rostro de ella se tensaba levemente. Extendió un brazo hacia el chal que había dejado encima del piano.

—Si me disculpan, mañana tengo un concierto y necesito irme a dormir.

Serafin besó su mano y tuvo el convencimiento de que había entrado en su vida para quedarse. Estaba seguro de que no tardaría en volver a verla.

—¿Cuándo vas a contarme ese problema que mencionaste por teléfono?

La voz de Néstor Gálvez le hizo regresar al salón japonés del restaurante L'Hardy. Serafin Leal comprobó que no había ningún camarero alrededor. Se preguntó cuántos años hacía que conocía a Néstor Gálvez. ¿Tres? ¿Cuatro, quizá? No lo consideraba su amigo, aunque tenían un vínculo sólido, fruto de intereses comunes y pasiones compartidas. No obstante, el asunto que iba a encomendarle era más delicado que los anteriores, y había percibido recientemente en el argentino una mezcla de envidia y resentimiento hacia él. En especial, desde que había conocido a Carmen.

—Hay un hombre que intenta matarme, y no puedo acudir a la policía.

Gálvez bebió un sorbo de vino, más largo que los anteriores. Serafin reconoció en su semblante la sonrisa fría y calculadora que utilizaba cuando avistaba a una mujer con la que quería acostarse. Un tiburón que merodeara junto a una ballena herida habría sonreído igual.

—Conozco al hombre que necesitas. Es el mejor en lo que hace, pero sus honorarios son altos.

Una suave luz matinal incidía sobre la cocina del restaurante, creando una atmósfera serena. A Lucía le gustaba su superficie amplia y radiante, que invitaba a cocinar.

Si un día llegaba a tener su propio restaurante, dispondría las mesas en un patio con una fuente y habría mucha vegetación. Sería como un palacio de *Las mil y una noches*: sobrio, sencillo y austero por fuera; exuberante, lujoso y lleno de maravillas por dentro.

Esa mañana había llegado pronto a Casa Paco. Se había levantado con energía después de pasar varias horas conversando y riendo con Nieves. A pesar del acosador que no la dejaba tranquila, su vecina era una de las personas más vitales que había conocido.

—Hay una mujer que pregunta por usted —le dijo Arturo, desde la puerta de la cocina—. Me ha dicho su nombre, pero no lo recuerdo.

El camarero tenía un serio problema para retener la información, especialmente la recién aprendida. Olvidaba las fechas y los nombres, y Lucía sospechaba que en algunas ocasiones ignoraba incluso quién era. Pero lo que le faltaba en memoria le sobraba en amabilidad y cortesía. Mercedes podría aprender mucho de él.

Se dirigió a la entrada y comprobó que la visita no era otra que Nieves. La noche anterior le había propuesto trabajar en el restaurante, al menos hasta que encontrase algo mejor. Su sueño, le había relatado, era crear un taller de alta costura y vender en él sus creaciones. Aunque no se le daba muy bien el dibujo, tenía imaginación a raudales y pasaba sus ratos libres diseñando vestidos. Las mujeres más refinadas de España se vestirían con las creaciones de Nieves Latour. Su apellido —Latorre— resultaba más elegante en francés.

La muchacha había cambiado radicalmente de aspecto desde la noche anterior. Vestía una camiseta de topos y un pantalón de campana azul. Llevaba el pelo recogido con un pasador rojo y, a pesar del colorido de su atuendo, el conjunto reflejaba una gran armonía.

—Estás muy elegante.

—Nunca se sabe dónde te puede salir un novio —bromeó Nieves—. ¿Estabas haciendo croquetas con el último cliente que se fue sin pagar?

Lucía aventuró una sonrisa. Era admirable, con el acoso del que era víctima, que conservara su buen humor.

—¿Y la Sargento? —susurró en alusión a Mercedes; Lucía le había hablado de ella

la noche anterior—. Igual tendría que haberme puesto la armadura.

—No te preocupes. Con un casco será suficiente.

Las dos mujeres fueron hacia la cocina, charlando animadamente. Lucía pidió a Mercedes y a Arturo, que estaban preparando en ese momento el comedor, que acudieran a la cocina.

—Os presento a Nieves. A partir de hoy trabajará con nosotros. Servirá las mesas y echará una mano en la cocina.

El rostro de Mercedes se congeló en un rictus de desaprobación.

—Francisco me consultaba todas las decisiones sobre el personal.

Lucía respiró hondo. Esa mujer ponía siempre a prueba su paciencia.

—Le agradezco su opinión. Lo tendré en cuenta para el futuro.

Mercedes se dio la vuelta bruscamente, ofendida, y regresó al comedor. Arturo la siguió como un perrito faldero.

—Vaya carácter que tiene —susurró Nieves—. Ni que fuera la reina de Inglaterra.

—Cuando vivía mi tío, era la jefa del restaurante. Mi llegada le ha hecho perder sus privilegios.

Lucía le tendió un mandil a su amiga, aliviada de que Mercedes se hubiera marchado.

—Prueba estos callos, a ver qué te parecen.

—No sé qué decirte. A mí los callos...

—Venga, prueba un poco.

Nieves introdujo en su boca la cuchara que le ofrecía Lucía. Esta la miró con gesto inquisitivo.

—¿Qué tal?

—Se te pegan los labios de lo buenos que están. Y eso que los callos no me gustan mucho.

Lucía había aprendido de su madre —que, a su vez, aprendió de una cocinera andaluza en el colegio de Tánger— a preparar platos españoles. El secreto de los callos era dejar los garbanzos en remojo toda la noche. Para que estuvieran ricos, tenían que estar hinchados.

—La salsa tiene una pizca de clavo. ¿Lo has notado?

—Pues la verdad es que no, pero están buenísimos.

Al sonreír, Nieves enseñó una hilera de dientes blancos y desiguales. Rechoncha y vivaracha, sin llegar a parecer gorda, tenía el rostro salpicado de pecas. Cada vez que reía, en sus mejillas se marcaban dos hoyuelos.

Lucía lavó la cuchara en el fregadero. A través de la ventana vio a Mercedes, que conversaba en el patio con un hombre cuyo rostro le resultó familiar.

—¿Con quién estará hablando?

Nieves se asomó a la ventana.

—No lo sé, pero esa mujer no es trigo limpio. Yo no la perdería de vista.

Lucía no se fiaba lo más mínimo de Mercedes, pero no iba a convertirse en una persona controladora por su culpa. Observó al hombre que hablaba con Mercedes y se percató de que era el que había salido de Casa Paco el día de su llegada a Madrid, momentos antes de que Mercedes les anunciara la muerte de Francisco. Algo se traían entre manos.

Decidió ignorarla y fue a abrir el buzón. En el correo había varias facturas de suministros y proveedores. Las guardó todas en un cajón del despacho, para dárselas más adelante a Víctor González.

Los clientes empezaban a llenar el comedor. A la hora de la comida, el restaurante estuvo todavía más concurrido que el día anterior, y Lucía se alegró de haber contratado a Nieves.

—Los callos están siendo un éxito —Nieves irrumpió en la cocina con una montaña de platos sucios—. El cliente de la mesa tres quiere felicitarte.

Lucía se limpió las manos en el delantal y se asomó al comedor. Víctor González estaba sentado a aquella mesa, y la joven se dirigió hacia él.

—Son los mejores callos que he tomado.

—Me alegro de que le gusten.

El tumulto era tan grande que resultaba difícil mantener una conversación. Lucía recordó las palabras del gestor en su despacho. En respuesta a la pregunta de Beatriz, había asegurado que el restaurante tenía pocos clientes y que los ingresos apenas cubrían los gastos. Lucía había podido constatar en los dos últimos días, sin embargo, que clientes no faltaban.

—Cuando tenga un momento, me gustaría revisar la contabilidad del restaurante.

El rostro de Víctor se tensó imperceptiblemente. Mercedes recogía los platos en una mesa contigua y estaba intentando seguir la conversación del gerente con Lucía, pero el ruido se lo impedía.

—¿Te interesa algo en particular?

—Nada en especial. Si le resulta más cómodo, puedo pasar mañana por su despacho para recoger el libro de contabilidad.

Víctor González se estiró el cuello de la camisa.

—No te preocupes. Te lo traeré la próxima vez que venga a comer al restaurante.

Mateo Riva bajó la persiana del cuarto de baño, encendió el flexo de luz roja e introdujo el negativo en el tanque de revelado. En la fotografía, al igual que en el boxeo, los rituales le permitían liberar la mente de cualquier otro pensamiento.

Añadió el líquido fijador, sin dejar de mover el tanque de revelado. Había tomado esas instantáneas el fin de semana, durante un combate que había ganado su amigo Luis. El boxeo era pura fuerza y dinamismo, y la fotografía permitía realzar la fugacidad del movimiento contenido.

Situó el tanque de revelado debajo del grifo. Cuando el agua se escurrió, colgó la película de una pinza para evitar que se enrollara. Se lavó las manos concienzudamente y fue al salón a buscar las fotografías que ya había revelado. Con sus setenta y dos kilos, Luis competía en la categoría de peso mediano, al igual que Mateo. Su amigo guardaba un cierto parecido con el francés Marcel Cerdan, el primer boxeador no estadounidense en ganar el título mundial en esa categoría.

Introdujo las fotografías en un sobre marrón y salió a la calle. Hacía un día soleado, y se dirigió al café Duque respirando hondo. Esa mañana no le tocaba entrenar en el gimnasio, y se había limitado a saltar a la comba y realizar doscientas flexiones en el salón de casa.

Luis estaba esperándolo en el café. Charlaba animadamente con la camarera, sentado en un taburete junto a la barra. Acababa de «extraer» una moneda de la oreja de Pilar, provocando su risa.

—Tu amigo es más hablador que tú —afirmó Pilar—. Me ha invitado a su próxima pelea.

—Seguro que te diviertes.

—Quizá podamos ir juntos.

La camarera le sirvió un café con leche y dos porras. Mientras mojaba una en el café, Mateo le tendió a su amigo el sobre con las fotografías. Este las examinó atentamente.

—Han quedado muy bien —Luis señaló hacia la camarera y susurró—: ¿es esta la chavala de la que me hablaste el otro día?

Mateo asintió en silencio, consciente de que Pilar los estaba mirando.

—No sé si te lo ha contado Mateo —afirmó Luis en voz alta, dirigiéndose a la camarera—, pero acabas de conocer a un actor de cine. Trabajé en la película *El joven ruiseñor*, y Joselito me confesó que había conseguido eclipsarlo.

Mateo observó a su amigo. Desde que lo conocía, había utilizado el truco de la moneda y mencionado su participación —en realidad, como figurante— en aquella película al menos veinte veces. Y siempre ante mujeres atractivas.

Luis extrajo del bolsillo dos entradas y le tendió una.

—Kid Tano. No te olvides de que es el sábado que viene en el Palacio de los Deportes.

Mateo recordaba aún la magnífica pelea entre ese boxeador y Pedro Carrasco, meses atrás, por el título europeo de peso ligero. Carrasco ganó el combate, pero Kid Tano había hecho más méritos.

Insistió en pagar la entrada, pero su amigo no quiso saber nada de ello. Obstinado, Mateo depositó el importe encima de la barra.

—Si no lo coges, olvídate de que vuelva al Palacio de los Deportes contigo.

—Mira que eres pesado...

Luis cogió los billetes y, con la mirada fija en los pechos de Pilar, le pidió que cobrara los dos desayunos. A continuación, se despidieron de ella y salieron a la calle.

—Voy al Registro Civil. ¿Quieres que te acerque al gimnasio?

—No hace falta. Tengo tiempo de sobra.

Mateo le estrechó la mano y fue a buscar su coche. De camino, hizo una parada en la pastelería La Duquesita, donde compró yemas y bombones rellenos de licor.

Hacía tiempo que no visitaba el Registro Civil, y seguía igual de desangelado. Asunción, que trabajaba en el departamento de Archivos, había coincidido con él en la comisaría de Huertas, donde ella ocupaba un cargo administrativo. Era una de las personas más eficientes que Mateo había conocido, capaz de conseguir cualquier información en muy poco tiempo. Todo ello sin moverse de su escritorio.

—Estaba por la zona y he pensado en traerte los dulces que te gustan.

—Algún favor querrás pedirme, adulator.

—Menuda opinión tienes de mí.

La funcionaria cogió un bombón de licor. Los de guinda y cereza eran sus preferidos.

—¿Qué tal el trabajo?

—Los compañeros son un aburrimento —respondió ella—. Echo incluso de menos la comisaría.

Mateo la examinó detenidamente. A pesar de sus cincuenta años, había envejecido bien y seguía siendo una mujer atractiva.

—Bueno, quizá necesite tu ayuda con una pequeña cosa.

Asunción probó una yema. Guiñó uno de sus ojos mientras la saboreaba.

—Vas a conseguir que me echen. ¿Serás tú quien alimentes a mis hijos?

—Para entonces seré un detective de fama internacional. Te daré un trabajo.

Ella se chupó los dedos pringosos. Hizo ademán de coger otro bombón, pero se lo pensó mejor.

—Dime qué necesitas.

—La información registral de dos personas. La primera se llama Bruno Grande desconozco su segundo apellido. El segundo hombre se llama Serafín Leal Paredes.

—Y supongo que lo necesitas ahora mismo, como siempre. ¿Para qué te hace falta?

—Una comprobación rutinaria relacionada con un caso. Nada especial.

Para darle más credibilidad a su afirmación, el detective ensayó su mejor sonrisa. Asunción sentía debilidad por los bombones de chocolate con licor. Y por él.

—En el caso de Bruno Grande, verifica si hay antecedentes penales y, de ser así, por qué delito.

—Seguramente habrá varias personas con ese nombre. ¿En qué rango se mueve la fecha de nacimiento?

—Aproximadamente entre 1905 y 1920.

La mujer cogió otro bombón y lo depositó entre sus dientes.

—Espero que vengas a verme algún día que no necesites un favor.

La funcionaria se dirigió a la sala de archivos. Mateo se sentó en una silla y observó la pared decorada con una imagen del Generalísimo, en uniforme de gala, y un cartel que anunciaba una campaña de prevención de enfermedades infecciosas. Mientras esperaba, sacó del bolsillo una libreta y realizó varias anotaciones relacionadas con la investigación. Asunción no tardó en regresar al mostrador.

—De Serafín Leal Paredes no hay constancia. Tiene asignado un número de carné de identidad, pero no hay ni una partida de nacimiento ni un cambio de estado civil. Nada.

—¿Es habitual?

—A veces se traspapelan los documentos. No sería la primera vez.

—¿Qué hay de Bruno Grande?

—Hay dos personas con ese nombre, nacidas en ese rango de fechas. El primero nació en 1909 y falleció en 1937. El segundo nació en 1912 en Segovia. Sin antecedentes penales.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Aquello se contradecía con la información proporcionada por Serafín Leal.

—¿Tienes alguna dirección suya en Segovia?

—Calle de San Agustín, número 8. El segundo apellido es Amador.

Mateo le dio un beso en la mejilla y abandonó el edificio del registro. Si la afirmación de Serafín Leal era cierta, Bruno Grande habría estado en prisión varios

años. Sin embargo, no había constancia de ello. O no decía toda la verdad o estaba mintiendo.

El detective miró su reloj. Si salía ahora en dirección a Segovia, llegaría hacia la una. No le apetecía conducir con ese calor, pero algún pariente de Bruno Grande podría confirmar su supuesta estancia en la cárcel y, tal vez, darle noticias sobre su paradero.

Recorrió los cien kilómetros hasta Segovia con las ventanillas abiertas, sudando por todos los poros. La calle de San Agustín se encontraba cerca del acueducto. Aparcó en las inmediaciones del monumento e hizo a pie el resto del recorrido.

El número 8 de la calle estaba ocupado por un edificio de dos plantas en estado ruinoso, y Mateo sospechó que había hecho el viaje en balde.

El sol caía a plomo sobre la ciudad. La iglesia más cercana era la de San Juan de los Caballeros. A pesar de la hora, caminó hasta allí y entró en el templo a través del claustro.

La iglesia, de estilo románico, era sencilla de formas. Sentados en los bancos había varios fieles rezando. En uno de los confesonarios había luz, y varias personas hacían cola para confesarse.

Mateo aguardó pacientemente. El sacerdote estaba parapetado tras la ventana de tracería. Apoyaba la cabeza en un codo, como si estuviera a punto de dormirse.

Cuando el sacerdote atendió a todos los fieles, abrió la puerta del confesonario y se dirigió a la sacristía. Mateo se acercó a él y le pidió unos minutos de su tiempo, sin explicarle el motivo. En su etapa en la policía había aprendido algunas cualidades de interrogador. La gente solía contarle todo si se les proporcionaba la mera ocasión de hablar. La curiosidad era el mejor acicate.

El sacerdote se sacó la túnica y la depositó sobre una silla de madera. Sin ella parecía escuálido, casi un niño.

—¿Es por una extremaunción?

Mateo negó con la cabeza.

—Estoy buscando el paradero de Bruno Grande, un antiguo feligrés suyo. Su familia vivía en la calle de San Agustín, en una casa que ahora está en ruinas.

El párroco parecía tener prisa de repente por ir a comer.

—Hace muchos años que no lo veo.

—Algo recordará de él...

—¿Es usted policía?

El detective lo atisbó con ensayada solemnidad. Lo suficiente para obtener esa información, pero sin mentir.

—Su madre venía con frecuencia a la iglesia. Ese hijo suyo no hizo más que darle disgustos.

—¿De qué tipo?

—Era muy cruel. Se peleaba con todos los niños y cazaba gatos callejeros para ahorcarlos. Desde que entró en la Legión no he sabido nada más de él.

Carmen guardó las partituras en el bolso, retocó su maquillaje e introdujo la polvera en el bolsillo de su sahariana de color *beige*. Estaba muy disgustada con el ensayo de ese día. Era la primera vez que veía a un cantante dormido en escena, y eso era exactamente lo que había hecho el tenor que interpretaba el papel de Rodolfo. Nada menos que en la escena final de *La Bohème*, junto a la moribunda Mimí. El tenor se disculpó argumentando que había abusado del Valium, para contrarrestar su nerviosismo ante la inminencia del estreno.

Esa explicación no convencía a Carmen, que se tomaba su trabajo con gran seriedad. Había trabajado mucho el personaje de Musetta, la casquivana amante del pintor Flavio, para proporcionarle una mezcla de frivolidad y profundidad que, en su opinión, aportaba un ángulo novedoso. Dudaba, en cualquier caso, de que el público —o la crítica— repararan en ello.

Bajó las escaleras del teatro con la intención de volver a su casa. Había comprado, para su encuentro con Serafín esa noche, un salto de cama rosa, con lazos y encajes negros. Si no hacía mucho calor, cenarían en la terraza del ático, como si fueran soberanos de un pequeño imperio. Él, sin duda, tenía derecho a sentirse así. El edificio de balcones de hierro, cuyos apartamentos estaban todos alquilados, le pertenecía enteramente. Un administrador acudía cada mes a cobrar los alquileres; excepto el de Carmen.

Nada más salir a la plaza vio a Néstor Gálvez. Estaba apoyado en una farola y fumaba un cigarrillo con un ademán de calibrado cinismo. Al ver a Carmen, arrojó la colilla al suelo y avanzó hacia ella.

—¿Qué haces aquí?

El argentino enseñó las palmas de las manos en signo de paz. Era un hombre apuesto, y Carmen se reprochaba haber tenido una aventura con él a su llegada a Madrid. Lo único que le importaba a Gálvez era su propio placer, y utilizaba a las mujeres como si fueran objetos.

—¿Podemos tomar un café?

—Desde luego. ¿Te parece que llame a Serafín para que nos acompañe?

—He venido porque necesito contarte algo de él.

Ella lo observó con escepticismo. Estaba convencida de que se trataba de una argucia. Néstor le había demostrado con creces que no era de fiar. Después de su primera noche juntos, se había presentado en su casa y lo había descubierto en la

cama con otra mujer.

—¿Qué quieres contarme?

—No quiero hablar en la calle. No tardaremos mucho.

Carmen introdujo la mano en el bolsillo de su sahariana y acarició la polvera de plata. Serafín se la había regalado unos días antes.

—Cinco minutos. Ni uno más.

Lo siguió hasta un café situado en la misma plaza. En la terraza hacía calor, y se instalaron en los sótanos, en un pequeño comedor con bóvedas de ladrillo. El argentino pidió una cerveza fría, pero ella no quiso tomar nada.

—Voy a contarte algo de Serafín. Aunque parezca que lo hago por mí, lo hago realmente por ti.

—Estoy a punto de marcharme.

Néstor Gálvez bebió un sorbo de cerveza. Se limpió la espuma del labio superior.

—Serafín no es quien crees que es. Tiene un pasado oscuro.

—¿A qué te refieres?

—Sabes perfectamente a qué me refiero. No fue una casualidad que fallaran los frenos del Citroën.

Carmen desvió la mirada hacia un gorrión que se había colado en el restaurante y revoloteaba junto a la bóveda, buscando una salida.

—Por tu seguridad, es mejor que te mantengas alejada de él.

Néstor Gálvez la observó. Tenía la tez bronceada, y sus cabellos se habían aclarado ligeramente con el sol veraniego. Estaba aún más hermosa que cuando la había conocido. De no ser por su dinero, Serafín nunca habría conseguido una mujer como esa. El argentino cogió la mano de Carmen, pero ella la apartó bruscamente y le propinó una bofetada seca. Sin despedirse de él, se levantó y abandonó el café.

Una vez en la calle, se chocó con un hombre que caminaba distraído. Carmen levantó el brazo para detener un taxi. Abrió la puerta y se sentó en el asiento trasero, sin reparar en que la polvera de plata había desaparecido de su bolsillo.

Mercedes repasó el cuello de la blusa con la plancha, para asegurarse de que no quedaba ninguna arruga. Desde su llegada a Madrid, había trabajado de sol a sol. Había cocinado y limpiado en varias casas, y nunca se le habían caído los anillos por hacer tareas penosas. Quienes la conocían sabían que era trabajadora. Pero también que no perdonaba nunca una ofensa y que, si las circunstancias lo justificaban, podía ser muy vengativa.

Tras comprobar que la blusa estaba impecable, la colgó en una percha y la colocó en el armario. Dejó la plancha en la encimera y encendió el televisor. En la pantalla aparecieron las imágenes de don Juan Carlos de Borbón, en el Palacio de la Zarzuela aceptando su nombramiento como sucesor a la Jefatura del Estado a título de rey. Mercedes era monárquica hasta la médula, pero habría preferido que la designación recayera en don Jaime. No tenía grandes esperanzas puestas en Juan Carlos, al que consideraba fácilmente manipulable.

La sucesión a la Jefatura del Estado era, en ese momento, la menor de sus preocupaciones. La presencia de Lucía Cisneros amenazaba con eliminar una lucrativa fuente de ingresos. La mora se creía dueña y señora del restaurante, y ni siquiera respetaba sus prerrogativas. En vez de pedirle consejo, actuaba con arrogancia y la dejaba quedar en mal lugar.

La puerta del dormitorio se abrió de repente. Víctor González apareció en el umbral, en calzoncillos y camiseta de tirantes.

—Entre la televisión y los malditos pájaros, es imposible dormir la siesta.

El contable se sentó en el sofá y apoyó los pies en la mesa de cristal. Llevaban varios años juntos, pero cada uno vivía en su casa y hacían todo lo posible por mantener las apariencias. Si se casaban, Mercedes perdería su pensión de viudedad.

—Si hubieras convencido a Beatriz para que contratara a tu primo de cocinero, igual podría permitirme un sitio más silencioso.

Víctor no se molestó en responder. Beatriz Cisneros no quería complicaciones con el restaurante, y no era culpa suya si había puesto a su hija al mando. Se lo había explicado veinte veces a Mercedes, pero no quería entender.

Ella guardó la plancha en el armario, teniendo cuidado de no quemarse, y regresó con una bolsa de alpiste. En ese momento tenía cinco canarios, dos periquitos y un agaporni. Este último, conocido como «pájaro del amor», se había quedado solo tras una pelea que concluyó con la muerte de su pareja. Mercedes había decidido comprar

tres periquitos más.

—Lucía me ha pedido el libro de contabilidad —informó Víctor González—. No se cree que el restaurante vaya mal.

Mercedes resopló ruidosamente.

—Tienes que encontrar un comprador lo antes posible.

—¿En pleno mes de agosto?

—Entonces dale largas con la contabilidad.

Víctor González sospechaba que no iba a conformarse. Con Francisco todo había sido sencillo. No entendía de números ni le interesaba hacerlo. Unos años atrás, antes de someterse a una operación de corazón, había otorgado un poder de ruina a favor de Víctor González. El notario le había recomendado limitarlo a ciertos actos jurídicos, pero Francisco confiaba plenamente en su amigo.

Mercedes y Víctor lo habían expoliado durante años. Elegían a proveedores dispuestos a doblar el precio de las facturas. La diferencia se la repartían ellos dos, tras deducir una pequeña comisión para el intermediario. Esa fuente extraordinaria de ingresos había permitido a Mercedes comprar un piso y acumular unos pequeños ahorros para su jubilación.

—Dale un libro de contabilidad maquillado —sugirió—. No tiene por qué reflejar la realidad.

Víctor González la evaluó, admirado. Mercedes había abandonado la escuela a una edad temprana, pero era una experta en sacar provecho de cualquier situación.

—Y pon el anuncio de venta lo antes posible. La hermana de Francisco no quiere complicaciones. Si recibe una oferta razonable, venderá el restaurante.

—La chica no es tonta. Acabará descubriendo el pastel.

Mercedes apoyó sus brazos huesudos en las caderas.

—¿Y qué propones entonces?

—Lo he estado pensando y lo mejor sería devolver el dinero. Puedo corregir las facturas y hacer aflorar los fondos en una cuenta bancaria. Si Lucía va a la policía, nos evitaremos muchos problemas.

—¿Te han asaltado los escrúpulos de repente?

El tono de Mercedes era despectivo, y Víctor González reparó en ello. Estaba harto de su arrogancia.

—No olvides que nos hemos beneficiado los dos por igual. Yo fui quien firmó los papeles, pero estamos juntos en esto.

Mercedes lo escrutó con frialdad. Aquello era una amenaza en toda regla. Después de tantos años, Víctor González ignoraba con quién estaba tratando.

—Puede que devolver el dinero sea la mejor opción —afirmó, reflexiva—. Déjame que lo piense.

Carmen avanzó con ligereza por la tribuna del hipódromo. Llevaba un vestido de rayas blancas y negras, que dibujaban una V desde los hombros hasta la cintura, y un sombrero rojo, coronado por dos grandes flores con forma de crisantemo. Varios hombres se volvieron para mirarla.

Estudió a Serafín Leal, que sostenía unos prismáticos. Su principal atractivo provenía de su aplomo, de la pétrea seguridad que exudaba. Tenía carisma y generaba respeto a su alrededor, aunque no cabía duda de que su fortuna facilitaba las cosas.

La conversación con Néstor Gálvez la había dejado intrigada. Lo cierto era que Serafín nunca hablaba de su pasado; ni de su familia. Era extremadamente discreto respecto a sus negocios, aunque no lo culpaba de ello: España era un país de envidias, y la ostentación podía resultar peligrosa. Viniendo de quien venía, la afirmación de Néstor Gálvez gozaba de muy poca credibilidad.

El ático en el que vivía Carmen pertenecía a Serafín. Aunque había insistido en pagar un alquiler, el administrador nunca se presentaba a cobrarlo. Carmen apreciaba las invitaciones y regalos de Serafín, pero lo que más le gustaba era cómo se sentía a su lado. Conseguía convencerla de que el mundo era un lugar especial gracias a ella.

A pesar de esa pátina de seguridad que en ocasiones rozaba la arrogancia, Serafín conseguía despertar su ternura. Hacía que se sintiera respetada y querida, y había llegado a preguntarse si estaba enamorada de él. Tal vez sí, a juzgar por lo bien que se encontraba a su lado y lo mucho que se reían juntos. Serafín encarnaba la figura del hombre protector que tanto le atraía, y además creía ciegamente en su talento artístico. Cada vez que escuchaba su voz, se deshacía en unos comentarios tan encomiásticos que le resultaba difícil no sonrojarse. No sabía qué les deparaba el futuro, pero no albergaba dudas de que Serafín representaba una influencia positiva en su vida.

Cuando advirtió que Carmen se acercaba por la tribuna, Serafín avanzó hacia ella y le abrió paso hacia su reservado. Le dio un beso en la mejilla, cogió la botella de champán de la cubitera y sirvió dos copas. Mientras brindaban, recordó el día en que había llegado a Madrid, veintitrés años antes. En aquella época distaba de ser el hombre enérgico y decidido en el que se convertiría más tarde. El dinero le había permitido cultivar aficiones y amistades, sin tener que renunciar a su vida anónima.

—¿Ha corrido Flor de Loto?

—Todavía no. Compíte en esta carrera.

Serafin le mostró el resguardo de una apuesta que había hecho para ambos: mil pesetas por Flor de Loto como caballo ganador. Carmen dejó la copa de champán sobre el mantel y tomó prestados sus binoculares para observar el circuito.

—¿Quién va a montarla? ¿El *jockey* de siempre?

Serafin asintió. Ese jinete no estaba a la altura de la yegua, pero por el momento tenía que contentarse con él.

—¿Qué tal tu ensayo?

—No pude trabajar mucho porque tengo la garganta irritada. Ahora que lo pienso, no tendría que estar tomando champán frío.

Serafin besó su mano de uñas cuidadas, pintadas de rojo púrpura. No tenía ninguna duda de que *La Bohème* sería su talismán, la obra que le abriría las puertas de una fulgurante carrera.

Carmen le hizo una seña para que mirase. Los purasangres empezaban a alinearse en el corredor de salida.

—¿Cuál es nuestro principal adversario?

—Orquídea —contestó Serafin, con el aplomo de quien ha nacido sabiendo esas y tantas otras cosas—. El alazán de color canela, con el número 6. También hay que vigilar a Estambul, con el número 3.

Ninguno de esos purasangres podía competir con el pedigrí de Flor de Loto, que había ganado dos veces el Gran Premio de Madrid. En una de esas ocasiones lo había hecho con un jinete de sesenta kilos, sin utilizar la ventaja de peso que le correspondía legítimamente.

Cuando sonó el pistoletazo de salida, Carmen se puso en pie para jalearse a Flor de Loto. Serafin la observó de reojo y pensó que su nombre —«jardín divino» o «canción»— le venía como anillo al dedo. Atractiva y vital, era una mujer espléndida que irradiaba belleza por todos sus poros.

El *jockey* llevó a Flor de Loto arropada en mitad del pelotón durante un buen trecho. En la recta final imprimió un ritmo más rápido, y la yegua se impuso por medio cuerpo de distancia. Entusiasmada por el resultado, Carmen abrazó a Serafin, y este tuvo el convencimiento de que deseaba compartir el resto de su vida con ella.

Estaban tan absortos que no repararon en que un hombre los observaba con unos prismáticos desde una tribuna lateral, más atento a sus movimientos que a lo que ocurría en el *paddock*.

—¿Qué te parece si esta noche cenamos en mi casa? Rosario nos puede cocinar algo.

—Me parece bien. Pero mañana tengo que levantarme temprano para ir al ensayo.

Serafin terminó su copa de champán, le dio el brazo y caminaron hacia las taquillas para recoger sus ganancias. Compartió con Carmen la mitad del dinero, y se dirigieron hacia donde estaba aparcado su Maserati Quattroporte. Después del accidente había optado por utilizar ese vehículo, que le proporcionaba una mayor impresión de seguridad.

Media hora después llegaron al palacete en Príncipe de Vergara. Solían verse en el ático de Carmen, pero su criada, Rosario, era una persona discreta, además de buena cocinera.

—No encuentro la polvera que me regalaste —dijo ella, cuando entraron en el dormitorio—. ¿No la habrás visto?

—Le preguntaré a Rosario —ofreció él—. Voy a darme una ducha. ¿Me acompañas?

Ella negó con la cabeza. Se sentó en la cama y se quitó los zapatos de tacón.

—No me apetece mojarme el pelo. Te espero aquí.

Carmen se tumbó en la cama, sin desvestirse. Con el eco de la ducha al fondo, recordó la fiesta en la que había conocido a Serafín. Al día siguiente comenzaba su ciclo de cinco recitales en la sala de conciertos del Conservatorio de Madrid, con un repertorio de canciones de Brahms, Schubert y Hugo Wolf. Serafín había asistido a todos los recitales y, al final de cada uno de ellos, le había enviado a su camerino seis docenas de rosas rojas. En el último ramo incluyó una tarjeta en la que le advertía que, si no cenaba con él esa noche en el Ritz, se vería obligado a seguir regalándole rosas todos los días del resto de su vida.

El teléfono de la mesilla empezó a sonar. Como Serafín estaba en la ducha, Carmen descolgó para ver quién era.

—Soy el doctor Solís, del Hospital del Rosario. ¿Puedo hablar con Serafín Leal?

Carmen reconoció la voz del médico que los había atendido tras el accidente.

—En este momento no está disponible. ¿Quiere dejar un mensaje?

Hubo un instante de duda al otro lado de la línea.

—Llevo varios días intentando hablar con él. Los resultados de sus pruebas ya están disponibles. Dígame que llame a mi consulta para concertar una cita; lo antes posible.

Carmen colgó el teléfono, algo confusa. No era habitual que un médico llamase a casa del paciente tras recibir los resultados. A no ser que tuviera malas noticias. O quizá era el trato privilegiado que podía esperar alguien como Serafín.

Le vino a la mente la conversación con Néstor Gálvez. ¿Por qué guardaba Serafín en secreto todo lo relacionado con su intimidad? ¿Ocultaba realmente un pasado

oscuro? Serafin salió de la ducha poco después, con una toalla anudada a la cintura. Lucía perlas de agua en hombros y brazos.

—¿A qué hora tienes el ensayo mañana?

—A las once —respondió ella, con voz casual—. Por cierto, ha llamado el doctor Solís, del Hospital del Rosario, mientras estabas en la ducha.

Serafin volvió su rostro hacia ella.

—¿Qué te ha dicho?

—Que tiene los resultados de tus pruebas y que llames lo antes posible para concertar una cita.

Serafin se sentó en la cama, a su lado.

—¿Te apetece una copa de vino?

El cambio de tema convenció a Carmen de que estaba preocupado, pero decidió no insistir. En ese momento no obtendría más información de él.

—¿Qué vino me ofreces?

—Tengo un Pétrus del año 57, extraordinario.

Serafin se vistió y bajó al sótano, donde guardaba sus mejores botellas. Aquel Pétrus era uno de sus mejores vinos. Lo cogió con un ademán solemne y se dirigió a la cocina para descorcharlo.

Mientras subía por las escaleras, caviló sobre las pruebas realizadas por el neurólogo. Las alucinaciones y los dolores de cabeza no mejoraban, sino más bien lo contrario, y la llamada del médico no era un buen augurio. Tendría que concertar una cita con él.

Decantó el vino en un recipiente de cristal y lo dejó respirar. A continuación, depositó el decantador y dos copas en una bandeja de acero inoxidable y caminó hacia la habitación. Serafin no iba a angustiarse por su salud. Lo único que contaba en ese momento era la mujer espléndida que estaba esperándolo en su cuarto.

Mercedes se acercó a la mesa de Víctor González para llevarle un café. Intercambió con él una mirada de connivencia y regresó a la cocina con varios platos sucios. El contable oyó su enérgico reproche a Arturo, que había vuelto a confundir los pedidos de una mesa y que escuchaba su invectiva con ojos de perro pালেado.

Lucía terció en su conversación con el camarero, recordándole a Mercedes que esa no era forma de hablarle a nadie. El tono de la joven era conciliador, para evitar una discusión delante de los clientes del restaurante.

Mercedes le informó de que Víctor González quería hablar con ella, y Lucía se dirigió al comedor. Al verla llegar, el gestor extrajo de su maletín un libro de tapas negras.

—Aquí tienes el libro de contabilidad. Si necesitas cualquier aclaración, estoy a tu disposición.

Cuando se quedó solo, bebió el café lentamente, con ademán parsimonioso. El libro de contabilidad que había preparado para Lucía ocultaba muchos gastos de proveedores. Alguien avezado podría darse cuenta de la falsificación, aunque para ello necesitaría cotejar esas transacciones con los extractos bancarios.

Tras pagar la cuenta, cogió su maletín, se ajustó los tirantes con la bandera española y salió a la calle. El mandato de venta del local estaba firmado, y tenía que encontrar un comprador. Eso lo solucionaría todo.

Una vez en la acera, extrajo su cámara de fotos del maletín. Tomaría varias fotografías del restaurante y publicaría el anuncio sin mencionar su nombre. Cuando Beatriz Cisneros tuviera una oferta concreta por el local, aceptaría vender sin ninguna duda.

Dio una vuelta alrededor del edificio, con la cámara colgada del cuello. Mientras tomaba una fotografía de la parte trasera del restaurante, un hombre se interpuso en la imagen, justo cuando Víctor González apretaba el disparador.

El hombre, muy alto, caminó en dirección al gestor. En ese momento, dos niños se acercaron corriendo por la acera, seguidos de sus madres, y este se paró en seco. Contempló con su mirada de escualo a Víctor González y se alejó de allí con grandes zancadas.

Tras recorrer un buen trecho, el gigante buscó una cabina y marcó un número de teléfono. Pronunció las dos palabras memorizadas y escuchó la voz familiar al otro lado de la línea:

—El hombre que te está siguiendo se llama Mateo Riva. Es detective privado.

El Archivo General Militar de Madrid estaba situado en el antiguo Seminario de Nobles, cerca de la calle de la Princesa.

El edificio había sido destruido por el fuego en varias ocasiones, y la construcción actual databa de finales del siglo XIX. La sala de archivos ocupaba una extensa superficie abovedada en el sótano. Infinidad de archivadores y legajos se apilaban de forma precaria sobre largas filas de estanterías de madera. Los escritorios, dedicados a investigadores y estudiosos, estaban vacíos en ese momento. En el lugar olía a serrín y humedad.

Los archivos militares se encontraban desperdigados por diferentes edificios de Madrid. Según la información que Mateo Riva había recibido del párroco de Segovia, Bruno Grande se alistó en la Legión antes del comienzo de la Guerra Civil. Y los archivos relacionados con esa fuerza militar eran custodiados en el Seminario de Nobles.

Se acercó al mostrador del registro. Un hombre miope, peinado de lado para ocultar su calvicie, escuchó con desinterés sus palabras. Caminó hacia una estantería situada al fondo de la sala y regresó con una caja llena de legajos, que depositó encima de un escritorio.

—¿Qué nombre me ha dicho?

—Bruno Grande Amador.

El funcionario se acarició la barba mal rasurada y buscó en la caja. Al cabo de unos instantes, extrajo una carpeta amarillenta, que contenía documentos escritos a mano.

—Aquí lo tengo. Bruno Grande Amador desertó de la Legión en octubre de 1945.

—¿Qué fue de él?

—Según consta en el informe, sigue huido.

Mateo revisó mentalmente las fechas.

—¿Figura en el expediente el día exacto de su deserción?

—Fue el 10 de octubre de 1945. Estaba destinado entonces en Tánger. Si no recuerdo mal, hacia esa fecha se retiraron las tropas españolas de la ciudad.

—¿Podría buscar el expediente de otro legionario? Su nombre es Serafín Leal Paredes.

El funcionario contempló el reloj en su muñeca izquierda. Se llevó la caja al archivo y la dejó en su lugar. Examinó varios legajos durante un buen rato; finalmente,

regresó con las manos vacías.

—No consta ningún miembro de la Legión con ese nombre.

Mateo Riva enarcó las cejas. Serafín Leal había podido cambiar de identidad como atestiguaba el hecho de que no hubiera ninguna anotación con su nombre en el Registro Civil.

—¿Puedo pedirle un último favor? ¿Podría comprobar si se produjeron más deserciones en la Legión el 10 de octubre de 1945?

El funcionario lo miró con cara de fastidio. Para dejarle claro que era la última petición que atendería, le pidió que lo esperara frente al mostrador del archivo. Esta vez tardó más en hacer la búsqueda. Regresó algo despeinado, con un gesto de humor sombrío.

—Hubo una segunda deserción ese día. El legionario en cuestión se llamaba Jesús López Viejo.

—¿Llegaron a detenerlo?

—Desapareció de la faz de la tierra.

El detective recordó la imagen del tercer hombre que aparecía en la fotografía, junto a Serafín Leal y Bruno Grande.

—¿No se produjo otra deserción ese mismo día?

—Si ocurrió, no consta en los archivos.

Le dio las gracias al funcionario y salió a la calle. Era probable que el verdadero nombre de Serafín Leal fuese Jesús López Viejo, aunque eso carecía de importancia para la investigación. Lo que necesitaba comprender era su relación con Bruno Grande, por qué ambos habían desertado de la Legión el mismo día y el papel, si es que había desempeñado alguno, del tercer hombre. Sospechaba que una conversación con Serafín Leal al respecto no le serviría de mucho.

El detective regresó a su despacho, situado cerca de allí. Su secretaria estaba leyendo el periódico y no le prestó la menor atención.

—¿Hay algún mensaje para mí?

—Ha llamado don Serafín. Quiere que vaya a verlo lo antes posible.

Mateo observó de refilón el titular de la noticia. Relataba un robo a mano armada en una joyería en la calle Serrano.

—¿A qué hora llamó?

—Hará un par de horas.

El detective echó un vistazo a la correspondencia y salió hacia la casa de Serafín Leal. Eran las dos de la tarde cuando se presentó en el palacete de Príncipe de Vergara. Al llamar al timbre, escuchó un ruido de platos en la cocina. A regañadientes, la criada aceptó comunicarle a Serafín Leal que tenía una visita. Regresó poco después y condujo a Mateo al salón.

Serafin Leal estaba sentado a un extremo de la larga mesa de castaño. Dejó los cubiertos sobre el plato que apenas había tocado y se levantó de la silla.

—Mi secretaria me ha dicho que quería verme.

Su cliente caminó hacia el escritorio y abrió un cajón. Extrajo una fotografía en blanco y negro, que le tendió a Mateo.

—Apareció esta mañana en mi buzón.

Mateo escrutó la imagen. En ella se veía a una mujer de unos treinta años, con los cabellos cubiertos por un pañuelo blanco. Abrazaba a una niña pequeña, perfilada por el mar de fondo.

—La mujer es Leila, la que fue mi prometida en Tánger —Hizo una breve pausa— La niña, seguramente, es mi hija.

Mateo reparó en su voz quebrada por la emoción. Era la primera vez, desde que lo conocía, que parecía tener sentimientos.

—¿La fotografía se encontraba en un sobre? ¿Algún remite o matasellos?

—En el buzón solo estaba la fotografía.

No era necesario un remite para deducir que Bruno Grande estaba detrás de aquello. La mujer y la niña corrían sin duda peligro.

—Esta mañana he visitado el Archivo General Militar para consultar los archivos de la Legión. Bruno Grande desertó el 10 de octubre de 1945 y, según consta en su expediente, nunca lo encontraron. Sin embargo, usted me comentó que estuvo en la cárcel —Serafin Leal lo contempló en silencio—. Ese mismo día desertó un segundo miembro de la Legión. Su nombre era Jesús López Viejo.

Serafin Leal se acomodó en el sillón granate. Cogió un cigarrillo de una pitillera de oro y se lo puso entre los labios, pero no lo encendió. Se aprestó a lanzar una estocada típica de su talante.

—Dígame una cosa. ¿Le pago bien por sus servicios?

—Me paga para que realice una investigación. Y no puedo hacer mi trabajo si no me proporciona la información que necesito.

—Lo que necesito es que encuentre al hombre que está intentando matarme.

—Para hacerlo, me ayudaría saber qué ocurrió el 10 de octubre de 1945 y por qué Bruno Grande acabó en prisión. Entiendo que fue en el extranjero, pues de otra forma habría constancia de ello en los archivos de nuestro país.

Serafin Leal recordó su estancia en Farsia, en un destacamento en el Sáhara español, en compañía de Bruno Grande y de Andrés, el Puro. Durante el día las temperaturas alcanzaban sesenta grados y no bajaban de los treinta y cinco durante la noche. La IV Bandera de la Legión, a la que pertenecían los tres hombres, había recibido orden de tomar una posición rebelde. Su expedición cayó en una emboscada en el oasis de Edchera, pero los legionarios consiguieron romper el cerco enemigo.

Habían tomado dos prisioneros, que el capitán dejó bajo la custodia de Bruno Grande, mientras sus compañeros perseguían a los rebeldes entre las dunas. Cuando regresaron de la cacería encontraron muertos a los dos prisioneros, con diversas puñaladas en el cuerpo. Bruno alegó que lo habían atacado y que tuvo que matarlos en defensa propia.

—Olvídese de esas fábulas de la Legión. Vaya a Tánger y encuentre a Leila y a la niña.

Lucía abrió el cajón de la mesilla y extrajo la caja metálica en la que conservaba los recuerdos de su madre. La fotografía de ambas, tomada cuando ella era pequeña, seguía sin aparecer. Resultaba incomprensible, porque no había abierto la caja desde su llegada a Madrid.

La única posibilidad era que la hubiese olvidado en Tánger, pero Beatriz, con quien había hablado por teléfono esa mañana, le confirmó que la fotografía tampoco estaba allí. La conexión telefónica se había cortado varias veces, pero Lucía logró entender que Beatriz había informado a sus superiores de que no podía continuar las clases en la Misión Católica. Regresaría a Madrid tan pronto como encontraran una sustituta.

La separación de Beatriz le había hecho ver lo importante que era poder compartir con ella sus alegrías y temores. Su madre adoptiva se había dado cuenta, incluso por teléfono, de que estaba preocupada, y Lucía tuvo que hacer un esfuerzo para no desvelarle sus sospechas sobre los gastos excesivos del restaurante. Ya tendría tiempo de hacerlo a su regreso a Madrid.

Extrajo de la caja de recuerdos una hoja seca, que había recogido del suelo el día en que abandonó definitivamente el orfanato. Beatriz le ayudó a recuperar su autoestima, maltrecha tras la muerte de su madre. Recordaba con nitidez el frío en el orfanato, el llanto continuo de los bebés, el hambre omnipresente. Aquel año había sido el peor de su vida.

Guardó la caja de galletas y se peinó frente al espejo del recibidor. Tenía veintitrés años, la misma edad que su madre cuando la tuvo a ella. Todavía le parecía increíble que estuviese muerta.

Llegó al restaurante poco antes del mediodía. Nieves estaba ya preparando el comedor. A pesar del poco tiempo que llevaba en el restaurante, se había adaptado perfectamente al nuevo trabajo. Su amabilidad con los clientes y su buen humor hacían que todo el mundo se sintiera a gusto. Y ayudaba a contrarrestar los olvidos de Arturo, cuya memoria no dejaba de empeorar.

Abrió las contraventanas para que entrara la luz y ayudó a Nieves a colocar los cubiertos en las mesas. Entonces escuchó los pasos de Mercedes. Salía de la despensa y su ramillete de llaves tintineaba, desafiante.

—Hay dos policías en la puerta. Preguntan por usted.

Lucía caminó hacia la entrada. Uno de los policías era tan joven que parecía que

estuviese cursando todavía el bachillerato; ambos hombres iban ataviados con trajes oscuros. Lucía los invitó a pasar al comedor.

—Queremos hacerle unas preguntas sobre la muerte de Víctor González —dijo el de mayor edad—. Según su secretaria, ayer estuvo comiendo en este restaurante.

Nieves y Lucía intercambiaron una mirada de asombro. Un tintineo de llaves hizo que se volvieran hacia la puerta. Allí estaba Mercedes, con su ramillete de llaves en la mano y aspecto satisfecho. La encargada miró al policía de mayor rango y le hizo un gesto con la cabeza.

—Si no tiene inconveniente —añadió el agente, dirigiéndose a Lucía—, nos gustaría echar un vistazo.

Lenin abandonó la terminal del aeropuerto de Barajas y se dirigió a la parada de taxis. Había llegado a Madrid procedente de Roma, utilizando un pasaporte francés, tras realizar una escala previa en Ámsterdam.

Los días posteriores al asesinato del abogado Antonioni había permanecido escondido en Civitavecchia. La cobertura en los medios de comunicación había sido limitada, y la policía carecía de pistas que pudieran conducirla hasta el asesino. Barajaban la tesis de una motivación política, dado que la víctima había defendido recientemente a un activista de extrema izquierda, inculpado por asesinar al hijo de un industrial milanés. Aunque este había pagado un secuestro millonario, el cadáver de su hijo adolescente había aparecido en una cuneta con un tiro en la nuca.

Después de matar al abogado, Lenin se había deshecho de su barba postiza y condujo su coche de alquiler hasta Civitavecchia. En las horas siguientes, los controles en las fronteras y aeropuertos fueron exhaustivos. Aunque disponía de varios pasaportes e identidades, había preferido permanecer varios días en un pequeño hotel en la ciudad costera.

El adoctrinamiento en los valores del socialismo, en su República Democrática Alemana natal, había conseguido que su única ideología fuese el dinero. Lenin no aceptaba sus encargos por afinidad moral, pero experimentaba cierta simpatía hacia aquel padre que exigía venganza, incluso si esta lo exponía a posteriores represalias de una organización terrorista. De todas formas, ese no era su problema. Había recibido en su cuenta de Credit Suisse la transferencia acordada, y su participación terminaba ahí.

El nuevo encargo, en Madrid, no había tardado en llegar. Conocía la ciudad de un anterior trabajo, pero no había tenido que llevarlo a término. Su objetivo, un dirigente del régimen franquista que cuestionaba la cada vez más estrecha alianza de España con Estados Unidos, había cambiado sus tesis en el último momento. Lenin había recibido la orden de abortar la operación, sin tener que devolver sus emolumentos.

Hacía un día caluroso y soleado en Madrid. Se puso unas gafas de sol de cristales verdosos y, antes de subir al taxi, miró a su alrededor para comprobar que no lo seguían. Satisfecho, le pidió al taxista que lo llevara al centro de la ciudad.

En la Puerta del Sol descendió del vehículo y caminó en círculos por las calles adyacentes, para asegurarse de que nadie lo seguía. Convencido de que así era, subió a otro taxi y le dio la dirección memorizada.

Media hora después llegaba al barrio de Aluche. Se bajó del coche a doscientos metros del lugar y realizó el resto del camino a pie, tras llevar a cabo una última comprobación y verificar que nadie lo perseguía. El portal del edificio estaba abierto, y subió por las escaleras de cemento hasta el cuarto piso. Había dos puertas y, como le habían indicado, llamó a la de la derecha.

Néstor Gálvez abrió poco después. La vivienda había sido alquilada por el SIDE el servicio de inteligencia argentino, a través de una sociedad testaferro. Bajo su apariencia de agregado comercial, Gálvez recolectaba inteligencia y realizaba tareas de espionaje, algunas de ellas financiadas con fondos reservados. Había conocido a Lenin en París, años atrás, cuando el SIDE solicitó su intervención para «silenciar» a un opositor a la dictadura de Juan Carlos Onganía, que había llegado al poder tras un golpe militar. Lo único que sabía del sicario es que era oriundo de la República Democrática Alemana. De lo demás, era mejor no saber nada. Esa ignorancia le permitía a Gálvez alternar sus tareas de espionaje con los encargos que realizaba para Serafín Leal, menos arriesgados y más lucrativos.

Entraron en un pequeño salón donde resonaba el tictac nervioso de un reloj de cuco. Bajo de estatura y con el pelo cortado a cepillo, el sicario tenía una pequeña cicatriz en la frente y la complexión de un bloque de hormigón. Su piel curtida por el sol ocultaba reminiscencias de pecas. El recién llegado observó un ejemplar del diario *ABC*, que Gálvez había dejado encima de la mesa, y permaneció en silencio.

El argentino cogió una bolsa de deporte, oculta tras una cortina, y la empujó hacia Lenin. Este abrió la cremallera y echó un vistazo a los billetes. El precio acordado era de medio millón de dólares, por anticipado, con independencia del éxito de la misión. Encima de los billetes había una pistola Super Star, el arma oficial del ejército español, y tres cargadores de calibre 9 mm Parabellum. El sicario introdujo uno de los cargadores en la pistola, para probar el mecanismo, y apretó el botón de extracción. Nunca había utilizado ese modelo, pero su funcionamiento era similar a la Colt 1911, un arma que conocía bien. La pistola parecía encontrarse en buen estado.

Néstor Gálvez extrajo de su bolsillo una fotografía en la que se veía a Bruno Grande muy joven, con una mano apoyada sobre el hombro de Serafín Leal. Aunque habían transcurrido dos décadas, el argentino aseguró que el gigante no había cambiado mucho de aspecto.

—Un detective de la agencia Akerton está buscando a Bruno Grande. Se llama Mateo Riva. Si lo sigues, te llevará hasta él.

El alemán guardó la fotografía en la bolsa de deportes y cerró la cremallera. Sin un gesto ni una palabra, caminó hacia la puerta y abandonó el apartamento.

El avión, un *Caravelle* de Royal Air Maroc, hizo la maniobra de aproximación al aeropuerto de Tánger por el este. El mar estaba cubierto de arreboles de tormenta, y el viento agitaba con tenacidad las alas del birreactor.

Era la segunda vez que Mateo Riva salía de España; la primera que viajaba en avión. Las turbulencias habían conseguido que la experiencia no fuera muy gratificante.

En su etapa como policía en el País Vasco había viajado una vez a Francia. Al igual que muchos españoles, visitó Biarritz y Saint Jean de Luz para ver películas prohibidas por la censura franquista. En España, los cines estaban divididos en secciones destinadas a parejas, mujeres solas y hombres solos. La sección de parejas se encontraba permanentemente iluminada por luces rojas y era vigilada por acomodadores que blandían sus linternas para proteger la moral de los enamorados.

Durante su visita a Francia, Mateo había visto sus primeros ombligos, escotes y bikinis en la gran pantalla. En *Mogambo*, el incesto sugerido por la censura española quedaba convertido en un adulterio, y *Viridiana*, de Buñuel, no le pareció tan obscena ni tan crítica con la Iglesia como esperaba. También había visto a la espléndida Marilyn Monroe en *Vidas rebeldes*.

Cuando aterrizó en Tánger, Mateo suspiró hondo. Mientras el avión se aproximaba a la terminal, se acordó de Pilar. Esa mañana, mientras esperaba el taxi que iba a llevarlo al aeropuerto, la camarera se había presentado en su casa. Mateo había conocido a mujeres insistentes, pero ninguna como ella. Había tenido que prometerle que la invitaría a cenar, a su regreso a Madrid, para librarse de su presencia.

El control de pasaportes se le hizo interminable. Un solo funcionario revisaba los documentos de los pasajeros y lo hacía de forma tan exhaustiva que la cola alcanzaba los mostradores de embarque. Al cabo de una larga espera, Mateo alcanzó la terminal del aeropuerto y se vio acosado por hombres que insistían en que se montara en sus taxis. Su secretaria había reservado para él una habitación en el hotel Minzah, uno de los mejores de Tánger. Todo ello a cuenta de Serafín Leal, que había insistido en que viajara con premura.

Sin prestar atención a los hombres que vociferaban a su alrededor, caminó hacia la parada de taxis y esperó a que le llegara el turno. Su cliente le había proporcionado la dirección de Leila, la que fuera su prometida en 1945. La mujer vivía entonces en la medina, el centro histórico de la ciudad.

Utilizando sus rudimentos de francés, aprendidos en el colegio, le dio instrucciones al taxista para que lo llevara primero al hotel, para dejar su maleta, y después a la medina. La conversación con el conductor hizo que se arrepintiera de no haberse aplicado más en el colegio. Los curas no eran especialmente pacientes, y él tampoco había sido un alumno ejemplar, sino más bien lo contrario.

A pesar de la pobreza imperante en Tánger, la fisonomía de sus calles y plazas ofrecía ciertas similitudes con España. Había niños por doquier y una gran algarabía de gente comerciando, conversando o, simplemente, dejando pasar el tiempo.

Tras una breve parada en el hotel, para dejar su maleta en la recepción, el taxista lo condujo hasta la plaza del Zoco Grande. Tenía la dentadura en mal estado, y su bigote era amarillento a causa de la nicotina, pero hablaba un español correcto. A cambio de una propina, este aceptó guiarlo, a pie, por las calles estrechas de la medina hasta la dirección proporcionada por Serafín Leal.

La *casbah* estaba atestada de gente, y era difícil comprender cómo podían vivir tantas personas en un espacio así de reducido. Quizá para justificar una propina, el taxista le informó de que las numerosas mujeres vestidas con sombreros y túnicas de rayas eran campesinas de las montañas del Rif, que acudían a la medina para vender sus quesos.

El detective meditó sobre la improbable relación entre un soldado español y una joven magrebí en 1945. En la cultura local no eran solo dos personas las que se casaban, sino dos familias. El contacto público con otra persona era considerado en Tánger una falta de respeto hacia los demás, y Mateo imaginó los recelos que habría encontrado Leila, entre sus allegados, cuando les comunicó su deseo de casarse con un europeo. Quizá por eso la boda no había llegado a realizarse.

El chófer señaló hacia un edificio cuya fachada estaba pintada de un azul desgastado. Mateo se disponía a pagarle el importe acordado cuando este se ofreció, a cambio de una módica suma, a esperarlo y llevarlo posteriormente al hotel, una propuesta que el detective aceptó.

El edificio tenía un patio con una pequeña alberca rectangular en la que hacía sus abluciones un hombre. Mateo le enseñó la fotografía de Leila con su hija, pero él continuó con lo que estaba haciendo. Ante la insistencia de Mateo, le indicó una puerta coronada por un arco polilobulado, en la primera planta del edificio.

Subió por las escaleras, situadas en un extremo del patio. La vivienda no tenía timbre, y Mateo llamó dos veces con los nudillos. La mujer que le abrió sostenía un niño pequeño en el regazo, y en el interior de la vivienda resonaba el llanto de un bebé.

El detective extrajo la fotografía del bolsillo, en la que aparecían Leila y su hija, y se la mostró. La mujer se giró hacia el interior de la vivienda y gritó algo en árabe. Un

anciano, vestido con una camiseta blanca de tirantes, apareció instantes después en el pasillo. Mateo le enseñó la fotografía y le explicó con dificultad, en francés, que estaba buscando a Leila.

—Murió hace varios años —respondió el anciano, con un español impecable.

—¿Sabe dónde vive su hija?

El hombre entornó la puerta, como si albergara la intención de cerrarla. Tenía los ojos enrojecidos, síntoma de alguna enfermedad. Mateo abrió su cartera y le tendió un billete de veinte dirhams. Con ademán rápido, el anciano guardó el dinero en el bolsillo de su pantalón.

—No sé dónde vive Lucía, pero la adoptó una profesora del Colegio Español, en la Cuesta de la Playa.

La mujer llamó al anciano desde el interior. Sin despedirse, este se dio la vuelta y cerró la puerta sin miramientos.

Mateo descendió las escaleras hacia el patio y salió a la calle. El taxista se encontraba en un comercio cercano, hablando por teléfono. En cuanto vio a Mateo, colgó rápidamente y caminó hacia él.

Una vez en el taxi, le pidió que lo llevara al Colegio Español, en la Cuesta de la Playa. Hacía un calor sofocante, y el detective abrió las dos ventanillas traseras y se abanicó con un periódico que encontró en el asiento del copiloto. El coche avanzó por una carretera que bordeaba el mar. A medida que se alejaban del centro de Tánger, las casas se fueron dispersando.

—¿El Colegio Español está por aquí?

El taxista asintió, aunque el aire que entraba por las ventanillas hacía imposible oír nada.

En una bifurcación, junto a un muro desportillado por el que trepaba una buganvilla, el taxista enfiló un camino pedregoso y estrecho, y Mateo sospechó de inmediato que algo iba mal. Instantes después, el taxi se detuvo delante de una casa de una planta, cuyo acceso estaba cubierto de grandes socavones. Junto a la puerta se encontraba un hombre. Tenía el torso desnudo y llevaba las manos en los bolsillos. El taxista apagó el coche, se dio la vuelta y le mostró a Mateo un cuchillo. Lo amenazó para que saliera del vehículo.

Mateo caviló sobre sus opciones. Si intentaba quitarle el cuchillo al taxista, el segundo hombre lo atacaría a través de la ventana abierta. Y eso si conseguía desarmarlo.

Abrió la puerta y salió. El sol caía a plomo en el jardín sin vegetación, y no había nadie más a la vista. El taxista se bajó a su vez, sin dejar de empuñar su cuchillo.

—Saque su cartera del bolsillo, despacio, y tírela hacia aquí.

Mateo se separó un par de pasos, por si más tarde necesitaba salir corriendo. Hizo

lo que le habían ordenado, y el segundo hombre recogió la cartera del suelo. La abrió y contó los billetes de pesetas y dirhams.

A continuación, el taxista le obligó a entrar en la casa, enfatizando sus palabras con un movimiento del cuchillo. Mientras hablaba, el segundo hombre extrajo otra navaja de su pantalón, y Mateo dedujo que la docilidad no iba a servirle de mucho. Una vez en la casa, estaría a merced de los dos hombres.

Miró a su alrededor, pero no encontró ningún objeto con el que poder defenderse. Con un movimiento rápido, se sacó el jersey que llevaba anudado a la cintura, hizo un ovillo con él y lo enroscó alrededor de su mano izquierda. No era un escudo perfecto, pero amortiguaría el daño infligido por una cuchillada.

El segundo hombre se lanzó sobre Mateo empuñando la navaja. El detective se apartó de su trayectoria y le asestó un puñetazo en el estómago, que lo hizo caer de rodillas, mientras su cuchillo rodaba a unos metros de distancia. Con un movimiento rápido, Mateo le propinó un rodillazo en la cara.

Hasta ese momento, el taxista había seguido la escena sin intervenir. Antes de que Mateo pudiera hacerse con la navaja de su compañero, el conductor se abalanzó sobre él, con más prudencia que el otro. Mateo levantó su mano izquierda para defenderse. El jersey amortiguó el roce, pero no enteramente, y sintió un dolor agudo cuando la hoja del cuchillo rozó su carne. Aprovechando el desequilibrio del taxista durante el ataque, se giró ciento ochenta grados y le asestó un puñetazo rudo en la sien. Este cayó de bruces en el suelo, boca abajo, y Mateo saltó sobre su pierna derecha. El hueso, desprotegido, se quebró con un chasquido.

Aunque ninguno de los dos asaltantes podía moverse, Mateo cogió los dos cuchillos y los lanzó lo más lejos que pudo. Recogió su cartera del suelo y se acercó al segundo hombre, que sangraba por la nariz. Lo agarró por el pelo y golpeó su cabeza contra el suelo. Después, introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y recuperó su dinero. Había también un encendedor y un puñado de francos, pero Mateo los dejó en su lugar.

Desenroscó el jersey que cubría su mano izquierda. Su herida continuaba sangrando, pero parecía superficial. Abrió un grifo de latón junto a una pared de la casa y, sin prestar atención a los gemidos de los dos ladrones, se lavó con el agua fresca. Limpió la sangre lo mejor que pudo, se anudó la prenda mojada a la cintura y se alejó por el camino irregular.

A través de la ventana de su habitación en el hotel Minzah, Mateo Riva observó el Estrecho de Gibraltar y tuvo la vaga impresión de que la costa española estaba un poco más cerca que la noche anterior. El viento de levante hacía oscilar las copas de las palmeras del jardín del hotel, edificado en estilo hispano-morisco.

Se apartó de la ventana y contempló la habitación, con sus alfombras saturadas de polvo. La cama, aunque incómoda, era espaciosa. No sin dificultad, se puso el reloj en la muñeca y bajó a desayunar. La noche anterior se había aplicado una solución yodada en la herida, que cubrió con una venda. Todavía le dolía, pero tenía mejor aspecto que unas horas antes. El taxista y su amigo habían salido mucho peor parados.

Se sentó a desayunar en el jardín, frente a la piscina de agua turquesa. Dos huevos escalfados y una tostada con mantequilla, acompañados de una taza de café recién hecho.

Al terminar de desayunar, se dirigió a la recepción y pidió un taxi para ir al Colegio Español. El botones, vestido con chilaba, turbante y babuchas, le abrió la puerta de forma ceremoniosa.

En pocos minutos, se encontraba en la Cuesta de la Playa. A pesar de la hora temprana, la temperatura subía con rapidez y la humedad hacía difícil respirar. En la calle había varios comerciantes de especias, así como mujeres que vendían tomates y cebollas, expuestos sobre paños arrugados.

El Colegio Español se hallaba en un edificio de fachada escalonada y decorado con hornacinas. A pesar del día caluroso, el recinto era un oasis de frescura. Una placa, en la entrada, explicaba el origen de las Escuelas Españolas de Alfonso XIII construidas gracias a una donación del marqués de Casa Riera. La Misión Católica Española de Tánger incluía una escuela para niñas y otra para niños, y había sido regentada sucesivamente por religiosos franciscanos y marianistas, antes de que la institución se convirtiera en un establecimiento educativo marroquí.

Un bedel leía un periódico español en su habitáculo escasamente iluminado por una lámpara de queroseno. Mateo le preguntó por una alumna llamada Lucía, que había sido adoptada por una profesora del colegio varios años atrás.

—¿Por qué la busca?

Mateo ofreció una explicación nebulosa sobre una herencia. El hombre lo escuchó en silencio, sin creerse una palabra de lo que decía.

—Quizá sepa algo de ella.

Mateo le tendió un billete de veinte dirhams, que este se guardó después de mirar hacia los lados.

—Su madre era cocinera en el colegio. Cuando murió, Lucía fue adoptada por una profesora del colegio. No consigo recordar su nombre...

Mateo le ayudó a hacer memoria con otro billete de veinte dirhams. La profesora se llamaba Beatriz Cisneros y podría encontrarla en la Misión Católica de Beni Makada donde impartía clases.

Le pidió al bedel que escribiera la dirección. Con el papel en la mano, salió a buscar otro taxi para ir al barrio de Beni Makada.

El edificio de la Misión Católica era una construcción sencilla, con las paredes encaladas. El detective preguntó por Beatriz Cisneros, y una religiosa le indicó un aula situada al fondo del pasillo. Concluidas sus clases de la mañana, Beatriz estaba recogiendo las regletas con las que los más pequeños aprendían a contar. Otro día más conjugando verbos y repitiendo la tabla de multiplicar. A pesar del tedio ocasional, ayudar a los demás le proporcionaba una gran satisfacción.

El barrio de Beni Makada, donde estaba ubicada esa dependencia de la Misión Católica, era uno de los más pobres de Tánger. Casi todas las familias eran numerosas, y los niños recibían poca atención. Un simple gesto podía aumentar la autoestima de un alumno, y los padres solían mostrarse agradecidos con ella. Beatriz había perdido la cuenta de las gallinas recibidas y que, incapaz de sacrificarlas, regalaba a sus amistades.

Estaba metiendo las cajas en el armario cuando escuchó que llamaban a la puerta del aula. Era un hombre de aspecto europeo.

—¿Es usted Beatriz Cisneros?

Ella asintió en silencio; observó la venda que cubría su mano izquierda.

—Mi nombre es Mateo Riva. Me gustaría hablarle de su hija.

—¿Le pasa algo?

—No, no se preocupe.

El detective avanzó hacia el interior de la clase. Se detuvo junto a un viejo mapa de España, clavado en la pared con chinchetas.

—Me ha contratado Serafín Leal. Tiene razones para creer que Lucía es su hija.

Mateo Riva le enseñó una carta firmada por Serafín Leal, en la que confirmaba el mandato otorgado, y también su licencia de detective privado, con su fotografía. La maestra midió al investigador durante unos instantes. Ignoraba cómo reaccionaría Lucía ante la noticia de que su padre estaba vivo. Para no herirla, Leila le había contado que este había fallecido antes de que ella naciera.

Después de acreditar su identidad, Mateo sacó del bolsillo de su camisa la fotografía, en blanco y negro, en la que aparecía Lucía con su madre.

—¿De dónde la ha sacado?

—Apareció en el buzón de Serafin Leal, en Madrid. Alguien pretende hacerle daño, y al parecer también a su hija. Mi cliente me ha pedido que la proteja, pero para ello necesito encontrarla.

Beatriz Cisneros sintió que sus piernas temblaban. Había cargado con aquel secreto durante mucho tiempo; estaba exhausta.

—Lucía está en Madrid...

—¿Dónde puedo encontrarla?

La maestra observó nuevamente la fotografía.

—¿Qué hará para protegerla?

—Todo lo que esté en mi poder. Si es necesario, me aseguraré de que le asignen protección policial.

Beatriz se acarició la barbilla con la yema de los dedos. Aquella noticia le haría mucho daño a Lucía, pero no tenía más remedio que hablar con ella. El hombre de la medina estaba en Madrid. Y parecía decidido a hacerle daño.

—Deme su tarjeta y hablaré con Lucía. Se pondrá en contacto con usted.

Cuando el detective la dejó sola, Beatriz se sentó en una silla. Tenía una pierna entumecida y apenas podía sostenerse en pie. Le vino a la memoria su primer viaje a Tánger, en el que había sufrido el aborto. Desorientada y confusa, intentó abanicarse con un cuaderno. Unos minutos más tarde, cuando la directora de la Misión Católica entró en el aula para anunciarle que había encontrado una sustituta para sus clases, vio a Beatriz tumbada en el suelo.

Serafín Leal cogió una pequeña llave del escritorio y abrió la puerta del armario donde guardaba su colección de licores. Dudó entre un coñac Remy Martin, del que solo se habían producido las botellas que cabían en un barril, y un Limoncello D'Amalfi, pero finalmente se decantó por un *whisky* Macallan de setenta y cinco años.

Extrajo de la vitrina un vaso de cristal Matterhorn, cuyos seis ejemplares habían sido fabricados en exclusiva para él. Realizados con cristal de bohemia, en su fondo tenían una reproducción de la montaña suiza. La forma puntiaguda del Matterhorn permitía liberar todos los aromas del *whisky*, que en aquel caso eran muchos.

Con el vaso de Macallan en la mano, fue a sentarse en el sillón y abrió la revista *Sankt Georg*, su preferida entre la docena de publicaciones de hípica que recibía de todos los rincones del mundo.

A través de la ventana se filtraba una noche suave, impregnada del aroma de las hortensias y de los jazmines del jardín. Serafín cerró los ojos, pero fue incapaz de disfrutar del olor de las flores y del licor. Sus jaquecas iban en aumento, a la par que las visiones. Le aterraban las madrugadas de insomnio, incapaz de distinguir entre la realidad y el sueño.

Aflojó el pañuelo de seda que llevaba al cuello y bebió otro trago de Macallan. Se sentía cada vez más débil y ya no podía postergar más la visita al médico. En dos días tenía concertada una cita con el neurólogo para revisar los resultados de sus pruebas.

Esa noche apenas había cenado y sentía una gran opresión en la boca del estómago. Ni siquiera el Macallan le estaba sentando bien. Dejó la revista sobre la mesa y contempló el cielo artesonado. Había adquirido ese palacete, construido a principios del siglo, a un industrial textil que era incapaz de mantenerlo. El éxito de Serafín, en los negocios y en la vida, había consistido en simplificar y eliminar lo superfluo. Y en separar los negocios del placer. La hípica era una de sus grandes pasiones, pero nunca había invertido en ella una parte considerable de su fortuna. Ver ganar a Flor de Loto le reportaba una gran satisfacción, pero tenía muy claro que no se trataba de un negocio.

Otra de sus virtudes era saber esperar. A lo largo de los años había ido adquiriendo edificios en estado ruinoso en el centro de Madrid, que rehabilitaba pacientemente y alquilaba como viviendas u oficinas. Esa actividad le había permitido crear una estructura de administradores, arquitectos y abogados que le ofrecía una gran rentabilidad. A diferencia de los solares y los edificios, las acciones

de empresas acababan siendo en muchas ocasiones papel mojado.

La criada llamó a la puerta del salón y le informó de que tenía una llamada de Mateo Riva. Serafín Leal le pidió que transfiriera la llamada a su despacho y fue allí para poder hablar.

—Me temo que tengo malas noticias sobre Leila —dijo el detective—. Falleció hace unos años.

Serafín Leal sintió una punzada en el pecho y se dejó caer en el sillón de cuero. Recordó el café en el que había conocido a la madre de Lucía, en una zona de torrenteras y palmeras gigantes en las inmediaciones de la playa de Merkala. Leila trabajaba en la cocina, y cuando la vio se quedó prendado de ella. Incluso Bruno Grande, que lo acompañaba en esa ocasión, se dio cuenta de ello. En las semanas siguientes, cada vez que tenía permiso había regresado al café para pasar sus horas libres, a veces con sus amigos legionarios, a veces solo. Aunque no le gustaba la comida picante, se aficionó a la pasta *harissa* de Leila, una salsa a base de guindilla, ajo y cilantro en la que se mojaba el pan del aperitivo. La joven había resistido sus asedios durante meses, pero Serafín la cortejó con paciencia, hasta que un día aceptó pasear con él por la playa de Merkala.

—¿Qué ha sido de la niña?

—Se llama Lucía Cisneros y tiene ahora veintitrés años. Cuando murió su madre fue adoptada por una profesora del Colegio Español en Tánger que le dio su apellido. He hablado con esa mujer y me ha informado de que Lucía se encuentra en estos momentos en Madrid.

«En Madrid». Serafín Leal se apoyó en el escritorio.

—¿Hay alguna forma de confirmar si es mi hija?

—Según la partida de nacimiento de la niña, nació el 12 de marzo de 1946. Las fechas encajan con su estancia en Tánger.

Serafín había huido de la ciudad en octubre de 1945, y para entonces Leila ya llevaba unos meses embarazada. Las fechas, efectivamente, coincidían.

—¿Cuándo vuelve a Madrid?

—Mañana por la mañana. Y cuando esté ahí, necesito que me explique por qué se marchó de Tánger.

Serafín Leal se frotó la sien. Acababa de sentir un pinchazo, como si le hubiesen clavado una aguja ardiente.

—Ya hablaremos de eso. Lo primero que tiene que hacer es encontrar a mi hija.

Colgó el teléfono. Intentó regresar al salón, pero sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Vio a su alrededor un cielo estrellado y tuvo la impresión de que se encontraba dentro de una barca. Una ola arremetió contra la embarcación y lo lanzó al mar. Serafín percibió con angustia cómo el agua salada inundaba como una nebulosa

sus pulmones y su conciencia.

Un grito de mujer hizo que recuperara el sentido. Estaba tumbado en el suelo del despacho y el reloj del escritorio marcaba la medianoche. Se incorporó tomándose su tiempo y llamó a Rosario, pero esta no contestó.

Caminó por el pasillo y vio que la luz de la cocina estaba encendida. Una sombra se perfilaba detrás de la puerta. Serafín cogió un bastón del paragüero y entró de un salto. Iba a golpear al desconocido cuando advirtió que se trataba de Rosario. Llevaba puesta una bata de boatiné y tenía el pelo recogido con una redecilla.

—Me despertó un ruido —La criada señaló hacia la puerta que comunicaba la cocina con el jardín—. Cuando entré, estaba abierta.

Blandiendo el bastón, Serafín franqueó la puerta y salió a la terraza. Se detuvo en la oscuridad y aguzó el oído, pero la noche solo le devolvió un rumor lejano de automóviles. Le pidió a la criada que lo esperara en la cocina y dio una vuelta alrededor de la casa. Se detuvo frente a la buganvilla, cuyas hojas tiritaban bajo la brisa nocturna, pero no vio nada extraño.

Cuando regresó a la cocina, reparó en los ojos impávidos de Rosario, fijos en la mesa de madera. Clavado en ella había un cuchillo de gran tamaño.

Serafín sintió un escalofrío en la espalda, acompañado por un pinchazo en el pecho. Aquel malnacido estaba jugando con él, demostrándole que podía matarlo cuando le viniese en gana.

—¿Se encuentra bien? —inquirió la criada.

Él se sentó en una silla. Le pidió un vaso de agua y bebió varios sorbos, hasta que el dolor empezó a remitir. No podía permitirse ninguna debilidad en ese momento. No hasta que Bruno Grande estuviese muerto.

Lucía distribuyó en las estanterías la compra que había hecho esa mañana en el mercado de Chamberí: carne de cerdo y vacuno, verduras frescas y unas acedías —el pescadero, el nuevo mejor amigo de Nieves, se las había dejado a buen precio— que prepararía con una escalivada de verduras.

Gracias a la ayuda de Nieves, antes de las once todo estaba dispuesto y ordenado. Lucía llevaba en pie desde antes del amanecer. A las seis de la mañana había saltado de la cama y se había puesto a preparar *smen*, una mantequilla que se usaba como grasa en muchas recetas marroquíes.

La cocina ejercía un efecto relajante en ella, y eso era justamente lo que necesitaba en ese momento. La visita de la policía y el registro del restaurante la habían dejado preocupada. No le habían dado explicaciones de qué buscaban, pero imaginaba que guardaba relación con la muerte de Víctor González.

Las dos amigas se sentaron en la cocina para tomar un té azucarado. En uno de los cajones se encontraba el libro de contabilidad que Víctor González le había confiado poco antes de morir. Un somero examen había confirmado a Lucía que el restaurante perdía dinero. Las compras a proveedores eran muy elevadas en proporción a la facturación, a pesar de que las estanterías de la despensa se encontraban casi vacías. Estaba segura de que, si le preguntaba a Mercedes, argumentaría que se habían utilizado todas las existencias compradas. Arturo, con su problema de memoria, no podría corroborar ni una cosa ni otra.

Empezaba a arrepentirse de haberse hecho cargo del restaurante. El problema no era solo la falta de rentabilidad del negocio. Tampoco le convencía la carta, que no se adaptaba a su idea de la gastronomía. Por mucho que añadiera un toque personal, los callos a la madrileña y el pollo en pepitoria distaban de ser sus platos favoritos. La gastronomía era para Lucía una fuente inagotable de conocimiento. Aunque había aprendido a cocinar a la usanza española, adoraba la cocina norteafricana y le fascinaban las recetas francesas. Soñaba con viajar a Japón y Turquía para explorar nuevos sabores y amaba mezclar ingredientes, imaginar las preferencias culinarias de Napoleón o de Alejandro Magno. Le encantaba descubrir, inventar, crear. La gastronomía —naturaleza hecha cultura— era la mejor forma de conocer un lugar y sus gentes.

—Estás extraña —afirmó Nieves—. ¿Te pasa algo?

Lucía procuró sonreír, pero su gesto de derrota no hizo más que confirmar las

sospechas de su amiga. Tal vez le vendría bien exponer sus preocupaciones sobre el restaurante. Entre sorbos de té, le explicó sus dudas sobre la decisión de hacerse cargo de Casa Paco.

—Por mí no te preocupes. Si cierras el restaurante, buscaré otro trabajo. El problema va a ser Arturo; no creo que lo contraten en otro sitio.

Tenía razón. Al hacerse cargo del restaurante, Lucía había asumido una responsabilidad sobre otras personas. No podía salir corriendo a la primera de cambio.

—El problema de Casa Paco no es el personal—razonó—. Tendríamos que reducir gastos... o aumentar el número de clientes.

Nieves removió el té con la cucharilla. No le gustaba el olor, pero bebió un sorbo para no ofender a su amiga.

—Puedes transformar el restaurante en un local de alterne. Seguro que eso aumenta la clientela.

Lucía le dedicó un gesto admonitorio.

—No trabajaríamos nosotras —bromeó Nieves—. Bueno, solo con los clientes que nos gustaran.

Lucía reflexionó en silencio. La idea de transformar el restaurante era brillante.

—¿Y si cambiáramos el nombre de Casa Paco?

—A Mercedes le va a encantar la idea...

—¿Qué te parece El perro de Sheherezade? —sugirió Lucía—. De niña, mi madre me contaba muchas historias de *Las mil y una noches*. Aseguraba que no las había inventado Sheherezade, sino su perro.

—En un contexto de comida, no sé si lo del perro va a funcionar...

—¿Qué tal El jardín de Sheherezade?

Lucía visualizó el cartel sobre la puerta. Le gustaba mucho ese nombre. Además de ello, tendrían que darle un vuelco entero al restaurante, modificando la carta y renovando el mobiliario. El problema era que todo eso costaba dinero.

—Se me acaba de ocurrir una idea —dijo Nieves—. ¿Cómo se llama el baile típico de los países árabes?

Lucía la miró con recelo.

—¿Te refieres a la danza del vientre?

—Esa misma. Podríamos organizar un espectáculo todas las semanas.

—¿Y dónde encontramos a una bailarina de danza del vientre en Madrid?

Nieves miró a su amiga, risueña.

—En caso de apuro, podemos pedirle a Mercedes que baile.

Lucía imaginó a la mujer, vestida con lentejuelas y perlas, y rio con ganas. El teléfono del restaurante empezó a sonar. Todavía riendo, descolgó el auricular. El

corazón le dio un vuelco de alegría al oír la voz de Beatriz. Parecía que había cambiado de locutorio, porque se oía mucho mejor que en la anterior ocasión, pero su voz sonaba cansada, sin energía. Lucía había estado a punto de llamarla la noche anterior, para relatarle la muerte de Víctor González y la visita de la policía, pero prefirió no hacerlo para que no se preocupara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven.

Beatriz decidió ocultarle que había sufrido un ictus. La directora de la Misión Católica la había llevado con rapidez al hospital, y la única secuela del accidente cerebrovascular era la parálisis de su ojo izquierdo, que le causaba problemas de visión y algunas jaquecas.

—Tengo algo importante que contarte —dijo la maestra—. ¿Estás sentada?

Lucía guardó silencio, expectante.

—Ayer vino a verme un detective español a la Misión Católica. Me ha dicho que tu padre no ha muerto y que vive en Madrid.

Lucía sintió un fuerte latido en las sienes. ¿Su padre estaba vivo y se encontraba en la misma ciudad que ella?

—Pero mi padre murió en el Sáhara. ¿Estás segura de que dice la verdad?

—Eso no lo sé. Es detective privado, porque he visto su acreditación. También me enseñó una carta de Serafín Leal, el hombre que asegura ser tu padre. Dice que quiere conocerte.

Incluso si era su padre, lo cual estaba por demostrar, ¿qué pretendía ese hombre? ¿Hacerse un hueco en su vida después de abandonarla a su suerte en Tánger?

—Y hay otra cosa —añadió Beatriz—. ¿Recuerdas la fotografía que perdiste en Madrid?

—¿La foto con mi madre? ¿La has encontrado?

—La tenía el detective que vino a verme.

Lucía no despegó los labios durante unos instantes, presa de la confusión.

—Pero ¿cómo puede ser?

—La fotografía apareció hace unos días en Madrid, en el buzón del que dice ser tu padre. Lo que me preocupa es que el hombre de la medina podría estar metido en ello.

Lucía miró con ansiedad a su alrededor. Pensar que su acosador estaba en Madrid y que tal vez había entrado en su casa mientras ella dormía, le provocó un escalofrío.

—El detective tiene instrucciones de Serafín Leal de protegerte. Me gustaría que hablaras con él.

Además de la preocupación por el hombre de la medina, que parecía haberla seguido hasta Madrid, un desconocido llamado Serafín Leal se presentaba de repente en su vida y aseguraba ser su padre. Tal vez mentía, o quizá Leila le había contado lo que creía que le haría menos daño. Si su padre estaba vivo, se había desentendido de

ella todos esos años.

—No quiero hablar con ese hombre...

—Anota al menos su número de teléfono, por favor.

Lucía cogió a regañadientes un papel e hizo lo que Beatriz le pedía. Lo dobló en dos y lo guardó en el bolsillo de su falda.

—Iré a Madrid lo antes posible, Volvoveta.

—¿Cuándo crees que vendrás?

La maestra recordó las palabras del médico. Le había recomendado que no viajara durante al menos una semana, hasta no haber recuperado la visión en el ojo izquierdo.

—Iré lo antes posible. Te lo prometo.

Carmen se tapó los pechos con la sábana y escrutó a Serafín, que respiraba tenuemente a su lado. Cuando dormían juntos, él siempre lo hacía apoyado en su costado derecho, abrazándola por la cintura.

No podía quitarse de la cabeza la llamada del doctor Solís, unos días atrás. Serafín era un hombre orgulloso y nunca hablaría de sus pruebas médicas. Especialmente si estas, como sugería la llamada a su domicilio, revelaban algo inquietante.

Serafín abrió los ojos y acarició el vientre de Carmen.

—¿Qué hora es?

Carmen giró el cuello y miró el despertador encima de la mesilla. Era una réplica de un Breguet que había pertenecido a la reina María Antonieta. Serafín lo había comprado en una subasta y se lo regaló a Carmen por su tercer mesiversario.

—Son las cuatro de la tarde. Has dormido muy poco.

Serafín se incorporó con lentitud en la cama. Había comprobado que, si se levantaba con movimientos suaves, era capaz de amortiguar sus jaquecas. Carmen vio que empezaba a vestirse en la penumbra.

—¿Adónde vas?

—Al hipódromo. Tengo que hablar con el veterinario de Flor de Loto.

—¿Con este calor?

Él se acercó y besó sus labios entreabiertos.

—Duerme un poco. No tardaré.

Carmen se estiró el pelo, cogió una goma de la mesilla y lo recogió en una coleta. Serafín le ocultaba algo, y esa sensación no le gustaba.

—¿Vendrás a cenar?

—Por supuesto. Vete pensando a qué restaurante quieres ir.

Serafín bajó en el ascensor hasta el portal y fue a buscar su Maserati. Las calles casi desiertas reverberaban bajo un sol de justicia, y no tardó mucho en llegar al hospital. Era el último día de consulta del doctor Solís, antes de partir de vacaciones.

La sala de espera del neurólogo estaba vacía a esa hora y se acomodó en uno de los sillones de cuero. De las paredes colgaban reproducciones de cuadros de Goya y Velázquez, junto a un crucifijo de alabastro.

Había postergado esa visita más allá de lo razonable. Sus visiones eran cada vez

más frecuentes y tenía miedo de hacerle daño a Carmen. En una alucinación reciente conducía por la autopista en sentido prohibido, con ella a su lado, y chocaban frontalmente con otro vehículo. Las imágenes del accidente eran tan nítidas que parecían reales.

El doctor Solís abrió la puerta y lo invitó a pasar a la consulta. Según las indagaciones realizadas por Serafin, era uno de los mejores neurólogos de España. El médico lo invitó a sentarse.

—No voy a irme por las ramas. Me temo que tengo malas noticias.

—¿Cómo de malas?

El médico abrió un sobre gris azulado y situó una radiografía sobre un armario de cristal traslúcido. Encendió una lámpara y señaló con un bolígrafo dorado una mancha en la imagen.

—Tiene un tumor en el lóbulo occipital del cerebro, imposible de descubrir con una observación superficial. Por eso le pedí que permaneciera en observación un par de días.

Serafin Leal tragó saliva con dificultad. Las noticias eran malas, y el doctor se las había comunicado sin ningún tipo de anestesia.

—¿Es operable?

—Lamentablemente, el tumor está tan avanzado que la cirugía provocaría daños irreparables en el cerebro. El mejor tratamiento sería una combinación de radiación y quimioterapia. Cuanto antes empecemos, mejor.

Aunque temía ese diagnóstico, y por ello había evitado responder a las llamadas del neurólogo, albergaba la esperanza de que tuviese cura. Había sido un acierto no pedirle a Carmen que lo acompañara.

—¿Cuánto tiempo... me queda de vida?

El neurólogo guardó su bolígrafo en la bata blanca.

—Es difícil responder a esa pregunta. Podrían ser tres meses; quizá más, si el tratamiento resulta eficaz. ¿Padece muchos dolores de cabeza?

Serafin asintió casi con resignación. Todavía estaba conmocionado por la noticia.

—Le recetaré algo contra ellos. Son unos comprimidos potentes; no exceda la dosis máxima de tres al día —El médico escribió la receta, con letra rápida—. ¿Ha tenido otros síntomas? ¿Convulsiones? ¿Desmayos?

Serafin le relató la visión que había tenido varias veces en la última semana: un ejército de medusas luminiscentes flotando en el mar; una barca bajo el cielo estrellado; sus labios resecaos; el sonido de unos remos que lo alejaban lentamente de la tierra; su hombro ensangrentado. Habían pasado muchos años desde aquella noche frente a la costa de Tánger, pero no los suficientes para atenuar el recuerdo.

—Esa alucinación podría ser causada por el tumor o por otros motivos. Una

diabetes, por ejemplo.

—¿Y los desmayos?

—Lo más probable es que se hayan producido por un aumento significativo de la presión intracraneal. La reducción temporal del flujo sanguíneo puede haber provocado una pérdida de conciencia. Un esfuerzo físico o un simple ataque de tos sería suficiente para desencadenar un síncope.

Serafin Leal dedujo que aquello era lo que le había ocurrido en los servicios del casino unos días atrás; episodio que se había repetido en su despacho tras hablar por teléfono con Mateo Riva.

—¿Podría llegar a confundir esas alucinaciones con la realidad? Quiero decir, ¿podría poner en peligro a la gente que me rodea?

—Hay casos en los que ha ocurrido, pero no son frecuentes. Lo que debe hacer es informar a sus seres queridos, para que le ayuden a identificar la aparición de esos síntomas. Estamos hablando de problemas de memoria, cambios de humor o trastornos de personalidad. O también síntomas similares a una depresión, como falta de energía, cansancio y somnolencia.

Serafin Leal escuchó la retahíla de explicaciones del médico y recordó la imagen de las medusas luminiscentes en una noche estrellada. Las huellas del tumor incluían náuseas y vómitos y podrían alcanzar la ceguera, total o parcial. En cuanto al tratamiento, las consecuencias de la radiación podían ser incluso peores.

Salió tan abatido de la consulta que decidió no ver a Carmen en ese estado. Iría al hipódromo, para calmarse. Lo mejor sería proseguir su vida como si nada hubiese ocurrido. No le diría nada a Carmen ni a nadie más, y no se sometería a ningún tratamiento. Quería disfrutar al máximo de lo que le quedaba de vida, fuesen tres meses o seis.

Al llegar al hipódromo, se dirigió a la terraza y le pidió al camarero una botella muy fría de champán y media docena de ostras. Pensó que su amante había intuido que algo iba mal. Era una mujer hermosa e inteligente, que poseía una elegancia natural y una sensibilidad fuera de lo común. Esas cualidades, unidas a su maravillosa voz, le abrirían las puertas de los escenarios internacionales.

Tras la segunda copa de champán se sintió un poco mejor. Estaba casi aliviado, pues ya conocía el diagnóstico. A pesar de todos los años transcurridos seguía siendo legionario, y eso suponía la aceptación en cualquier momento de la muerte. La había acariciado ya varias veces, especialmente aquella noche de octubre de 1945 frente a la costa de Tánger. Desde entonces, cada día era un regalo.

Mientras engullía una ostra, consideró la fortuna que había amasado en las últimas tres décadas. Ignoraba cuánto tiempo le quedaba de vida, pero era sin duda suficiente para poner sus asuntos en orden. Tenía una hija de la que ocuparse, y se aseguraría de

que pudiese heredar su fortuna. En cuanto a Carmen, esa misma tarde visitaría la joyería Cartier y compraría un anillo de compromiso. Cuando hubiese muerto, su dinero le abriría algunas puertas; su maravillosa voz le garantizaría el éxito.

Acababa de servirse otra copa de champán cuando vio acercarse al encargado de su cuadra. El hombre llevaba varios años trabajando para él y le había demostrado su lealtad en numerosas ocasiones. Se quitó la gorra de la cabeza, en señal de respeto.

—Don Serafín, hay un problema con Flor de Loto...

—¿Qué ocurre?

—Será mejor que me acompañe.

El estrépito del teléfono despertó a Mateo Riva. Había regresado de Tánger un día antes y estaba tan cansado que se había quedado dormido en el sofá después de comer, con el televisor encendido. Se frotó los ojos y estiró el brazo para descolgar.

—Necesito que venga ahora mismo al hipódromo —dijo Serafín Leal—. Me encontrará en las cuadras.

No se trataba de una petición, sino de una orden, emitida con el mismo aplomo que Serafín Leal había demostrado durante su primer encuentro.

No le dio más explicaciones, y Mateo fue al cuarto de baño para lavarse la cara. No se acordaba de que había dejado un tanque de revelado en el lavabo, por lo que tuvo que lavarse en la cocina. Lo hizo con cuidado, para evitar que la herida en su mano izquierda, que empezaba ya a cicatrizar, volviera a sangrar. Un recuerdo de Tánger. A continuación, se puso unos pantalones de lino y una camisa azul de manga corta y salió en busca de su Seat 850.

Condujo con rapidez por la carretera de La Coruña, ensordecido por el aire que circulaba entre las ventanas abiertas. Al cambiar una marcha, el embrague hizo un ruido extraño, como si fuera a romperse, pero Mateo respiró aliviado al ver que aguantaba. Por el precio que había pagado por ese coche, tampoco podía exigir mucho. Se lo había comprado, a precio de saldo, a una mujer que lo contrató para averiguar si su marido le era infiel, algo que resultó sencillo constatar.

Una vez en el hipódromo, aparcó el coche y se dirigió a las cuadras. Por el camino se cruzó con varios caballos conducidos de la brida por sus cuidadores. Todos ellos eran animales estilizados, de gran alzada, y supuso que una caída desde esa atalaya, a más de cien kilómetros por hora, tenía que ser mortal.

Al llegar a las cuadras, preguntó por Serafín Leal. Un hombre de piernas arqueadas, con la fisonomía y los andares de un antiguo *jockey*, lo acompañó hasta una zona de construcciones encaladas, en la que olía a estiércol, sudor animal y paja húmeda.

Frente a la puerta de la cuadra, sentado en un tocón de madera, estaba un hombre diminuto vestido con indumentaria de jinete. Apretaba su cabeza entre las manos, ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

Nada más entrar en el establo, Mateo percibió el olor a sangre. Un caballo de grandes dimensiones yacía en el suelo, cubierto con varias mantas. Su sangre se había coagulado en el suelo, y un ejército de moscas revoloteaba a su alrededor. Serafín

Leal estaba al lado de la yegua y le pidió que se acercara.

El detective espantó a los insectos con la mano y levantó las mantas que cubrían al animal. A pesar de las horas que llevaba muerto, su piel brillaba como si acabaran de cepillarla. Tenía una incisión larga y profunda en el cuello. El corte, que le había seccionado la yugular, tenía unos veinte centímetros de largo. El animal se había desangrado rápidamente.

—Ninguno de los empleados vio entrar a nadie sospechoso —comentó Serafín Leal—. Quizá debería hablar con el *jockey*. Está sentado frente a la cuadra.

—¿Por algún motivo en especial?

—Tenía intención de despedirlo, y quizá el rumor llegó hasta él. Años atrás fue un buen jinete, pero se ha hecho viejo.

Mateo se preguntó si la yegua estaba asegurada. Quizá su muerte permitiera a Serafín Leal embolsarse una elevada suma.

—Es improbable que haya sido el *jockey* —explicó el detective—. La yegua tendrá 1,70 m de alzada, y el *jockey* apenas alcanza 1,50 m. Hacer una incisión de esa profundidad no sería fácil para alguien de su estatura. Tuvo que ser un hombre alto y corpulento.

Serafín Leal asintió, pensativo. La mirada vidriosa del caballo y las moscas que revoloteaban a su alrededor le estaban provocando náuseas. Tapó la cabeza de la yegua con una manta.

Mateo lo siguió fuera de la cuadra. En ese momento vieron acercarse a un camarero, vestido de esmoquin y pajarita. Obsequioso, le tendió un sobre con sus manos enguantadas.

—Es para usted. Lo encontramos en una mesa de la terraza.

Serafín Leal cogió el sobre y comprobó que había un objeto en su interior. Escrito a mano, con una letra angulosa, figuraba su nombre. Rasgó el sobre y encontró en su interior la polvera de plata que le había regalado unas semanas atrás a Carmen. Aunque el sobre no indicaba un remitente, era obvio quién lo había enviado. Y eso no auguraba nada bueno.

Preocupado, caminó con pasos rápidos hacia la terraza del hipódromo. Pidió un teléfono y marcó el número de Carmen. Escuchó con ansiedad el eco de la llamada, pero esta resonó durante largo tiempo sin que nadie descolgara.

El cuentakilómetros del Maserati indicaba una velocidad muy superior a la autorizada. Serafín Leal esquivaba coches, cambiando de carril de forma temeraria. Sentado a su lado, Mateo Riva permanecía en silencio, para no distraerlo, rezando para que en esa ocasión los frenos no fallaran.

Serafín tenía un presentimiento aciago. No tenía que haber dejado a Carmen sola. Después de Leila, era la única mujer que había conseguido atravesar su epidermis. Tras pasar media vida ocultándose, deseaba poder confiar plenamente en alguien. Había vivido muchos años protegiendo su secreto, inmerso en una realidad paralela que había acabado por fagocitar su verdadera identidad. Su vida había mejorado mucho tras conocer a Carmen, haciendo que su prisión dorada le pareciera sofocante. A ciento setenta kilómetros por hora, en esa carretera atestada de vehículos, tuvo la revelación de que estaba enamorado de ella, de que deseaba —y merecía— una vida a su lado.

El tráfico estaba cortado en la calle Recoletos. Serafín aparcó el coche sobre la acera y echaron a correr hacia el edificio donde vivía Carmen. En la calle parpadeaban las luces de una ambulancia.

Frente al portal había una turba de curiosos. La gente más cercana observaba, con un silencio sepulcral, un cuerpo tapado parcialmente por una sábana. El rostro miraba hacia el lado opuesto, pero Serafín reconoció los cabellos que había acariciado solo unas horas antes. Apartó a empujones a varias personas y se acercó a Carmen. Parecía dormida, pero sus ojos invernales denotaban que se encontraba muy lejos de allí.

Se arrodilló junto a la mujer que había sido —ahora lo veía con clarividencia— su gran amor. Sintió un dolor tan intenso que durante unos segundos fue incapaz de respirar, como si su corazón se hubiese detenido.

Sostuvo la cabeza de Carmen entre sus brazos y emitió un lamento desgarrador que se perdió en el tráfico de la ciudad que había sido testigo de su fortuna y, en ese momento, lo era también de su desgracia.

Serafín Leal bebió un trago de *whisky* y contempló, a través de la ventana que daba a la carretera, la silueta rocosa del Alto del León.

El entierro de Carmen había tenido lugar esa mañana, y se sentía agotado, vacío. Y profundamente solo. La autopsia no había revelado indicios de violencia en el cadáver, por lo que la policía trabajaba con la hipótesis de un suicidio. Serafín estaba convencido de que Bruno Grande estaba involucrado, pero no había utilizado sus influencias para exigir una investigación. Se impartiría justicia, aunque tuviera que emplear en ello las escasas fuerzas que le quedaban. Confiaba poco en Mateo Riva, que había sido incapaz de proteger a Carmen, pero el sicario alemán cumpliría su cometido. En caso contrario, ordenaría a Néstor Gálvez que contratara a un ejército para asesinar a Bruno Grande.

Observó su reflejo en el ventanal. Desde joven había aparentado menos edad de la que tenía, pero los últimos días le habían pasado una severa factura. Por fuera, su rostro apenas mostraba arrugas; por dentro, tenía fallas y barrancos insondables. La muerte de Carmen le había dejado un vacío tan profundo que dudaba si algún día llegaría a recuperarse. A lo largo de su vida había participado en muchos negocios turbios, y se preguntó si aquella era una retribución por sus actos.

El atardecer empezaba a descender sobre el valle, encendiendo las casas como caprichosos fuegos fatuos. En cierta forma, todos los sucesos de los últimos días habían tenido su germen en esas montañas.

Desde la inauguración del túnel que unía las dos Castillas, el paso que coronaba el puerto de Guadarrama había perdido mucho tráfico, pero durante la Guerra Civil, el Alto del León había sido un enclave de gran importancia. Serafín formaba parte del contingente de tropas nacionales enviadas a tomar el cerro. Los combates con los soldados republicanos tuvieron lugar entre los pinares, con fusil y bayoneta calada, bajo un sol asfixiante y el calor que irradiaban las bombas de los aviones *Katiuska* enemigos. Al caer la tarde, se había lanzado con sus compañeros a coronar la cumbre. Durante la carga, un legionario de otra división, que corría a su lado, recibió un disparo en el pecho. Serafín taponó la herida del desconocido con su pañuelo, hasta que los sanitarios pudieron evacuarlo. Desde aquel día, su destino y el de Bruno Grande quedaron indisolublemente unidos.

Sintió un estremecimiento al recordar la voz de Carmen, la noche en que la había conocido. Y una inmensa rabia ante su cuerpo desmadejado, en aquella acera llena de

curiosos. Si hubiera dejado morir a Bruno Grande en el Alto del León, ninguno de los sucesos de los últimos días habría ocurrido. Y Carmen estaría ahora viva.

Después de la toma del Alto del León y la caída de la capital, los legionarios habían permanecido estacionados en Madrid. Tras la recuperación de Bruno, combatieron en diferentes lugares de la península hasta que, cuando finalizó la guerra, fueron enviados de nuevo a África. Unos días después de que París cayera en manos alemanas, los dos hombres habían formado parte del contingente de tropas españolas que invadieron la ciudad internacional de Tánger. Tardaron poco en ocupar la fortaleza, rendida sin ofrecer apenas resistencia.

Tánger había sido un oasis en la vida de Serafin. En aquella época, Bruno y él se habían hecho inseparables, y se les unió un tercero, Andrés, un extremeño que había ejercido de carterista en Barcelona, antes de la guerra, y que se alistó en la Legión para evitar la cárcel. Lo apodaban el Puro, pues llevaba siempre en la boca un cigarro sin encender. Era el más inteligente de los tres, y tenía tanto ingenio que una vez, no disponiendo de dinero para pagar la pensión en la que se hospedaba, había prendido fuego al colchón y tirado su maleta por la ventana, para salir después corriendo por la puerta al grito de «Fuego».

Durante su época en el Sáhara, rodeados de tropas rebeldes, el menor descuido podía suponer una bala en la frente. Para esos lances, Bruno Grande era la mejor compañía. A pesar de su estrabismo, tenía una vista tan aguda que era capaz de distinguir a los fenecos de grandes orejas cuando abandonaban sus refugios subterráneos al caer la noche. Silencioso y corpulento, tenía un manejo prodigioso de los cuchillos. En una ocasión había conseguido ensartar con su navaja, desde veinte metros de distancia, una víbora cornuda en movimiento.

Serafin Leal apuró su *whisky*, el tercero esa tarde. Los vapores del alcohol se superponían a su colonia Clive Christian, y se preguntó qué quedaba del hombre elegante y sofisticado que había cenado con Carmen en el Casino de Madrid solo dos semanas antes. Resultaba irreconocible, incluso para sí mismo, y dudaba de que el compañero de colegio que lo había interpelado por su verdadero nombre —Jesús—, minutos antes de que fallaran los frenos del Citroën, fuese capaz de reconocerlo en ese momento.

El *whisky* había aletargado momentáneamente el dolor, pero el sentimiento de culpa seguía al acecho. Carmen había muerto porque él no había sido capaz de protegerla, y esa carga le acompañaría el resto de su vida.

Serafin le pidió al camarero otro *whisky*, pero desechó la idea. Se sentía débil y mareado y le empezaban a silbar los tímpanos. La medicación para contrarrestar las jaquecas le estaba provocando náuseas.

Era noche cerrada cuando pagó la cuenta y salió del restaurante. Su Mercedes

Gullwing se encontraba al otro lado de la carretera, en un aparcamiento sin asfaltar. Tardó unos segundos en levantar la puerta en forma de ala de gaviota, y bastantes más en introducir la llave en el contacto. Encendió el motor y aferró el volante, para evitar caerse hacia un lado.

Pisó con fuerza el pedal del gas y tuvo la impresión de que se encontraba inmerso en una burbuja. El coche se lanzó con ímpetu por la carretera sinuosa. Serafín veía acercarse los faros de automóviles que se apartaban bruscamente de su trayectoria, mientras el Mercedes zigzagueaba por la calzada y las ruedas chirriaban en las curvas.

Era mejor morir así, en vez de hacerlo mil veces a consecuencia de esa maldita enfermedad y del sentimiento de culpa provocado por la muerte de Carmen.

Apretó a fondo el acelerador para adelantar a un vehículo. Al entrar en una curva, se percató de que otro coche se interponía en su camino. Pisó el freno con fuerza, y el Mercedes giró sobre sí mismo. Tras desplazarse un trecho por la calzada, quedó parado en medio de la carretera.

Con la frente apoyada en el volante, distinguió los faros de un camión, que se aproximaban a gran velocidad hacia donde estaba. Tuvo la certeza de que había llegado al final de un camino iniciado en el Alto del León, treinta años atrás, pero el recuerdo de Carmen se interpuso a esa placidez y le inyectó una gran dosis de rabia. No podía dejar su muerte sin vengar; no mientras le quedaran fuerzas.

Los faros del camión estaban ya muy cerca. Pisó a fondo el acelerador, y el Mercedes se catapultó hacia delante. Se apartó por unos centímetros de la trayectoria del camión, que estuvo a punto de golpear la parte trasera del vehículo.

Estacionó el coche en el arcén y apagó el contacto. Apoyó sus manos temblorosas sobre el volante y quiso llorar, pero no fue capaz. Nada podría compensar la pérdida de Carmen; ni siquiera la muerte de Bruno Grande.

Lucía se puso un delantal, rehogó tomates, ajo y cebolla, y añadió el cordero troceado que dejó cocer a fuego lento con el caldo de carne. Había preparado el cuscús de cordero infinidad de veces desde que tenía ocho años; su madre aseguraba que lo hacía incluso mejor que ella.

El cuscús no era un plato que se comiera a diario en Tánger, sino que se reservaba para ocasiones especiales. Y aquella, para Lucía, lo era. Igual que otros restaurantes reservaban un día de la semana para el cocido, ella había decidido hacer lo mismo con el cuscús.

La conversación con Beatriz, unos días antes, la había dejado muy confusa. No había llamado al detective, y ni siquiera estaba segura de querer hablar con su padre. Sentía rencor hacia él, por haberla abandonado, pero también hacia su madre por haberle mentado, aunque estaba segura de que lo había hecho para protegerla. La aparición de la fotografía en aquellas circunstancias era desalentadora, al igual que el posible vínculo con el hombre que la había acosado en la medina.

Destapó las costillas de cordero y aspiró su aroma. Satisfecha, comprobó que el marinado había impregnado la carne. Calentó agua en un puchero y, antes de que empezara a hervir, añadió la sémola.

Limpió los espárragos y el calabacín que acompañarían a la carne y comenzó a preparar la *chermoula*, una pasta para marinar pescados y mariscos. Alineó los ingredientes —aceite de oliva, ajo, comino, cilantro, zumo de limón y guindillas— y destapó la sémola, para ver si estaba ya lista.

Como solía ocurrirle cuando cocinaba, estaba tan absorta en su tarea que no prestó atención a lo que pasaba a su alrededor. Nieves tuvo que acercarse para hacerle saber que los dos policías que habían registrado el restaurante, tras la muerte de Víctor González, preguntaban otra vez por ella.

Lucía se limpió las manos en el delantal y caminó hacia la puerta. Los dos agentes iban vestidos de traje, a pesar del día caluroso.

—Tenemos una orden de registro firmada por el juez.

—Pero si ya registraron el restaurante el otro día. ¿Qué están buscando?

Los hombres le pidieron que se apartara y se dirigieron sin perder tiempo a la despensa. A través de la puerta abierta, vio que se ponían unos guantes y una máscara de protección. A continuación, se arrodillaron en el suelo y empezaron a palpar las tablas próximas a la pared del fondo, como si buscaran algo preciso. Uno de ellos

levantó un tablón y llamó la atención de su compañero. Precavidamente, extrajo un pequeño paquete envuelto en papel de periódico. Utilizando unas pinzas, lo introdujo en una bolsa de plástico.

—Necesitamos que nos acompañe a la comisaría. El restaurante está clausurado hasta nuevo aviso. Antes de salir, ponga el cartel de «cerrado».

Lucía enarcó las cejas.

—¿Ahora? ¿Por qué?

—Es usted sospechosa de la muerte de Víctor González.

—¿Sospechosa? —preguntó Lucía, incrédula—. ¿Qué han encontrado en la despensa?

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza, dándole a entender que no le daría más información, y le pidió que se apresurara. Desconcertada, Lucía se quitó el delantal y se puso los anillos que se había sacado mientras cocinaba. Mercedes la miraba con intensa satisfacción, como si estuviera al corriente de algo.

Nieves insistió en acompañarla, pero Lucía le pidió que se quedara para cerrar el restaurante. La joven se acomodó en la parte trasera del vehículo policial, mientras que los dos agentes lo hicieron en los asientos delanteros. Al llegar a la comisaría, condujeron a Lucía a un pequeño despacho para interrogarla.

—¿Quiere llamar a un abogado?

Lucía no tenía a quien acudir. Beatriz se hallaba a seiscientos kilómetros de distancia, y no conocía a nadie en Madrid. Recordó de nuevo su última conversación telefónica, en la que había mencionado al detective que la había visitado en Tánger. El papel donde había anotado su número, ante la insistencia de Beatriz, se encontraba en el bolsillo de su falda.

Le pidió al policía que marcara ese número, aunque no tenía muchas esperanzas de que el detective contestara, y cogió el auricular. Al cabo de varios timbrazos, escuchó la voz de un hombre.

—Soy Lucía Cisneros. Mi madre me ha dado su número de teléfono.

Mateo Riva oyó que sonaba el teléfono de su despacho. Había ido a recoger su cámara de fotos, y Luis estaba esperándolo en el coche para dirigirse al Palacio de los Deportes. Tenían el tiempo justo antes de que empezara el combate de Kid Tano.

—Soy Lucía Cisneros. Mi madre me ha dado su número de teléfono.

Mateo se cambió el teléfono de oído.

—Tengo un problema —prosiguió la joven—. No sé si puede ayudarme...

El detective suspiró. Sus posibilidades de acudir al combate se habían reducido considerablemente.

—¿Qué tipo de problema?

—Estoy en la comisaría de Chamberí. La policía me ha dicho que soy sospechosa de asesinato.

Todas las posibilidades de asistir al combate se habían esfumado. No iba a ser fácil explicárselo a Luis.

—Voy hacia allí. Llegaré en quince minutos.

Mateo colgó el teléfono. Aunque habría acabado por dar con la hija de Serafín Leal, aquella llamada facilitaba mucho las cosas. O quizá no. Un caso de asesinato podía complicarlo todo. Lo primero sería entender qué cargos había contra ella.

Devolvió la cámara fotográfica al cajón de su escritorio y bajó a la calle. Luis estaba esperándolo en el Seiscientos blanco, con el motor encendido.

—¿Qué estabas haciendo? Vamos a llegar tarde.

Mateo se apoyó en la ventana abierta del copiloto.

—Lo siento, pero tengo que ocuparme de una cosa de trabajo.

—¿Estás de broma?

—Intenta revender mi entrada. Yo tengo que ir a la comisaría de Chamberí.

Su amigo martilleó con los dedos el volante.

—¿Vas a tardar mucho?

—Ni idea, pero me temo que no llegaré al combate.

—Sube, que te llevo.

Mateo había aparcado su coche lejos de allí, por lo que aceptó su propuesta. Cuando llegaron a la comisaría, descendió del vehículo; estrechó la mano de su amigo a través de la ventana abierta.

—Mañana me cuentas qué tal la pelea. ¿Irás al gimnasio?

—Yo sí, pero tú, con esa mano que tienes...

—Pasaré por allí de todas formas. No me perdería por nada del mundo tu combate con el de Vallecas.

Luis había aceptado repetir una pelea que había ganado, por puntos, la semana precedente. El otro púgil le había pedido la revancha, algo a lo que Luis accedió deportivamente.

Mateo se despidió y entró en la comisaría. Caminó hacia el mostrador donde se encontraba un policía joven, cuyo aspecto marcial hacía pensar que aún no había sido avasallado por la rutina diaria.

Utilizando un poso de compañerismo de antiguo miembro del cuerpo policial, se enteró de las diligencias instruidas contra Lucía Cisneros. Era probable que la retuvieran toda la noche en comisaría, hasta que el juez decidiese qué hacer con ella.

Mateo se dirigió a una cabina telefónica situada en el vestíbulo y marcó el número de Serafín Leal, para ponerlo al corriente de la situación.

—No sé si tiene amigos en judicatura, pero tiene una oportunidad dorada de congraciarse con su hija.

Serafin disponía de amigos en sitios influyentes, pero más en instancias del Gobierno que en el cuerpo judicial. Varias personas le debían favores, y se comprometió a realizar un par de llamadas.

Mateo se sentó en el banco de la entrada. Era casi medianoche cuando sonó el teléfono del mostrador. El hombre uniformado descolgó y se puso firme, haciendo pensar a Mateo que Serafin Leal había movido algunos hilos. A continuación, transfirió la llamada internamente.

Poco después, Mateo vio cómo se acercaba una mujer de piel dorada, cobriza. Al sumergirse en sus ojos diáfanos se le aceleró el pulso y una corriente de electricidad premonitrice recorrió su espalda, haciendo que su cuerpo se estremeciera. Sus miradas se cruzaron durante unos instantes, y el detective se dio cuenta de que si no apartaba los ojos, el daño podría ser irreparable.

—Soy Mateo Riva.

—Gracias por venir —Lucía Cisneros observó la herida reciente en su mano—. Acaban de decirme que me puedo marchar, pero no puedo salir de España sin la autorización del juez.

Mateo ignoraba con quién había hablado Serafin Leal, pero sus gestiones habrían tenido éxito.

—¿Podríamos charlar en un lugar tranquilo?

Ella asintió, y Mateo le pidió que salieran a la calle. Se alejaron unos metros de la puerta de la comisaría.

—Un testigo la vio discutir con el fallecido poco antes de su muerte.

—¿Quién?

—No lo sé, pero intentaré averiguarlo. Si la policía vuelve a ponerse en contacto con usted, llámeme inmediatamente.

La joven asintió. Consciente de que no tendría mejor momento para hacerlo, Mateo extrajo del bolsillo la fotografía que le había enseñado unos días antes a Beatriz.

—Serafin Leal la recibió hace unos días en su buzón y me pidió que fuese a buscarla a Tánger. Le gustaría conocerla.

Lucía había pasado muchos años fantaseando sobre su padre, pensando en su aspecto físico, en qué le habría dicho si no hubiese fallecido. Y ahora se le presentaba esa oportunidad.

—Es tarde y estoy fatigada. Prefiero que hablemos en otro momento.

—Lo entiendo. ¿Quiere que la acompañe a su casa?

—Ya le he causado bastantes molestias. Iré dando un paseo.

Mateo iba a insistir, pero se dio cuenta de que Lucía había tomado una decisión.

—Esperaré entonces su llamada.

La joven se despidió de él y fue caminando hacia su casa, situada a menos de un kilómetro de la comisaría. Cuando ella se marchó, Mateo observó el coche de Luis aparcado junto a la acera. Su amigo estaba sentado al volante y le hizo una seña para que se acercara.

—Te has perdido un combate grandioso —Luis extrajo unos billetes del bolsillo y se los tendió—. He revendido tu entrada por más dinero del que te costó.

Mateo se sentó en el asiento del copiloto. Quería saber dónde vivía la joven, por si no se decidía a llamarlo.

—Luego me lo cuentas. ¿Ves aquella mujer en la acera? Síguela de lejos, sin que se dé cuenta.

Al llegar a la altura de su edificio, Lucía pasó delante de un taxi detenido en doble fila y cruzó la acera para llegar a su portal. Buscó las llaves en su bolso, pero solo encontró las de su vivienda. Con las prisas al salir del restaurante, había olvidado la llave del portal.

Era tarde, así que no tenía otra alternativa que molestar a Nieves. El sereno tardaría en terminar su ronda, y no quería estar esperando sola en la acera. Pulsó el timbre del piso de su amiga varias veces, hasta que oyó su voz y le explicó qué pasaba. La puerta se cerraba con doble vuelta de llave por las noches, así que tenía que bajar para abrir.

Unos momentos después, Lucía oyó pasos en la escalera y vio aparecer a Nieves en bata y camisón, con unas zapatillas en los pies. Al girarse para entrar, Lucía vio que se aproximaba un hombre por la acera, cuyo rostro le resultó familiar. Era el que había maltratado a Nieves unos días antes.

Antes de que pudiese prevenir a su amiga, el acosador se plantó delante de ellas y tiró del brazo de Nieves. Lucía reparó en que olía a alcohol barato.

Nieves intentó liberarse de sus garras. Fue entonces cuando Lucía vio acercarse a Mateo Riva, acompañado de otro hombre.

El maltratador empujó contra la pared a Nieves, que estuvo a punto de caer al suelo. El acompañante de Mateo avanzó dos pasos y se encaró con el agresor.

—Déjela estar.

—¿Quién te ha dado a ti vela en este entierro?

Apretó los puños, como si fuera a asestar un golpe a Luis, pero la determinación en su mirada le hizo cambiar de opinión. Sin decir nada, el maltratador se dirigió hacia el taxi estacionado en doble fila. Se sentó al volante, encendió el motor y emprendió la marcha con un fuerte acelerón.

—Creo que esta noche no os dará más problemas.

Nieves contempló al amigo de Mateo con ojos de admiración.

—Nieves Latour —se presentó, imitando un acento francés.

—Luis. Boxeador español.

Nieves extendió su brazo y dobló la muñeca para darle la mano, como había visto hacer a las mujeres glamurosas de las películas.

—Trabajé en la película *El joven ruiseñor* —explicó Luis—. Después del rodaje, el mismo Joselito me confesó que lo había eclipsado.

Animado por la sonrisa de Nieves, buscó una moneda para mostrarle el truco de magia, pero Mateo le advirtió con un gesto que no era el momento adecuado.

—Este es Mateo Riva —intervino Lucía—. Trabaja para mi padre... Luego te cuento.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Una pequeña herida de guerra —respondió el detective y, dirigiéndose a Lucía, añadió—: me quedaré por aquí un rato, para asegurarme de que el taxista no vuelve. Hablamos mañana.

Lucía empujó la puerta del portal, pero Nieves no parecía decidida a despedirse. Los dos hombres les desearon buenas noches y se dieron la vuelta.

—¿No te parecen guapísimos? —apuntó Nieves, tras cerrar el portal—. Yo creo que le gustas a Mateo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te pone ojitos. ¿Vas a decirme que no te has dado cuenta?

Cuando Luis se marchó, el detective se quedó esperando en un portal cercano, por si el taxista decidía regresar. Se sentó en el escalón y observó la entrada del edificio donde vivía Lucía Cisneros.

En la media hora siguiente no ocurrió nada, y Mateo estaba a punto de irse a dormir. Hacía una noche agradable, y en la calle apenas había transeúntes. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que un hombre se acercaba por la acera, y no tardó en reconocerlo. Había cambiado desde aquella foto de juventud, en la que aparecía con la mano apoyada en el hombro de Serafín Leal, pero no había duda de que era Bruno Grande. Era todavía más alto de lo que imaginaba. Este se detuvo junto al portal de Lucía y se apoyó en el tronco de un árbol. No parecía haber visto a Mateo. Resultaba probable que estuviese armado, y el detective decidió que lo más inteligente era esperar.

Permaneció agazapado en el portal, observándolo de lejos. Bruno Grande no parecía tener prisa y continuó apoyado en el árbol un buen rato. Finalmente, se puso

en marcha. Mateo lo siguió de lejos, con aire casual. El exlegionario avanzaba con grandes zancadas, y no resultaba fácil seguir su ritmo.

En el cielo se veía una luna casi llena. Al llegar a la plaza de Olavide, el individuo se dirigió a la glorieta de Quevedo. Se veía poca gente por la calle, lo cual obligaba a Mateo a mantenerse lejos de Bruno Grande, para que este no reparase en que estaba siguiéndolo.

Al enfilear la calle de Eloy Gonzalo, Mateo se encontró de frente con un policía de uniforme gris. Intentó no llamar su atención, pero el agente le dio el alto para pedirle su documentación. Mateo constató, con impaciencia, que Bruno Grande se le escapaba. El policía examinó su documento de identidad con atención. Cuando se lo devolvió, fue corriendo en la dirección que había tomado el exlegionario hasta ese mismo instante. Miró hacia los lados, buscando su rastro, pero había desaparecido.

Lenin caminó sigilosamente por las calles oscuras de Madrid. Los años de entrenamiento le habían enseñado a hacerse invisible, a «convertirse en piedra». Se comportaba como un puma agazapado en la maleza, junto a las sendas utilizadas por los ciervos, que esperaba el mejor momento para abatirse sobre su presa. Con calma y paciencia.

El detective contratado por Serafin Leal se entretuvo hablando con un policía, y Lenin decidió seguir a Bruno Grande sin preocuparse de él. Aunque no conocía bien Madrid, tenía buenas capacidades de orientación y sabría regresar al punto de partida con facilidad.

Medio millón de dólares era una suma considerable, y no dejaba de asombrarle que alguien pagara tanto dinero por ver muerto a alguien. Apretar el gatillo no era el problema. Lo difícil era elegir el momento. Y hacerlo sin dejar rastro, sin que ningún testigo —a veces, ni siquiera la víctima— advirtiera su presencia.

Bruno Grande prosiguió su camino con grandes zancadas. A pesar de sus casi dos metros de altura, era más ágil de lo que su corpulencia haría pensar. Lenin, de todas formas, nunca subestimaba a sus víctimas. Ese era el motivo por el que, después de tantos años practicando su oficio, seguía vivo.

Observó la fotografía que le había dado Serafin Leal. No había duda de que era el mismo hombre. Había pasado mucho tiempo, pero el porte y el rostro eran idénticos.

Nunca subestimaba a sus víctimas; ni tampoco obviaba los «factores exógenos», como le habían enseñado sus instructores en el regimiento Feliks Dzerzhinsky. A veces, el azar jugaba malas pasadas, y la observación y la anticipación eran fundamentales. Lenin lo había aprendido durante una operación en Bruselas que no había preparado con la suficiente meticulosidad. Aquella noche había dado por sentado que su objetivo estaría solo en su casa. Cuando entró, forzando la cerradura, encontró al hombre trabajando en su despacho. Pero en el momento en que iba a disparar, un niño pequeño apareció en el pasillo. Lenin titubeó unos instantes. Fue solo una fracción de segundo, lo suficiente para que su víctima cogiera una botella y lo golpeará en la cabeza con ella. Desorientado, disparó varias veces al hombre y huyó dejando un rastro de sangre, con los alaridos de pánico del niño resonando en su mente. Había desatendido los «factores exógenos», un descuido que a punto estuvo de costarle la vida. La herida en la frente, que se cosió él mismo en la pensión, le dejó una marca que corregiría posteriormente una operación de cirugía estética.

Preocupado ante la posibilidad de que algún testigo lo hubiese reconocido, aprovechó esa misma operación para modificar la forma de su nariz. Años después, la cicatriz casi había desaparecido. Las que no lo hicieron fueron sus pesadillas, en las que escuchaba los gritos del niño que había visto morir a su padre.

Bruno Grande se detuvo frente a una construcción en ruinas. Miró a su alrededor, sin reparar en que Lenin lo observaba. Tiró de la cadena que bloqueaba la puerta de hierro y se coló a través de la rendija. Encima de la verja de entrada, en una inscripción metálica, se leía «Hospital de San José».

Lenin observó a su objetivo sin parpadear, resguardado bajo el alero de un edificio cercano. Ya sabía dónde encontrar a Bruno Grande. Solo tenía que elegir el mejor momento para matarlo.

El viento le trajo un aroma a serrín, barnices y madera seca, procedente de una fábrica de marquetería cercana. De haber tenido un olfato más agudo, habría percibido un «factor exógeno»: la presencia de un tercer hombre, parapetado tras los muros de la fábrica, que lo observaba sigilosamente.

Sobre la mesa del café, protegida con un cristal de color verde aguamarina, descansaba un ejemplar del diario *Ya*. En primera plana aparecía una imagen de la nave Apolo XI, después de su amerizaje en las inmediaciones de Hawái.

—¿Qué guapos están los hombres vestidos de astronauta.

Lucía no prestó atención a las palabras de Nieves, inmersa en sus pensamientos. La noche anterior apenas había podido dormir, preocupada por su detención por la policía. La intervención de Mateo Riva le había permitido abandonar la comisaría, pero ignoraba qué ocurriría ahora. Se encontraba en una ciudad casi desconocida, y Beatriz tardaría unos días en llegar.

—¿Guapos? Pero si no se les ve la cara.

—Pues precisamente por eso.

Nieves extrajo de su bolso un ejemplar atrasado de la revista *El hogar y la moda*, en el que aparecían fotos de las últimas colecciones de primavera y verano presentadas en París. Algún día, sus diseños figurarían en las pasarelas.

La mesa que compartían se encontraba junto a la puerta giratoria del café que daba a la Gran Vía. Después de lo ocurrido la noche anterior, Lucía había decidido cerrar temporalmente el restaurante, a la espera de que se clarificara su situación judicial.

El café tenía grandes ventanales con visillos de encaje, que tamizaban la luz diáfana. A través de ellos se veían los coches que circulaban sin interrupción, y Lucía sintió una sensación de desahogo por hallarse al abrigo del tráfico. Se había adaptado bien a Madrid, pero el tamaño de la ciudad todavía la intimidaba.

—¿Qué tal quedó el restaurante ayer?

—Lo dejé todo recogido —informó Nieves— y puse el cartel que me pediste. ¿Hasta cuándo crees que estará clausurado?

—No tengo ni idea...

—¿Vas a hablar con tu padre?

Lucía le había relatado a su amiga la intervención de Mateo Riva. Desde que se había enterado de que su padre estaba vivo, se encontraba muy confusa. Ningún hombre había ejercido una influencia positiva en su vida, y no esperaba que su padre fuese el primero. Había pasado toda su existencia rodeada de mujeres, y desde pequeña sentía una gran desconfianza hacia el género masculino.

Un camarero de bigote enhiesto y chaquetilla blanca se acercó a tomarles el pedido. Sin pensárselo dos veces, Nieves pidió un chocolate con churros.

—¿Vas a tomar eso con el calor que hace?

—Pues claro —contestó Nieves—. A ti te sentaría igual de bien.

Lucía pidió un café con leche y un bollo suizo, y se acordó del café Hafa en Tánger, con sus pistachos y cacahuetes tostados. La próxima vez que fuese al mercado compraría hierbabuena. Cuando volviera a abrir el restaurante, ofrecería té moruno a los clientes.

Observó a través de la ventana a las personas que caminaban por la acera. Cada vez más mujeres vestían atrevidamente, como Nieves. Su amiga solía ponerse faldas por encima de la rodilla y ropa ceñida de muchos colores. También lucía muchas veces pantalones, vaqueros o de campana, una prenda reservada a los hombres.

—Si no vas a verlo, te arrepentirás —añadió Nieves—. Un padre es un padre..., y eso que el mío era un desastre.

Su amiga miró con indiferencia hacia el ventanal. Un puesto callejero, en plena Gran Vía, prometía «el mejor requesón de Miraflores». Cerca de allí, en algún lugar de la ciudad, vivía el hombre que aseguraba ser su padre. ¿Era demasiado tarde para establecer una relación con él? Lucía se había sentido huérfana toda su vida, y la ausencia de un padre había alimentado un sentimiento de inferioridad frente a las otras niñas.

—Quizá se haya equivocado y no sea su hija.

—Si no hablas con él, nunca saldrás de dudas.

No era la única consideración que Lucía había hecho. El robo de la fotografía, en la que aparecía con su madre, resultaba también una incógnita. La noche anterior había revisado la cerradura del apartamento y comprobó que no había sido forzada. ¿Cómo había entrado el ladrón en la vivienda? ¿Se había colado dentro mientras ella dormía?

—Así podrías ver al detective guapetón —insistió Nieves—. Y yo, a su amigo... A ninguna de las dos nos vendría mal un hombre que nos proteja.

El camarero les trajo el pedido. A pesar de su desparpajo y de su apariencia alegre, Nieves estaba también preocupada por el acoso del taxista. Lucía mordisqueó su bollo suizo, absorta, pero se quedó paralizada instantes después. Acababa de ver en la acera al hombre de la mirada estrábica.

Mateo Riva observó la fotografía en blanco y negro que colgaba de la pared de la cocina. Su padre, aficionado a la fotografía, había tomado miles de imágenes de personas anónimas en situaciones cotidianas, para intentar detener —vanamente, según él— el paso del tiempo. Esa instantánea retrataba a un anciano, en una plaza de Madrid, fumando un cigarrillo con la mirada perdida.

Su padre habría disfrutado en la medina de Tánger, con sus vendedores ambulantes y sus oficios medievales. Mateo utilizaba la cámara Rolleiflex, heredada de su progenitor, que poseía un sistema de dos lentes superpuestas. La inferior servía para ajustar la exposición de la película, mientras que la lente superior permitía enfocar los elementos que aparecían en el encuadre. Con esa cámara immortalizaba los combates de boxeo de su amigo Luis.

Encendió el hornillo y puso la cafetera al fuego. Uno de sus recuerdos más nítidos era de su padre inclinado sobre la cámara, durante un tiempo interminable, enfocando la imagen antes de apretar el disparador. Solía asegurar que el mundo se veía mucho mejor a través de una lente fotográfica.

Se sentó en la encimera de mármol y aspiró el aroma que empezaba a impregnar la casa. Cuando el café estuvo listo, retiró la cafetera del fuego y se sirvió una taza, sin leche ni azúcar. Así lo tomaba en casa. En los bares y restaurantes, donde lo servían tostado con azúcar, lo bebía siempre con leche.

En ese momento sonó el timbre. Dejó la taza sobre la encimera y caminó hacia la puerta. A través de la mirilla vio que se trataba de Pilar, la camarera del café Duque. Llevaba una falda apretada y una blusa muy escotada. Mateo se ajustó el cinturón de la bata, bajo la cual llevaba puesto el pijama, y abrió la puerta.

—He traído churros y una botella de cava —dijo la visitante—. Hoy es mi día libre.

—No es buen momento. Estaba revelando fotografías.

—Veo que has hecho café. ¿Me estabas esperando?

Pilar había pasado semanas tonteando con él, hasta que consiguió su objetivo. Tenía un cuerpo voluptuoso, y el botón abierto de su blusa dejaba entrever dos razones de peso para desayunar con ella.

La invitó a seguirlo a la cocina. Oía a colonia Nenuco, mezclada con un tufillo de lejía. Le sirvió una taza de café, a la que añadió, respetando sus instrucciones, leche y azúcar.

Abrió el envoltorio de los churros y mojó uno en su café. Imaginó el día caluroso que haría en Madrid. Quizá pudiese resguardarse de él en compañía de Pilar. «Un pequeño paso para el hombre...». La posibilidad resultaba tentadora, pero decidió que no era buena idea.

—¿Me enseñas tus fotografías?

Mateo había estado en ese lugar en otras relaciones, en otros comienzos. El tiempo generaba emociones y vínculos que después resultaba difícil cortar.

El timbre de la puerta volvió a sonar, y Mateo se levantó con premura. Extrañado, vio a través de la mirilla que se trataba de Lucía Cisneros. Se miró en el espejo y se reprochó no haberse vestido esa mañana. Se peinó y abrió la puerta.

—Su secretaria me ha dado su dirección —precisó Lucía—. Me gustaría conocer a Serafín Leal.

Mateo la invitó a entrar. Era típico de su secretaria. En vez de informarle de la llamada de Lucía al despacho, le había proporcionado su dirección sin advertirle de ello.

—¿Os ha vuelto a molestar el hombre de ayer?

Lucía iba a decir algo cuando Pilar salió de la cocina, sosteniendo la botella de cava. Había abierto otro botón de su blusa y tenía el pelo revuelto, como si acabara de levantarse de la cama.

—Mateo, te estoy esperando...

La camarera fingió perplejidad al verla. Hizo caso omiso de la mirada furibunda que le dirigió Mateo.

—Si es mal momento, puedo volver otro día.

—No te vayas, por favor... Voy a avisar a Serafín Leal, a ver si está en casa.

El detective cogió del brazo a Pilar y la arrastró hacia la cocina. Entornó la puerta y murmuró:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Ella dejó encima de la mesa, con ímpetu, la botella de cava.

—Eso tendrías que decírmelo tú. ¿Con cuántas estás al mismo tiempo?

—Esa chica es mi cliente, y ahora tengo trabajo —Para evitar una discusión, añadió—: podemos quedar en otro momento.

—¿Cuándo?

—Yo te aviso.

Pilar se abrochó todos los botones de la blusa, tiró la botella al cubo de la basura y, sin decir nada, caminó hacia la entrada. Cuando se marchó, Mateo llamó a casa de Serafín Leal. Informó a la criada de que llegaría, en media hora, con la visita que aquel esperaba.

Llegaron a la calle Príncipe de Vergara antes de la hora anunciada. Se detuvieron

en la acera opuesta, para esperar a que pasara un tranvía, y caminaron hacia la puerta del palacete. Esa vez la criada los condujo directamente al salón.

El dueño de la casa entró poco después, y Mateo pensó que Lucía guardaba un evidente parecido físico con él: la frente ligeramente curva, los labios carnosos, los ojos en forma de almendra.

Serafín Leal le pidió al detective que abandonara el salón. Cuando se quedaron solos, Lucía echó una ojeada a la estancia lujosa. ¿Tenía Serafín tanto dinero cuando había conocido a su madre? No lo creía. Supuso que habría hecho su fortuna años después.

El corazón de la joven latía con fuerza. Caminó hacia la chimenea y contempló los relojes que descansaban sobre la repisa. Encima había un cuadro que reflejaba una vista del Gran Canal de Venecia. Todos los objetos del salón parecían caros. Además de dinero, Serafín Leal tenía buen gusto.

—¿No te quieres sentar?

Lucía negó con la cabeza. La forma de la boca de Serafín Leal le recordaba a la suya. Le provocaba una particular sensación de familiaridad y, al mismo tiempo, de extrañeza.

—Supongo que debo agradecerle no haber pasado la noche en comisaría...

El extraño le dedicó un gesto desprovisto de emoción, para restarle importancia. Había tenido que llamar a una persona bien situada en el Gobierno, para que Lucía fuese liberada a la espera del juicio. Era un favor que no le iba a salir gratis.

—Preferiría que nos tuteáramos.

—Muy bien —dijo Lucía, con frialdad—. Explícame entonces por qué nos abandonaste.

—No os abandoné. Tuve que marcharme de Tánger, pero durante años le envié dinero a tu madre. Le escribí una carta ofreciéndole que os instalara en Madrid, pero ella rechazó mi propuesta. Me pidió que no volviera a escribir.

—Así que te desentendiste completamente...

—Seguí enviando dinero durante unos meses, pero mis cartas regresaban sin abrir. ¿Qué podía hacer?

Lucía no tenía constancia de aquella correspondencia, y quizá decía la verdad. Pero el comportamiento de Serafín Leal distaba de ser ejemplar.

—¿Por qué tuviste que dejar Tánger?

Este caminó dos pasos hacia ella.

—Es una larga historia...

«Una larga historia». Leila le había contado que su padre, un militar español, había fallecido poco antes de su boda en una campaña militar en Sidi-Ifni. Imaginó que su

madre le había mentido para no herirla. O quizá también ella había sido objeto de su engaño.

—¿Crees que puedes aparecer en mi vida cuando te apetezca? ¿Pretendes comportarte como un padre después de todos estos años?

La familia de Leila le retiró la palabra cuando se quedó embarazada, pero eso le traía sin cuidado a Serafín Leal. A pesar de las burlas de los otros niños, Lucía nunca se había avergonzado de su madre. Y tenía razones para estar orgullosa de ella. Ser madre soltera suponía un grave estigma en el Tánger de la época. A pesar de su condición humilde, Leila siempre había antepuesto los intereses de su hija a cualquier otra consideración, privilegiando su educación y mostrándose entusiasmada con sus progresos en la escuela.

—Lo único que me gustaría...

Lucía lo cortó en seco.

—Nunca he tenido un padre. Y no necesito uno.

Serafín pensó que la muchacha tenía carácter: se parecían en otras cosas, además de en el aspecto físico.

—Entiendo que es difícil de aceptar, después de tanto tiempo.

—¿Difícil de aceptar? —explotó Lucía—. ¿Dónde estabas tú cuando mi madre se rompía la espalda para que yo fuese al colegio? ¿O cuando los otros niños se burlaban de mí porque mi madre era soltera?

Serafín decidió atarse como Ulises al mástil, para sobrevivir a las sirenas de su enfado. Entendía el estallido emocional de Lucía, pero había una consideración práctica que no podían obviar. Bruno Grande campaba a sus anchas por Madrid, y era probable que utilizara a Lucía para hacerle daño. Aunque quizá no fuese el mejor momento para mencionarlo.

Lucía caminó hacia la puerta del salón. Antes de franquearla, sentenció:

—Mi padre murió hace mucho tiempo.

Después de la conversación con Serafin Leal, Lucía decidió regresar a su casa para reflexionar. Quería estar a solas, pero el hombre de la medina se encontraba en Madrid, seguramente buscándola, y aceptó el ofrecimiento de Mateo de llevarla a casa.

Antes de marcharse, Mateo solicitó su autorización para entrar en la vivienda y asegurarse de que todo estaba en orden. Cuando terminó de revisar las habitaciones, se despidió de ella. Nieves se sentó en el sofá, al lado de Lucía.

—¿Seguro que no quieres que me quede contigo?

—Te lo agradezco mucho, pero prefiero estar sola. Necesito pensar.

—Si necesitas cualquier cosa, me avisas, ¿vale?

Cuando su amiga se marchó, Lucía cerró la puerta con llave y se cambió de ropa. Echaba mucho de menos a Beatriz y decidió llamarla. Dado que esta no tenía teléfono en casa, contactó con el locutorio más cercano y le pidió al empleado que la avisara.

Mientras esperaba a que sonara el teléfono, Lucía se tumbó en la cama del cuarto, con las manos detrás de la nuca, y observó el crucifijo que colgaba de la pared. La habitación había pertenecido a los padres de Beatriz, y en una esquina del cuarto había un reclinatorio tapizado en terciopelo rojo.

El crucifijo tenía dibujadas gotas de sangre que caían hacia los pies de la figura. Lucía no creía en Dios con la fe de Beatriz, ni como los religiosos que la habían educado con una severa disciplina. Pero estaba convencida de que existía una justicia superior, de que todas las personas acababan pagando un día por sus pecados; en esta vida o en la siguiente.

Lucía no conservaba buenos recuerdos de su educación en la Misión Católica de Tánger. No había sido fácil ser la hija de la cocinera en una institución frecuentada por hijas de diplomáticos y funcionarios de la administración española. Lucía había querido con locura a su madre y, a pesar de sus manos agrietadas y su español plagado de imperfecciones, se alegraba cuando iba a recogerla a la salida de clase.

Recordó sin amargura la minúscula vivienda que habían compartido en la medina de Tánger. Aunque era un espacio pequeño, cada objeto tenía su lugar y el suelo estaba impecablemente limpio. Le vino a la mente el aroma de la hierba limón, cuyo bulbo solía golpear su madre con un cuchillo, a fin de liberar su aroma, antes de picarlo y añadirlo a sus deliciosos platos. En aquella época estaba ya enferma, y solo años después Lucía comprendió que su ocasional impaciencia transparentaba un

miedo acérrimo a dejar a su hija sola en aquel mundo despiadado. Después de unos meses sórdidos en el orfanato, Beatriz le había contagiado una confianza intensa en sus posibilidades, ofreciéndole el cariño que necesitaba para recuperar la seguridad en sí misma.

El teléfono empezó a sonar, y Lucía fue corriendo para descolgar. Sintió una gran serenidad al escuchar la voz de Beatriz, cuyo ritmo pausado —más lento y pausado desde su regreso a Tánger— hacía pensar que estaba segura de su lugar en el mundo. Ojalá ella tuviese la misma certeza.

—¿Has hablado con el detective?

—Con él y con Serafín Leal.

Beatriz guardó silencio, expectante. Se frotó cuidadosamente el ojo izquierdo, tapado con una venda para amortiguar las jaquecas.

—¿Cómo te sientes?

Lucía se sentía confusa, dolida, furibunda. Y triste. Echaba mucho de menos a Beatriz. Su ausencia no le ayudaba a ordenar sus reflexiones y sentimientos.

—Serafín Leal me ha dicho que todos estos años le envió dinero a mi madre. Y que le escribió una carta, ofreciéndole venir conmigo a Madrid, pero que ella no aceptó su propuesta. ¿Tú sabes algo de eso?

—Tu madre no me contó nada.

Lucía emitió un suspiro. Le importaba muy poco el dinero de Serafín Leal, pero quería conocer la verdad. Tal vez porque deseaba creer que su padre se había preocupado al menos por su bienestar material.

Iba a compartir con Beatriz su ánimo sombrío cuando llamaron a la puerta. Lucía le pidió que esperara y caminó con pasos trémulos hacia la entrada. Se trataba de Mateo Riva, y su corazón dio un pequeño vuelco al verlo.

—Quería confirmar que estás bien —dijo el detective—. ¿Necesitas algo?

Lucía reparó en el tuteo, pero no dijo nada. Permanecieron de pie en el pasillo unos instantes, con la puerta abierta, hasta que Lucía recordó que estaba haciendo esperar a Beatriz. La conferencia telefónica iba a costarle una fortuna. Dejó que el detective pasara y siguió atendiendo la llamada.

—¿Cuándo vienes a Madrid?

—Tengo un billete de tren para este domingo —respondió Beatriz, que había decidido viajar a Madrid en contra de la opinión de su médico—. ¿Te arreglarás sin mí hasta entonces?

—Estaré bien... Pero ven cuanto antes.

Por una cerebración inconsciente, Beatriz rememoró los dibujos infantiles de Lucía, poblados de rasgos iconoclastas: soles azules, bicicletas de ruedas triangulares y perros con seis patas. Desde niña había sido una persona excéntrica, diferente.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando me pediste hacerte cargo del restaurante?

Lucía asintió débilmente con la cabeza.

—Me dijiste que harías cualquier cosa por mí.

—Así es, *Volvoreta*. No lo olvides.

Tras despedirse, Lucía colgó el teléfono y regresó a la entrada, donde Mateo Riva observaba una locomotora en miniatura que había pertenecido a Francisco.

—¿Sigues enfadada con tu padre?

Enfadada no era la palabra exacta. Su madre nunca sabía si llegaría a fin de mes. Mientras tanto, Serafín Leal se daba la gran vida en Madrid.

—Si tu padre hubiese hecho lo mismo, ¿qué pensarías de él?

Mateo devolvió la locomotora al estante y recordó su visita a la medina de Tánger unos días atrás; había tenido que ser una infancia dura.

—Lo ignoro —respondió—. Lo único que sé es que hay alguien ahí fuera que quiere hacerte daño; mi trabajo es protegerte.

Lucía sonrió para sus adentros. Ningún hombre le había dicho algo así. Los que había conocido habían intentado controlarla o utilizarla, ejerciendo una influencia negativa en su vida.

—Este es mi teléfono de casa, por si necesitas algo —añadió Mateo—. El del despacho ya lo tienes.

Lucía cogió el papel. No quería que Mateo se fuera, pero no sabía cómo retenerlo sin pedirselo de forma explícita.

—¿Tienes más información sobre la muerte de Víctor González?

Mateo negó con la cabeza.

—Estoy intentando acceder al informe de la autopsia. Por cierto, Nieves me ha dicho que estabas algo excitada después de verlo. ¿De qué hablasteis?

Lucía dirigió una ojeada a Mateo. Parecía genuinamente interesado en ella.

—Hablamos de cosas relacionadas con el restaurante. Me sorprendía que los gastos fuesen tan altos, y le pedí que me enseñara los libros de contabilidad.

—¿Cómo reaccionó?

—Algo nervioso, pero me confirmó que me los daría en unos días.

Permanecieron en silencio unos instantes. A Lucía le gustaba la proximidad de Mateo; no quería que se marchara.

—¿Tienes hambre? Si te apetece, puedes quedarte a cenar..., siempre que no tengas nada mejor que hacer.

—No creo que *nadie* tuviera nada mejor que hacer.

Mateo dirigió una mirada tranquila a Lucía, que le devolvió una sonrisa. Aun cuando estaban en silencio, tenía la impresión de que había entre ellos un nexo de complicidad.

Una vez en la cocina, Lucía liberó la mesa de trabajo y se recogió en una coleta el pelo que llevaba suelto sobre los hombros. Abrió un armario y sacó un frasco en el que había guardado unos limones en conserva. Mateo cogió un trozo y se lo metió en la boca.

—Está muy bueno. ¿Qué es?

—Cáscara de limón, encurtida y limpia de sal.

Lucía depositó el frasco encima de la mesa, para que Mateo se fuera sirviendo.

—Luis me ha preguntado varias veces por tu amiga.

—Nieves ha hecho lo mismo...

Mateo tenía la impresión de que era capaz de leer sus pensamientos, de que con una simple mirada era capaz de asomarse al pozo de su alma. Lo más extraño de todo era que se sentía cómodo en esa desnudez.

—Cuando las cosas se tranquilicen, quizá podamos salir a cenar los cuatro juntos; o ir al cine. Como Luis es un actor célebre...

Ella sonrió, pero su rostro se tensó al recordar los acontecimientos de los últimos días. Mateo pareció darse cuenta de ello.

—Sé que no es asunto mío, pero tu padre está muy enfermo. No le queda mucho tiempo de vida.

—Tienes razón. No es asunto tuyo.

Lucía se levantó de la silla y caminó hacia la ventana.

—Perdona, no quería decir eso...

Extrajo una cerveza de la nevera y se la tendió, pero Mateo rechazó la botella.

—¿No te gusta la cerveza?

Él recordó el incidente, ocurrido durante el atraco a una sucursal bancaria, en su época de policía en San Sebastián. Había bebido, y sus reflejos no eran buenos. Su disparo, destinado al atracador, había herido a una mujer, que acabó en una silla de ruedas. Apartó la vista de Lucía.

—Ahora no me apetece, pero te lo agradezco.

Ella se soltó el pelo y volvió a recogerlo con una goma. Había una pregunta que quería hacer a Mateo, pero no sabía muy bien cómo.

—No quiero ser indiscreta, pero me gustaría preguntarte algo.

—Pregúntame lo que quieras.

Lucía ajustó el lazo del mandil en su cintura.

—La mujer que estaba el otro día en tu casa —la despechugada, estuvo a punto de añadir—. ¿Es tu novia?

Mateo movió la cabeza hacia los lados, con determinación.

—No, no es mi novia. Además, me gusta otra mujer...

Bruno Grande siguió con la mirada al detective, que había permanecido dos horas en casa de Lucía Cisneros y se dirigía ahora hacia un Seat estacionado en la calle. Observó cómo Mateo apartó varios periódicos que descansaban en el salpicadero y se sentó al volante.

Había un taxi detenido junto al portal, y Bruno Grande entró en él. El taxista lo miró con aire indeciso, pero finalmente activó el taxímetro y obedeció sus instrucciones de seguir al coche del investigador, que acababa de ponerse en marcha.

—No parece usted de aquí. ¿Está de visita en Madrid?

Bruno Grande no contestó, pero el taxista no pareció desanimarse.

—Si tiene tiempo, debería visitar el estadio Santiago Bernabéu. Y también el Museo del Prado, claro.

El exlegionario estuvo a punto de pedirle que se limitara a conducir.

—¿Le importa si enciendo la radio?

Ante la ausencia de respuesta, el taxista sintonizó un programa musical. Estaba sonando un pasodoble, y acompañó las notas golpeando con sus dedos sobre el volante.

Cuando terminó la música, el taxista cambió de emisora. El nuevo programa hablaba de crímenes sin resolver, para cuyo esclarecimiento la policía solicitaba la cooperación ciudadana. Esa noche trataban la muerte de una ciudadana francesa, cuyo fallecimiento se había considerado inicialmente un suicidio, pero que un nuevo testimonio permitía catalogar como asesinato. Un vecino recordaba haber visto entrar en el edificio a un hombre alto, de mirada estrábica.

El taxista pareció reparar en algo y observó a Bruno Grande por el espejo retrovisor. Este mantuvo sus ojos fijos en él, y el conductor tardó un segundo más de la cuenta en apartar la vista. Sin decir una palabra, el pasajero se giró hacia la ventanilla.

Cuando se detuvieron en un semáforo, tras asegurarse de que no había coches a su lado, Bruno Grande se sacó el cinturón del pantalón discretamente y lo aferró con ambas manos. Con un movimiento rápido, rodeó el cuello del conductor y apretó de forma implacable. El taxista pataleó y arañó sus brazos, pero Bruno siguió atenazándolo hasta que dejó de moverse.

A continuación, empujó su cuerpo sin vida hacia el asiento del copiloto y se sentó al volante. No había conducido un vehículo desde su época en la Legión, pero

consiguió arrancar el taxi a trompicones. Dio un fuerte acelerón y recuperó la estela del coche de Mateo Riva.

El detective aparcó en una calle estrecha, próxima a su domicilio. Cerró la portezuela del automóvil y caminó unos metros por la acera. Iba a cruzar un paso de cebra cuando advirtió que un taxi se dirigía a gran velocidad hacia él. Apenas tuvo tiempo de reaccionar. Dio un salto y rodó por la acera, escapando por unos centímetros de la trayectoria del coche. El vehículo se alejó de allí dando bandazos. Mateo no pudo distinguir al conductor, pero anotó mentalmente su matrícula: M-632701.

El coche oficial estaba esperando a Serafín Leal frente a la puerta de la notaría. Cuando lo vio llegar, el chófer salió del vehículo y le abrió la puerta.

El hombre que estaba sentado en el asiento trasero fumaba un cigarrillo sin tragar el humo. Se había quitado la chaqueta del traje y, a pesar del aire acondicionado, sudaba profusamente. Serafín estrechó su mano.

—Te echamos de menos en la cacería —dijo el individuo.

—Te agradezco la invitación, pero unos asuntos me retuvieron en Madrid.

—Conociéndote, imagino que fueron asuntos de faldas. O de dinero, viejo tiburón.

Serafín esbozó media sonrisa. El paso de los días no conseguía aminorar su sentimiento de culpa por la muerte de Carmen. Le vino a la mente cuando visitaron Cantabria, donde tenía una casa con vistas al mar. En aquella ocasión, el mar Cantábrico brillaba gris y plomizo, fusionándose con el cielo en el horizonte. Su casa estaba cerca de la playa de Oyambre, y se podía acceder a ella por un camino escarpado. Era una construcción sencilla, con un porche acristalado abierto al mar y un salón decorado con trofeos de caza. La casa siempre la asociaría a Carmen, y por ello había decidido ponerla a la venta.

Cerró los ojos y la recordó, caminando por la playa desierta. Llevaba un vestido de cuadros blancos y amarillos que dejaba sus brazos al descubierto y un sombrero de paja con una cinta roja. De pie frente al mar, ignorante de lo que le depararía el destino unas semanas más tarde, parecía una estatua de arena.

Se estremeció al recordar su tenue olor a sudor, el tacto de su piel suave y firme. Al regresar a casa, habían escuchado un estruendo de cristales procedente de la cocina y vieron un pájaro agonizante, que acababa de atravesar el cristal. Aunque Serafín nunca había creído en los presagios, habría hecho bien en considerar aquel mal augurio. Tendría que haber protegido a Carmen, anticiparse a lo que iba a suceder. Ya no podía hacer nada por ella, pero podía defender a su hija. Y eso era lo que iba a hacer.

Serafín le tendió al hombre el documento que acababa de protocolizar el notario. Era la escritura de propiedad de un piso en la playa de Gandía, que había puesto a su nombre a cambio de los favores recibidos. El piso tenía una bella terraza con vistas al mar y estaba situado en una urbanización con piscina y vigilancia las veinticuatro horas del día.

—Gracias por tu ayuda, ministro.

—Cualquier cosa que necesites. ¿Quieres que te acerque a algún sitio?

—No hace falta. Me bajo aquí mismo.

El chófer se detuvo junto a la acera y se apeó del coche, solícito, para abrir la puerta. Serafín Leal estrechó la mano del ministro y salió a la calle. Al apoyar los pies en el suelo, sintió que este desaparecía bajo sus pies y tuvo la impresión de que se hundía en un profundo agujero. Al mirar hacia arriba vio la silueta borrosa de Bruno Grande, perfilado contra el cielo azul. Utilizando una pala, el exlegionario comenzó a lanzar tierra sobre él.

La enfermera golpeó dos veces en la puerta y entró en la habitación. Serafín Leal estaba tumbado en la cama de hospital, apoyado en dos almohadones. Había sido trasladado en una ambulancia, unas horas antes, tras perder el conocimiento en plena calle.

A pesar del avance de su enfermedad, no le asustaba la muerte. Lo único que le infundía temor era la posibilidad de morir antes de consumir su venganza.

—Una tal Lucía Cisneros ha venido a verlo —le informó la enfermera—. ¿Quieres que pase?

El paciente le pidió que esperara. Se peinó el pelo hacia atrás y se incorporó ligeramente en la cama.

—El médico ha aceptado su petición —añadió la enfermera—. Le van a dar el alta hoy mismo.

Serafín sonrió con pesadumbre. El dinero le permitía ciertas prerrogativas, como la posibilidad de recibir visitas a cualquier hora, la atención del jefe de neurología y una enfermera dedicada exclusivamente a su cuidado. Lo único a lo que no le daba derecho era a la salud que tanto necesitaba.

Había temido ese desenlace desde que habían empezado las alucinaciones. Era consciente de que algo lo carcomía por dentro, y el diagnóstico del cáncer no había sido inesperado. Se alegraba de haber obtenido la confirmación tan tarde. Anticipar ese conocimiento solo habría contribuido a hacer su vida miserable antes de tiempo.

No había visto a Lucía desde su conversación en Príncipe de Vergara. Suponía que Mateo Riva le había informado de su ingreso en el hospital.

La joven llevaba un vestido azul marino de cuello circular, estampado con pequeñas estrellas de color blanco, y unos zapatos atados con cintas de seda alrededor de los tobillos.

Lucía se sentó en una silla, al lado de la cama, y permanecieron callados durante un rato, evitando el contacto visual. Rompieron el silencio al unísono y volvieron a callarse. Fue Lucía quien habló finalmente.

—Mateo Riva me ha dicho que estabas aquí —la joven volvió a callarse; siguió un silencio incómodo—. Si quieres que confíe en ti, necesito saber por qué te fuiste de Tánger.

Serafín Leal cerró los ojos y regresó a la madrugada del 11 de octubre de 1945, a la barca frente al puerto de Tánger. Recordó sus labios resecos y la línea de costa que

se iba quedando atrás.

—Yo quería a tu madre. Íbamos a casarnos.

Lucía examinó su piel pálida y sudorosa. La enfermedad había empezado a consumir su rostro.

—¿Por qué te odia tanto el hombre de la mirada estrábica?

—Éramos compañeros en la Legión. La paga era miserable; la comida, una bazofia; los campamentos, una calamidad. Supongo que por eso nos hicimos amigos.

Serafin regresó a aquella barca, en el año 1945. Necesitaban alejarse del puerto, pero las corrientes dificultaban su avance. Parecía imposible que Bruno Grande hubiera sobrevivido a lo que aconteció después.

—¿Crees que es justo que aparezcas en mi vida así, después de tanto tiempo?

Serafin Leal se incorporó en el almohadón. En las últimas tres décadas no había tenido escrúpulos para enriquecerse, amenazando a gente sencilla y sobornando a funcionarios públicos. Pensó que el universo no hacía más que devolverle lo que había sembrado.

—He cometido muchos errores en mi vida. Si pudiera volver a empezar, haría las cosas de otra manera... No espero que me perdones.

—No creo que pueda hacerlo.

Él acercó su mano a la de su hija. Lentamente, como si dispusiera de toda la vida, Lucía tendió la suya. Permanecieron unos instantes en silencio, con las manos rozándose, respirando al unísono. Era injusto que su padre apareciera tan tarde en su vida, y todavía más que lo hiciera cuando estaba a punto de morir. El mundo, concluyó Lucía, era un lugar incomprensible y absurdo.

Mientras revisaba el correo del día, Mateo Riva recordó el intento de atropello sufrido la noche anterior. No había podido distinguir al conductor del taxi, pero imaginaba que se trataba del hombre que había maltratado a la amiga de Lucía Cisneros frente al portal de su casa.

La noche anterior había cenado con esta, y la conversación había sido una de las más placenteras que recordaba. Aunque apenas se conocían, tenía la impresión de estar hablando con una vieja amiga. Y cómo cocinaba. Había preparado perdices rellenas, siguiendo una receta rescatada de un libro de cocina medieval.

La conversación con Lucía le había hecho bajar la guardia, y eso no podía volver a ocurrir. Necesitaba confirmar sus sospechas sobre el autor del intento de atropello, pero no quería involucrar a la policía en aquel asunto.

Se acordó de David Fontán, un antiguo compañero en el cuerpo. Era concienzudo y profesional, y les había unido una relación estrecha, sin llegar a la amistad. Gallego de Chantada, había ascendido desde entonces al rango de subinspector, aunque lo que de verdad deseaba era un destino en su tierra.

Llamó a la centralita de la comisaría y pidió que lo transfirieran con él. La voz de Fontán le pareció más ronca de lo que recordaba. Su hábito de fumador empedernido empezaba a pasarle factura.

—Vaya, vaya, el investigador privado. Tiene que ser divertido tu trabajo.

—Bueno, unos días te ríes más y otros menos —dijo Mateo, imitando su retranca—. ¿Qué tal tú?

—Unos días te joden más y otros menos. Por cierto, no creo que pueda hacerte el favor que vas a pedirme.

—Es poca cosa. Necesito saber a qué nombre está registrada una matrícula. M-632701. Es de un taxi, un Renault 8.

Fontán tosió un par de veces.

—Llámame en diez minutos.

Mateo aprovechó para revisar algunas fotografías que tenía en el cajón del escritorio. En pocas horas, Luis participaría en un combate en Vallecas y le había prometido hacer un reportaje fotográfico. Al cabo de diez minutos repasando imágenes de boxeo, volvió a marcar el número de Fontán.

—¿Por qué te interesa a quién pertenece esa matrícula?

Mateo decidió darle una pequeña parte de la verdad.

—Ese taxi casi me atropella anoche.

—¿Un accidente?

—Podría ser.

El subinspector permaneció unos instantes en silencio.

—¿Dónde estás ahora?

—En la calle San Bernardo, en mi despacho. ¿Por qué?

—Te recojo en diez minutos. Quiero que vengas conmigo al Hospital La Paz.

—¿El motivo?

—Te lo explico después.

Un cuarto de hora más tarde, los dos hombres iban en dirección al centro hospitalario. El subinspector aparcó en una zona reservada al personal sanitario, y caminaron hacia un anexo del hospital que ocupaba el depósito de cadáveres.

—Estoy esperando una explicación —dijo Mateo, extrañado.

—El dueño del taxi se llamaba Tomás Vidal.

—¿Está muerto?

—Bastante. Quiero que le eches un vistazo, a ver si lo reconoces. Apareció estrangulado en el maletero de su taxi, en un descampado a las afueras de Madrid.

Fontán mostró su placa a un auxiliar y pidió ver el cadáver del taxista. El hombre los guio hasta una sala climatizada. Abrió un nicho de metal y tiró del asidero. El cadáver tenía la característica incisión en forma de «Y», realizada durante una autopsia.

—¿Es el que intentó atropellarte?

El detective reconoció al hombre con el que Luis se había enfrentado ante el portal de Lucía. No era el mejor momento para hablar de ello, considerando que la policía estaba buscando al autor de su asesinato.

—No sé si era él quien conducía el taxi. Era de noche, y todo ocurrió muy rápido.

El subinspector lo miró con gesto de escepticismo.

—¿Por qué crees que alguien intentaría atropellarte?

—A veces la gente se pica al volante. Igual lo provoqué sin darme cuenta.

Los dos abandonaron la sala y caminaron hacia el vestíbulo. Otra hipótesis que barajó Mateo inmediatamente era que Bruno Grande se hubiera dado cuenta de que lo seguía y que hubiese intentado matarlo para borrar su rastro. Pero ¿fue casualidad que tomara ese taxi? ¿Por qué asesinar al conductor?

—El otro día recibí una llamada de muy arriba —informó Fontán—. Me pidieron que recomendara a un detective privado. Querían a alguien eficiente y discreto, así que les di tu nombre.

—Te debo una invitación a comer.

—No sé en qué estás metido, pero ándate con cuidado. Esa gente con la que te

codeas es muy influyente.

Y tanto que lo era. Esa mañana, Serafín Leal había obtenido el nombre del testigo que había involucrado a Lucía en la muerte de Víctor González, Mercedes Muñoz. Cuando había abierto la puerta a los dos policías, la empleada del restaurante no solo les había confirmado que el contable había almorzado en Casa Paco unas horas antes de su muerte. También les había informado de que su jefa había discutido a gritos con él, después de acusarlo de robo. Mateo Riva había tenido acceso al resultado de la autopsia y desvelaba que la muerte se había producido por envenenamiento con arsénico. Los síntomas —náuseas, vómitos y diarrea hemorrágica— eran inequívocos. El acceso a esa información, protegida por secreto sumarial, demostraba que Serafín Leal tenía contacto con gente muy influyente.

—Si coges un taxi para volver, espero que el conductor tenga más suerte que el de ahí dentro —dijo Fontán—. ¿O prefieres que te acerque?

Mateo le pidió que lo llevara hasta la casa de Lucía. Cuando llamó a su puerta, descubrió que Nieves estaba con ella.

—Vengo del depósito de cadáveres de La Paz —explicó el detective, mirando a Nieves—. El taxista de la otra noche, el que te agredió frente al portal, ha sido asesinado.

—¿Cómo?

—Estrangulado. La policía está investigando lo sucedido.

Nieves se levantó de la silla y se acercó a la ventana.

—No me alegro, la verdad, pero tampoco puedo decir que me apene la noticia.

Mateo observó a Lucía. Llevaba un pantalón azul, arremangado hasta los tobillos, y una blusa de color rosa. Estaba espléndida.

—El testigo que te ha incriminado en el asesinato es una de las empleadas del restaurante: Mercedes Muñoz.

Lucía frunció los labios. No le sorprendió saber que Mercedes estaba involucrada. Aquella mujer estaba mal de la cabeza.

—¿Por qué crees que te denunció?

—Cuando vivía mi tío, hacía y deshacía a su antojo. Ahora que no es la jefa, no puede soportarlo.

El detective hizo un gesto afirmativo. Parecía una explicación plausible.

—Según la autopsia, Víctor González fue envenenado con arsénico que ingirió a la hora de la comida. La testigo asegura que discutiste con él en el restaurante, con lo que tienen el móvil del crimen. Una llamada anónima desveló el arma. Cuando fueron a registrar el restaurante, los agentes sabían exactamente qué buscar y dónde.

—¿Y si hubiera sido Mercedes quien lo puso ahí? —preguntó Nieves.

Mateo la miró en silencio.

—Es una posibilidad —y, dirigiéndose a Lucía, añadió—: además de la pérdida de control del restaurante, ¿podría tener otro motivo para odiarte?

Lucía recordó el día de su llegada a Madrid, el mismo en el que había conocido a Mercedes. Le había extrañado ver a un hombre salir de Casa Paco, mientras guardaba un rollo de billetes en su bolsillo. Que los gastos del restaurante fuesen tan elevados no podía ser una casualidad, y le explicó sus sospechas a Mateo.

—¿Conoces la dirección de Mercedes?

Lucía disponía de esa información, pero estaba en el restaurante, en un cajón del despacho, en la pequeña agenda en la que Francisco tenía anotados los teléfonos de empleados y proveedores.

Fueron en el automóvil de Mateo hasta el establecimiento para buscar la agenda. Durante el trayecto, ella le informó de que su padre había recibido el alta médica. También le relató que Luis, aprovechando que el púgil de Vallecas había cancelado a última hora su pelea, había acudido a llevarle unas flores a Nieves; como ignoraba en qué piso vivía, había llamado a todas las viviendas, incluida la de Lucía, hasta dar con ella.

Una vez en el restaurante, buscaron la agenda en la que se encontraba el número de Mercedes. Mateo llamó a su casa y le indicó a Lucía que guardara silencio. El teléfono continuó sonando un buen rato, sin que nadie descolgara.

Mateo le pidió que aguardara en el restaurante mientras echaba un vistazo a la casa de Mercedes. No tardaría mucho en volver.

Había anochecido y la temperatura era agradable. Mateo aparcó el Seat a varias cuadras del piso donde vivía Mercedes, en una antigua corrala en el barrio de Lavapiés. El edificio, relativamente humilde, no tenía portero, y subió a pie las escaleras hasta el segundo piso.

Llamó a la puerta con la mano. Al no obtener respuesta, volvió a llamar, con idéntico resultado. Tras asegurarse de que el vecino de enfrente no estaba observando a través de la mirilla, extrajo una pequeña ganzúa y abrió la puerta.

La vivienda era pequeña, y en su interior había por lo menos diez pájaros, que se alborotaron en sus jaulas cuando Mateo entró.

Se dirigió a la cocina y abrió los armarios y las alacenas. Buscó debajo del fregadero, y también en la pequeña terraza, pero no encontró ninguna sustancia que le pareciera sospechosa. Después registró el salón y, finalmente, el dormitorio. Levantó incluso los faldones de la colcha, para ver si había algo debajo de la cama, pero solo encontró unas pantuflas viejas.

Cuando iba a marcharse, oyó que se abría la puerta de la entrada y se ocultó bajo la

cama. Podría salir corriendo sin darle tiempo a la mujer a reaccionar, pero se arriesgaba a alertar a los vecinos. Y a que alguien pudiese reconocerlo después.

Escuchó los pasos que se acercaban al dormitorio, y su corazón se alborotó al recordar que las zapatillas estaban debajo de la cama. Esperaba que, en cualquier momento, la inquilina de la casa se asomara y lo descubriera. Si eso ocurría saldría corriendo, por mucho que ella empezara a gritar. Por suerte para él, la mujer se dirigió al cuarto de baño y cerró la puerta.

El detective se disponía a salir de su escondite cuando escuchó nuevamente sus pasos. Desde debajo de la cama, a través de la rendija de la puerta, vio que esta cogía un saco de debajo del fregadero. Llenó de alpiste los recipientes y cambió el agua de las jaulas.

Volvió a depositar el saco debajo del fregadero y regresó a la habitación. Para desolación de Mateo, ella se tumbó en la cama, sin sospechar que no estaba sola.

Mercedes se frotó las mejillas macilentas. La tensión de los últimos días la había dejado agotada. Solo se había relajado cuando la policía le comunicó que Lucía Cisneros iba a ser citada a declarar ante el juez, como sospechosa del asesinato de Víctor González. Sonrió con júbilo al pensar que su testimonio podía hacer que aquella mocosa engreída acabara entre rejas.

Asesinar a Víctor había sido más fácil de lo que creía. Había conseguido el arsénico en su pueblo en Ciudad Real, donde un primo suyo lo utilizaba como herbicida para sus cultivos. Inicialmente, había considerado la utilización de polvo de vidrio, pero era un método que ofrecía menos garantías.

Se decía que el arsénico no tenía sabor, pero que olía a ajo, y Mercedes lo había comprobado en el aliento agitado de Víctor González tras ingerir el veneno. Era embriagador matar sin tocar a la víctima, sin que esta conociera el origen de las náuseas y los dolores abdominales que lo conducirían a la muerte. Mercedes ni siquiera se sentía responsable de lo sucedido, pues había sido Víctor quien había ingerido el veneno.

Después de administrárselo, en un café, había escondido el arsénico restante bajo las tablas de la despensa de Casa Paco. Exactamente donde la policía, gracias a su llamada anónima, lo había descubierto unos días después.

Mercedes había proporcionado las dos herramientas que la policía necesitaba para inculpar a Lucía Cisneros: el arma utilizada y el móvil del asesinato. Si la policía investigaba la sospecha de que Víctor robaba a Lucía, encontrarían las facturas infladas, pagadas a proveedores, con la firma del gestor. Nada podía conducirlos hasta Mercedes, que se había lucrado a partes iguales con Víctor González, pero que

había sido mucho más inteligente que él.

De pronto se incorporó en la cama. Había un cabo suelto, algo que podía conducir a la policía hasta ella. De todos los proveedores que habían aceptado inflar las facturas, Mercedes había recibido los pagos en metálico de uno de ellos, y Lucía Cisneros se había cruzado con él el día de su llegada a Madrid, por lo que podría reconocerlo. Era improbable que el hombre denunciara a Mercedes, pero no iba a mentir por ella si era interrogado por la policía. Tenía que deshacerse de sus facturas.

Lenin avanzó por el pasillo central de la estación de Chamartín y se dirigió a la consigna de equipajes. Extrajo del bolsillo la llave del depósito 143, miró hacia los lados y abrió la puerta. En su interior se encontraba la bolsa de deporte, con el material que había recibido de Néstor Gálvez a su llegada a Madrid.

Cargando con la bolsa, entró en los servicios de la estación y se aseguró de que todas las cabinas estaban vacías. En su actividad, la precisión y la minuciosidad solían marcar la diferencia entre la víctima y el asesino; entre disparar una bala o recibirla.

Nacido en la República Democrática Alemana, en la localidad de Karl-Marx-Stadt, por aquel entonces todavía Chemnitz, había adquirido el rigor y la disciplina en la organización Ernst Thälmann, un agrupamiento estudiantil inspirado en el modelo soviético. Lo que no consiguieron imbuirle fue la obsesión por lo colectivo, en detrimento de lo individual. En eso, Lenin era plenamente capitalista.

Puso el pestillo y apoyó la bolsa en la tapa del inodoro. Empuñó la pistola Super Star, la guardó en la cintura, oculta bajo la camisa, e introdujo los cargadores en el bolsillo trasero de su pantalón. A continuación, depositó la bolsa de deporte en la papelera y abandonó los servicios.

Subió a un taxi frente a la puerta de la estación y le pidió al conductor que lo llevara a la glorieta de Quevedo, próxima al lugar donde se refugiaba Bruno Grande. Su plan era sencillo: esperar el tiempo que hiciese falta y actuar en el momento adecuado. Su trabajo se reducía principalmente a eso. Igual que había hecho en Roma.

En 1945, entonces un niño de diez años, Lenin era demasiado joven para sostener un fusil y luchar contra la invasión soviética. Había adquirido su formación militar, años después, en el Ejército Popular Nacional de la República Democrática Alemana, a manos de exoficiales de la *Wehrmacht* y veteranos comunistas, cuya misión era garantizar la continuidad de los logros del socialismo.

Debido a su disciplina inquebrantable, Lenin había pasado a engrosar el Regimiento de Guardias Feliks Dzerzhinsky, y fue adscrito a la protección de la frontera adyacente al muro de Berlín. Una noche había visto, desde su garita de guardia, cómo varios fugitivos cortaban la alambrada de espino para huir a la parte occidental. Lenin nunca había dudado de los valores del socialismo, pero disparar a personas indefensas no era su idea de mejorar el mundo. Durante unos segundos los vio atravesar la alambrada. Sus padres habían muerto y no tenía hermanos de los que

la *Stasi* pudiera vengarse, así que decidió tirar su fusil al suelo y cruzar la frontera con las manos en alto. No lo hizo por insatisfacción ni por motivos ideológicos, sino por curiosidad expectante por lo que había al otro lado del muro.

Al bajarse del taxi en la glorieta de Quevedo, dio varias vueltas por las calles colindantes, tranquilas al anochecer. Cuando estuvo seguro de que nadie lo seguía, caminó hacia el edificio en ruinas. Aprovechando las tinieblas, se coló por la rendija abierta en la puerta de hierro.

El Hospital de San José estaba lleno de materiales de construcción, y supuso que después del verano acometerían su reforma. A esa hora, sin embargo, no corría el riesgo de encontrarse con ningún trabajador.

El complejo disponía de un pequeño jardín, con árboles en su mayoría secos. La fachada era de madera y cristal, y la pintura se caía a tiras de las vigas en mal estado. Oculto en un extremo del jardín, Lenin inspeccionó la galería del piso superior, iluminada por la luna. Dudaba de que Bruno Grande se hubiera instalado allí, pues alguien podría verlo desde la calle. Parte del techo del ala lateral se había derrumbado, así que podía excluir también esa zona. Lo más probable era que se encontrara en una de las estancias interiores.

Antes de entrar, verificó las posibles vías de escape. Los muros que rodeaban el jardín eran altos, y escalarlos con rapidez resultaría inviable. La única salida posible era a través de la puerta de hierro, aunque la estrechez de la rendija retrasaría una eventual huida. La situación distaba de ser óptima.

Introdujo un cargador en la pistola y le quitó el seguro. Pasó el resto de la munición al bolsillo frontal izquierdo del pantalón, por si tenía que extraer otro cargador con rapidez.

La puerta del edificio estaba entreabierta, sostenida por un solo gozne. Lenin llevaba unos zapatos con suelas de goma, para no hacer ruido, y entró con cuidado. Además de materiales de construcción, vislumbró restos de comida y ropa mugrienta. Se coló en una sala, apuntando con su pistola hacia los ángulos oscuros. El techo se había derrumbado, y las palomas habían teñido el suelo con sus excrementos.

Lo que había sido el bloque operatorio también estaba vacío. Buena parte del instrumental había sido robado o trasladado a otros lugares. Lenin abrió dos puertas interiores, pero las salas a las que accedió estaban también vacías.

En el piso inferior no había rastro de Bruno Grande, y se preguntó si habría cambiado de refugio. Tal vez no hubiese regresado esa noche. De ser así, Lenin se apostaría en un lugar seguro y esperaría su llegada. Sería coser y cantar.

Subió las escaleras, lentamente, hasta el primer piso. Varias habitaciones se abrían a un largo corredor. Todos los picaportes estaban cubiertos de polvo, pero uno le llamó la atención porque estaba limpio. Alguien había abierto esa puerta

recientemente.

Lenin se acercó a ella. Empuñó con firmeza su pistola y se dispuso a entrar.

Tumbado en una de las camas de hierro del dormitorio, Bruno Grande se apoyó en un costado. En la sala había diez camas iguales, pero solo la suya se encontraba en buen estado.

Aquel lugar le había servido de refugio desde su llegada a Madrid. Durante la Guerra Civil, el hospital había sido utilizado como cuartel por las tropas de la Legión, y Bruno había permanecido estacionado allí durante unos meses. El estado ruinoso del edificio lo convertía en un escondite ideal.

Recordó las vistas de la costa española que ofrecía el mirador de la ciudad antigua de Tánger. Aquel había sido su lugar favorito. Hasta que se subió a aquella barca con Serafín Leal. En las dos décadas posteriores, las únicas vistas a su alcance fueron de liendres y puertas enrejadas. Solo el propósito de venganza lo había mantenido vivo todos esos años. Y la espera llegaba a su fin.

Observó desde su posición la única ventana del dormitorio. En su cristal —una vidriera sucia y descolorida—, ángeles y arcángeles anunciaban con trompetas la llegada del juicio final.

El tiempo de Serafín había llegado también a su fin. Recordó su aspecto demacrado durante el entierro de la cantante francesa. Bruno estaba en el cementerio y lo había espiado desde unos arbustos. Lo único que sentía era no haber visto su rostro cuando descubrió a su amante, muerta en la acera.

De no ser por su enfermedad, que amenazaba con matar a Serafín antes de que lo hiciera él, Bruno seguiría haciéndolo sufrir. Ignoraba qué mal padecía, pero lo estaba consumiendo por dentro. Y no iba a permitir que muriese en su lecho.

Percibió un ruido en el exterior y se quedó inmóvil en la cama. Había dejado una botella vacía apoyada contra la puerta del dormitorio, como rudimentario sistema de alarma. Aguzó sus sentidos, pero no volvió a oír nada. Quizá se había caído una teja en algún lugar del edificio.

Instantes después, la botella se desplomó y empezó a rodar por el suelo. En la habitación en penumbra, Bruno pudo adivinar los pantalones oscuros de un hombre. Antes de que pudiera reaccionar, dos balas impactaron en el cabezal de la cama, muy cerca de su rostro.

El exlegionario extrajo su navaja del bolsillo y miró a su alrededor. La pistola de su adversario no le dejaba muchas opciones. Corrió hacia la ventana del dormitorio, que daba a un patio interior. Mientras lo hacía, una bala rozó su hombro izquierdo. A

pesar del dolor, continuó con todas sus fuerzas hacia la ventana. Una fracción de segundo después cayó en el suelo de un claustro, entre cristales rotos.

Cojeando, buscó refugio detrás de uno de los pilares y empuñó su cuchillo. Parte del techo se había desplomado, y la lluvia había deteriorado las tablas del suelo.

En el interior, Lenin observó la ventana por la que había huido Bruno Grande. Al fondo del dormitorio se encontraba una puerta que comunicaba con el claustro. Había percibido el reflejo de un cuchillo, así que decidió tener cuidado. Disparó varias veces hacia la ventana por la que había escapado su objetivo, para hacerle creer que saldría por allí. A continuación, propinó una patada a la puerta, que crujió con un lamento de madera rota, y apareció en el claustro.

El otro hombre estaba parapetado detrás de un pilar. Antes de que Lenin pudiese apretar el gatillo, un cuchillo lanzado por Bruno Grande rozó su mano derecha. El sicario lanzó un alarido de dolor y dejó caer su pistola.

Bruno se precipitó hacia el arma, pero estaba demasiado lejos de ella. Utilizando su ventaja, Lenin dio dos pasos y alargó su mano izquierda hacia la pistola. Al hacerlo, el suelo desapareció bajo sus pies. Mientras se desplomaba entre las tablas podridas, estiró los brazos y consiguió agarrarse a una que había quedado en pie. A pesar del profundo dolor en la mano derecha, utilizó ambas articulaciones para izarse lentamente.

Mientras lo intentaba, la sombra fantasmal de Bruno Grande se acercó a él. La luna se perfilaba tras su silueta de gigante. Le dio una patada a la pistola, para alejarla del alcance del sicario. Jadeando a causa del esfuerzo, Lenin vio cómo se aproximaba lentamente hacia él.

Bruno Grande se asomó a la oquedad entre las tablas rotas. Unos metros por debajo había varios encofrados de hierro. Lentamente, Bruno le propinó pequeños puntapiés en los dedos, obligando al sicario a cambiar de mano de apoyo para mantener la sujeción. Después de jugar con él, pisó su mano ensangrentada, haciendo que Lenin profiriera un bramido de dolor. A continuación, le dio una fuerte patada en la mano y el sicario se precipitó al vacío.

Al inclinarse sobre la oquedad, Bruno Grande vio que el asesino había quedado ensartado en un amasijo de hierros.

Guardó la pistola en el bolsillo y, con una fría determinación, abandonó el hospital. Había llegado el momento de consumir su venganza.

Bruno Grande observó su reflejo en el escaparate de una tienda. La escasa luz no le impidió comprobar que tenía la cara poblada de rasguños. Su camisa, ensangrentada alrededor del hombro, tenía varios desgarrones.

Su aspecto hizo que varias personas cambiaran de acera. Se detuvo junto a una fuente y se lavó lo mejor que pudo. La bala solo le había rozado el hombro, pero el contacto con el agua le provocó un fuerte escozor. Se sacó la camisa y la enjuagó, para eliminar el rastro de sangre.

Tenía muy claro lo que iba a hacer esa noche. Y en qué orden. Había decidido ese plan antes de llegar a Madrid; lo ocurrido en el hospital le obligaba a acelerar su ejecución.

Tal vez había subestimado a Serafín o, al menos, los medios de los que disponía para defenderse. Bruno Grande sabía que esa noche lo había salvado la suerte. Si el matón se hubiese apoyado en otra tabla, quien estaría ahora ensartado en los hierros sería él.

Extrajo con discreción la pistola y comprobó que tenía puesto el seguro. Nunca había rehuido las armas de fuego, pero su especialidad era el combate cuerpo a cuerpo. Le gustaba percibir el calor de la sangre, sentir cómo se apagaban los ojos de un hombre mientras lo mataba. Su habilidad con los cuchillos le había salvado la vida en varias ocasiones. Algunos de sus adversarios habían descubierto —demasiado tarde— que podía lanzar su navaja antes de que ellos empuñaran su pistola.

Los años en prisión habían reducido su puntería, pero desde su llegada a Madrid había estado practicando con el cuchillo para recuperar su precisión. Su secreto era apuntar con el ojo derecho, en el que tenía mayor agudeza visual, y ajustar el tiro unos grados hacia la izquierda, como si su objetivo estuviera en otro lugar. De esa forma nunca erraba.

Recordó la mirada de súplica de la amante de Serafín Leal, antes de que la empujara al vacío. Y el chasquido seco de su cuerpo al caer sobre la acera. Al principio había pensado en apuñalarla, pero decidió improvisar. Para Lucía Cisneros tenía reservado algo mejor.

La calle en la que se encontraba Casa Paco estaba tranquila a esa hora. Había luz en el interior del restaurante, aunque estuviera cerrado al público. Distinguió a través de la ventana, en la penumbra, la silueta de una mujer que caminaba entre el comedor y la cocina. Después, desapareció de su campo de visión.

El exlegionario se acercó a la puerta del restaurante. Forzó la cerradura con su navaja y entró sigilosamente. Todas las luces estaban apagadas, con excepción del despacho.

Bruno Grande caminó hacia esa estancia sin hacer ruido. Antes de que la mujer pudiese reaccionar, cerró la puerta de golpe y la atrancó con un mueble. Sin prestar atención a los chillidos que provenían de la habitación sin ventanas, se dirigió a la cocina. Cogió de encima de la mesa una caja de cerillas y encendió una. Observó el fósforo unos instantes y lo acercó a la cortina. Repitió la operación en diferentes puntos, para asegurarse de que el fuego prendía, e hizo lo mismo en los manteles de las mesas.

Ignorando los aullidos de la mujer, contempló las llamas que se extendían por los muros del restaurante. Sus pupilas, reflejadas en la ventana del comedor, iluminaron con tintes rojizos la noche serena y plácida.

Nieves se despertó, sobresaltada. Alguien estaba llamando a la puerta. Su primera reacción fue pensar que se trataba de su acosador, pero era imposible. Se levantó del lecho y caminó hacia la puerta. Era Mateo Riva.

—He llamado a casa de Lucía, pero no responde. ¿Está contigo?

Nieves negó con la cabeza.

—¿No fuisteis juntos al restaurante para buscar la agenda?

Mateo maldijo su ocurrencia de entrar en una casa ajena y, todavía más, la elección de su escondite. La falsa testigo había dado vueltas sobre la cama durante un tiempo interminable, hasta que decidió marcharse de la vivienda. Mateo se dirigió entonces a casa de Lucía, pensando que su tardanza le habría hecho renunciar a esperarlo en el restaurante.

Nieves abrió una caja metálica situada junto a la puerta de entrada. Lucía le había dejado las llaves de su casa, por si un día perdía las suyas. Sin demorarse, se dirigieron al apartamento vecino y abrieron la puerta.

Llamaron a Lucía a voces, pero nadie respondió. La puerta de su dormitorio estaba abierta: la cama estaba sin deshacer y no había rastro de ella.

—¿Crees que la ha secuestrado ese hombre?

Mateo no sabía qué pensar. Había sido una imprudencia dejar a Lucía sola en Casa Paco.

—Voy al restaurante, a ver si está allí.

—Te acompaño.

Condujeron en el coche de Mateo hasta el restaurante, y al enfilear la calle percibieron el olor a ceniza. Del edificio solo quedaban escombros, y el recinto había sido acordonado por la policía. A pesar de que era pasada la medianoche, había multitud de curiosos observando la escena. Los restos estaban todavía humeantes y, aunque los bomberos ya habían apagado las llamas, seguían trabajando en el lugar.

Nieves le preguntó a una vecina del barrio, que llevaba una mantilla sobre los hombros, si había constancia de alguna víctima, y esta le explicó que alguien había oído los gritos de una mujer encerrada en el restaurante.

Mateo se dirigió a un policía y se presentó como antiguo miembro del cuerpo y familiar del propietario del restaurante.

—¿Saben algo del cadáver? —preguntó, conteniendo la respiración.

—Se lo han llevado para practicar la autopsia. No va a ser fácil identificarlo,

porque no tenía dentadura.

Nieves cogió a Mateo del brazo y se lo llevó a un lugar aparte. Mercedes utilizaba una dentadura postiza. Se la había visto sacársela una vez en el baño.

Mateo respiró aliviado. Lucía no había muerto en el incendio, pero la situación seguía invitando al desasosiego. Los dos únicos lugares donde habría podido estar eran su casa y el restaurante.

—¿Qué haría Mercedes en el restaurante? —le preguntó a Nieves.

—Conociéndola, seguro que nada bueno.

El detective se frotó la barbilla.

—Vete a casa y espérame allí. Tengo que hablar con Serafín Leal.

Serafín Leal acarició el teclado de su piano Bechstein. Carmen lo había tocado solo en un par de ocasiones, pero le resultaba imposible asociar ese instrumento a cualquier otra persona. Hacía unos días, ella estaba viva. Parecía que hubiesen pasado varios años.

La superficie barnizada del piano le devolvió el reflejo de un hombre agotado, hastiado de sí mismo. Su atuendo era el de una persona pulcra y elegante que había triunfado en la vida. Tenía mucho más dinero del que nunca podría llegar a gastar. Lo que no le quedaba era tiempo.

El cáncer había avanzado tanto que se sentía muy débil. Era como si un extraño habitante lo invadiese lentamente, centímetro a centímetro. A veces tenía la impresión de que el tumor le hablaba desde su interior: en ocasiones, con voz amenazadora; trémula y sosegada, en otras; pero siempre omnipresente.

Era consciente de que no le quedaba mucho tiempo y le preocupaba ya poco salvaguardar su secreto. Las malas decisiones no dejaban de hostigarlo, y estaba convencido de que por ese motivo el destino se había ensañado tanto con él. Lo único que le preocupaba era su hija: le había fallado en una ocasión; y no iba a hacerlo de nuevo.

Tendría que haber matado a Bruno Grande cuando tuvo la ocasión, aquella noche de octubre de 1945. Las tropas españolas habían recibido la orden de abandonar Tánger, y los tres amigos habían salido a despedirse de la ciudad. El Puro se había enterado, a través de un amigo que trabajaba en la aduana, de que un cargamento de vino francés iba a ser despachado al día siguiente hacia Lisboa. Envalentonados y con ganas de diversión, los tres hombres forzaron una ventana de la aduana para acceder al lugar donde se almacenaban las cajas. Sirviéndose de una palanca, el extremeño abrió una de ellas. Cada uno cogió dos botellas y, para que nadie reparara en el robo, cerraron la caja y buscaron un rincón tranquilo en el puerto para dar cuenta de ellas.

Terminada la primera botella, el Puro se disponía a lanzarla al mar cuando reparó en que había algo en su interior. Inclino la botella, y un pequeño pastillero metálico cayó por su embocadura. Al abrirlo, descubrió tres diamantes que refulgieron en la oscuridad. Los legionarios se miraron entre ellos, con los ojos muy abiertos. Bruno cogió otra botella y la rompió sin miramientos. En su interior había otro pastillero, idéntico al anterior, con otros tres diamantes. Las botellas robadas escondían un total de dieciocho gemas.

—Hay que volver a por más —propuso el Puro, siempre el más intrépido.

—Es demasiado arriesgado —replicó Serafín—. Nos puede descubrir una patrulla.

Bruno reflexionó unos instantes y, finalmente, apoyó la opinión del extremeño. Los diamantes les permitirían abandonar la Legión y vivir con holgura en cualquier lugar del mundo. Serafín volvió a expresar su desacuerdo, pero aceptó acompañarlos.

Llevando cada uno su parte del botín, regresaron al edificio de la aduana y abrieron una segunda caja. Antes de que pudieran extraer las botellas, una patrulla de dos hombres les dio el alto. Eran españoles, un cabo y un sargento del ejército regular. A pesar de su juventud, este último tenía un aire autoritario que no auguraba nada bueno.

Bruno dirigió una mirada cómplice al Puro. Empuñó un cuchillo que llevaba en el bolsillo y, antes de que los recién llegados pudiesen reaccionar, se lo clavó al sargento en la frente. Presa del pánico, su compañero disparó dos balas que alcanzaron al Puro en el vientre y en el brazo izquierdo. Bruno se hizo con el fusil del sargento caído y le propinó al cabo varios culatazos en la cabeza, hasta que dejó de moverse.

Serafín se acercó al Puro y comprobó la gravedad de sus heridas. Estaba casi inconsciente y se desangraba con rapidez. No podrían hacer nada por él.

—Los diamantes no pueden quedar en su bolsillo —advirtió a Bruno—. Nos har visto salir juntos y pensarán que hemos participado en el tiroteo.

Sin esperar respuesta, Serafín introdujo una mano en el bolsillo del Puro y extrajo sus gemas.

—Cojamos los diamantes que podamos y larguémonos de aquí.

Sacaron todas las botellas de la caja abierta y las rompieron contra el suelo de cemento. En total, extrajeron treinta diamantes adicionales. Bruno Grande recuperó su cuchillo y cortó un jirón de la camisa del sargento muerto. Hizo dos pequeños hatillos, en los que depositó la mitad de los diamantes, veinticuatro para cada uno, y le entregó uno a Serafín Leal.

En el exterior del edificio se oía el rugido de camiones y pasos apresurados de soldados. Bruno le hizo una seña a Serafín para que lo siguiera por la puerta trasera.

—¿Y ahora qué? —preguntó este, cuando llegaron al puerto.

El gigante caminó hacia una barca de remos y se subió a ella.

—Nos turnaremos a la hora de remar. Al amanecer estaremos en España.

Los pasos de los soldados se oían cada vez más cerca. Soltaron amarras, y Bruno fue el primero en ponerse a remar. Poco a poco fueron dejando atrás la costa, impulsados por la corriente. A medida que se adentraban en las aguas del Estrecho, la barca se vio progresivamente rodeada por un ejército de medusas luminiscentes, en un paisaje onírico.

—Tengo que volver a buscar a Leila.

—No seas imbécil.

—Está embarazada —insistió Serafín—. No puedo irme sin ella.

—Ahora somos dos simples desertores. Si te detienen, me responsabilizarán de lo ocurrido en la aduana.

Serafín se sacó las botas y la camisa, dispuesto a saltar al agua infestada de medusas. Para evitarlo, Bruno le propinó un codazo. Entonces Serafín se apartó de su trayectoria y empujó a Bruno, que perdió el equilibrio y cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra la borda.

Serafín cogió un cabo y se acercó a Bruno, que había quedado aturdido por el impacto. Mientras intentaba atar sus manos, el gigante empuñó su cuchillo y se lo clavó en el hombro, girándolo hacia los lados para acrecentar el daño. Serafín lanzó un alarido y se apartó de él, haciendo que el arma cayera al agua. Fustigado por el dolor, cogió un remo y golpeó a Bruno en la cabeza. El gigante se llevó la mano al bolsillo, donde estaba su hatillo con los diamantes, se tambaleó y cayó como un fardo por la borda. Serafín vislumbró cómo se alejaba, flotando boca arriba en el mar.

Con la vista nublada, Serafín se tumbó en el suelo de la barca y observó el cielo que giraba lentamente, iluminado por las medusas que refulgían a su alrededor.

Las corrientes tardaron un día en arrastrarlo hasta una playa de Zahara de los Atunes. Incapacitado para remar por la herida en el hombro, consiguió llamar la atención de dos pescadores que faenaban junto a la costa. Uno de ellos lo llevó a su casa y, con un hilo de remendar redes, le cosió la herida. Una semana después, Jesús López emprendió el camino hacia Madrid convertido en Serafín Leal, llevando veinticuatro diamantes consigo.

El timbre del teléfono, en su palacete en Príncipe de Vergara, le hizo regresar al momento presente. Rosario tenía su día libre, y el teléfono sonó durante largo rato. El enfermo se levantó con lentitud y descolgó el auricular. Reconoció la voz de Mateo Riva.

—¿Está su hija con usted?

—Claro que no. ¿Sabe qué hora es?

Si Lucía no estaba en el restaurante, ni en su casa, ni tampoco en la de Serafín, la única opción verosímil era que la hubiese secuestrado Bruno Grande. Esperaba que estuviera viva.

—El otro día perdí el rastro a Bruno Grande en la calle Eloy Gonzalo. ¿Le dice algo esa calle?

Serafín Leal guardó silencio unos instantes.

—No... Espere, ¿no está allí el Hospital de San José? Durante la Guerra Civil nuestro regimiento estuvo estacionado en ese lugar. Creo que el edificio está ahora en ruinas.

—Iré a echar un vistazo.

Serafin pensó en el sicario contratado por Néstor Gálvez. No tenía forma de contactar con él para indicarle el posible escondite de Bruno Grande.

—Yo voy también. Espéreme junto a la entrada.

El exlegionario colgó el teléfono. Quería matar a Bruno Grande con sus propias manos, pero se sentía tan débil que apenas podía caminar. Haciendo acopio de sus escasas fuerzas, cogió las llaves del Maserati, entró en el garaje y se sentó al volante. La fuerte medicación lo tenía completamente aturdido, y su visión era borrosa. Metió una marcha y pisó el acelerador. En vez de salir hacia atrás, el coche se catapultó contra el muro frontal. Debido al impacto, la puerta del garaje se liberó de su engranaje y se cerró bruscamente.

El motor del vehículo se apagó con el choque. Serafin se había golpeado la cabeza contra el volante y sentía una fuerte presión en el cráneo. Acarició sus sienes, pero lo único que consiguió fue que mil agujas se clavaran en su cabeza. Abrió la puerta con dificultad y salió del coche. Sus piernas no obedecían las órdenes de su cerebro. Intentó avanzar hacia los escalones que separaban el garaje de la casa, pero se desplomó antes de alcanzarlos.

Atada a una cama de hierro y amordazada, Lucía tenía los miembros entumecidos. Había escuchado un ruido, pero la venda que le tapaba los ojos le impidió saber qué ocurría.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba en ese lugar, pero no podía ser mucho. Dos o tres horas, a lo sumo. Preocupada por la tardanza de Mateo, se había quedado en el restaurante a esperarlo. Al ver que no volvía, había decidido tomar un taxi hasta la casa de Mercedes. Si esta había sido responsable de la muerte de Víctor González podría haberle hecho daño también al detective. Una vez en Lavapiés, advirtió que no era buena idea presentarse en casa de su empleada con un pretexto absurdo, y pidió al taxista que regresara al restaurante.

Al enfilear la calle percibió el olor a humo. Cuando se acercó, vio que Casa Paco estaba ardiendo como una antorcha. Descendió del taxi y observó, paralizada, las llamas que se elevaban hacia el cielo.

Fue entonces cuando vio cómo se aproximaba Bruno Grande. Sin darle tiempo a escapar, este le mostró un cuchillo y la obligó a acompañarlo. Al llegar al hospital abandonado, la amordazó y le vendó los ojos. Después, la ató con una cuerda a una cama de hierro.

Lo peor de todo era ignorar qué pretendía hacer con ella. Bruno Grande odiaba a su padre, y matarla sería una forma de hacerle todavía más daño. Si lo que quería era dinero, Lucía valdría mucho más viva que muerta.

Intentó mover los brazos, pero el nudo era demasiado firme y las cuerdas se le clavaban en la carne. Trató de conjurar un recuerdo agradable para sobrellevar la angustia, y le vinieron a la cabeza las bodas en las que cocinaba su madre para ganarse un sobresueldo. Su plato favorito para esas ocasiones era el tayín, un estofado de verduras y cordero que sazonaba con su inimitable *ras el hanout*, una mezcla de especias que integraba hasta treinta ingredientes diferentes. Recordó las túnicas suntuosas de las novias, agasajadas y maquilladas por una cohorte de sirvientas que pintaban sus manos y pies con *henna*. Leila solía hablar mucho mientras cocinaba, y le gustaba contar historias que había aprendido de niña a la luz de una hoguera. Aseguraba que los cuentos de *Las mil y una noches* eran una invención del perro de Sheherezade, que no era otro que un sastre de Bagdad, víctima del sortilegio de una hechicera. Una de sus historias favoritas era la de la adivinadora Kahena, reina mítica del pueblo beréber, cuyos ojos eran tan azules como el cielo.

El ruido de unos pasos hizo que Lucía estirara las cuerdas que inmovilizaban sus muñecas. La joven lanzó un grito de pavor cuando alguien tiró bruscamente de su pelo, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás. Sintió el frío glacial de un cuchillo en su mejilla.

—Vas a estar en silencio hasta que yo te diga —le susurró Bruno Grande al oído—. Si no obedeces, te mataré.

Lucía escuchó cómo se alejaban sus pasos, cuyo eco desapareció por un corredor. Durante un par de minutos no ocurrió nada. Después se oyó el tumulto de una pelea, que concluyó con un sonido metálico. Percibió un crujido seco. A continuación, silencio.

La joven tembló al oír unos pasos que se dirigían hacia ella. Alguien retiró la mordaza que cubría su boca, y Lucía inspiró varias veces con fuerza. La voz de Bruno Grande resonó nuevamente en su oído: «Tenemos que irnos».

Mateo Riva se palpó el cuerpo y se dio cuenta de que estaba empapado de sangre. En el acto, su mente recordó la pelea, el impacto violento en el cráneo. Aquello no pintaba nada bien.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, advirtió que estaba rodeado de materiales de construcción. Ensartado en un amasijo de hierros, a poca distancia de él, se encontraba el cadáver de un hombre. Llevaba varias horas muerto, a juzgar por el incipiente olor a putrefacción.

Examinó su propio cuerpo y comprobó que solo tenía una pequeña brecha en el cráneo. La sangre que impregnaba su ropa no era suya. Durante la pelea con Bruno Grande, había conseguido aferrar la mano con la que intentaba apuñalarlo y hacer caer el cuchillo. Tras golpearle el cráneo con la barra metálica de una de las camas, el exlegionario lo había arrastrado hasta un pasillo y lo había dejado caer por una oquedad entre las tablas. Por fortuna, Mateo había rebotado sobre un cadáver y caído indemne al suelo.

Tanteó a su alrededor en busca de su pistola, pero no la encontró. Había sido una temeridad entrar a solas, en medio de la noche, en un lugar que desconocía. Serafín Leal no llegaba y cuando volvió a llamarlo desde una cabina cercana, ni siquiera descolgó el teléfono. La vida de Lucía estaba en juego, y por ello había decidido entrar en el hospital.

Tras empujar la verja metálica, examinó el edificio con su pistola Browning Hi-Power. En una sala con varias camas de hierro, sin colchones ni somieres, se encontraba Lucía. Estaba atada a una de ellas, y un pañuelo le cubría los ojos. Fue entonces cuando Bruno se abalanzó sobre él, blandiendo un objeto metálico. Lo último que recordaba era haber dejado caer su pistola, tras recibir un recio impacto en el cráneo.

Se incorporó con dificultad y se alejó unos pasos del cadáver en putrefacción. Al fondo del almacén había una puerta, cerrada desde el exterior. El techo era de madera, y a través de la pequeña oquedad se veía un fragmento de luna, lejana e inasequible.

Se lanzó con fuerza contra la puerta, sin que esta cediera. Tiró del pomo, pero lo único que consiguió fue que se rompiera. Golpeó entonces la puerta y gritó con todas sus fuerzas, pero nadie lo oyó.

Agotado, se sentó en el suelo para recuperar el resuello. Su vista estaba ya

adaptada a la oscuridad, y buscó alguna herramienta de la que servirse. Se acercó al encofrado y vio que uno de los hierros estaba casi suelto. Hizo palanca hacia uno y otro lado, hasta que consiguió desgajar un fragmento. Con él en la mano, se dirigió hacia la puerta. Apoyó su pie en el hierro y, presionando con fuerza, hizo saltar la cerradura.

Exploró el hospital hasta llegar a la sala donde había visto a Lucía. El lugar estaba vacío y las cuerdas que la ataban estaban esparcidas por el suelo.

Bruno Grande le había quitado su pistola, pero no las llaves del coche. Mateo se acarició la herida en la parte trasera del cráneo y comprobó que seguía sangrando. Necesitaría algún punto de sutura, pero ahora no tenía tiempo para ello.

Subió a su coche y condujo con rapidez por las calles de Madrid. Al ir a cambiar de marcha, se dio cuenta de que el embrague no funcionaba. Volvió a pisarlo, pero en ese momento percibió un fuerte olor a goma quemada. El automóvil empezó a perder velocidad, hasta que se detuvo del todo.

Abrió la puerta y salió a la calle, desesperado por su mala suerte. Buscó un taxi, pero no pasaba ninguno a esa hora tardía. Dejó el coche abandonado y se fue corriendo al domicilio de Serafín Leal.

Al llegar, exhausto, empujó la cancela del jardín. Iba a llamar al timbre cuando un disparo resonó en el interior de la casa. La puerta estaba entreabierta, y Mateo se adentró en el palacete. Sentada en el suelo estaba la criada, muerta. Vestía de calle, y su ropa ensangrentada hacía pensar que acababa de entrar cuando había recibido una puñalada en el cuello.

Bruno Grande tiró las flores al suelo y le arrojó a Serafín el agua de un jarrón. Para asegurarse de que estaba consciente, le propinó un fuerte golpe en el costado con su pistola.

Serafín se encogió por el dolor. Advirtió que Lucía estaba sentada en el sofá granate, con las manos atadas. No parecía herida, aunque sí aterrada.

Bruno Grande se sentó en el sofá, al lado de su hija. Tenía la cara llena de arañazos y las pupilas muy dilatadas. Aquello no pintaba nada bien.

La puerta se abrió y un hombre entró en el salón. Observó fijamente a Serafín, con un puro entre los labios.

—Vaya, vaya... Esto parece una reunión de familia.

Aunque había perdido un brazo y sus cabellos escaseaban, el puro entre los labios y la voz gutural le permitieron a Serafín reconocerlo. El recién llegado avanzó hacia él, balanceando el muñón de su brazo amputado. Se acercó al piano y acarició el teclado con el índice de su única mano. Serafín Leal lo observó en silencio; la sangre latía con fuerza en sus sienes.

—De haber sabido dónde vivía tu novia habría llegado antes hasta ti —añadió el Puro—. Afortunadamente, tuviste la buena idea de presentársela a Bruno antes de esfumarte. ¿Pensabas que nos olvidaríamos de ti, mientras te divertías en Madrid con tus furcias y tus caballos?

Serafín observó al antiguo legionario. A diferencia de Bruno, que representaba la fuerza bruta, Andrés era inteligente. El plan lo había urdido sin duda él.

—Habías perdido mucha sangre. No podíamos hacer nada por ti.

—¿Tampoco por Bruno? ¿Por eso lo tiraste al mar?

El Puro recordó su estancia en el hospital, recuperándose de sus heridas. Le habían tenido que amputar el brazo izquierdo a consecuencia de una infección. Cuando le dieron el alta, fue expulsado de la Legión, pero al menos pudo evitar la cárcel.

—Quiero mi parte del botín, y Bruno la suya —se sentó en la banqueta del piano—. A no ser que prefieras que Bruno le dé a tu hija el mismo trato que a los dos rebeldes en el Sáhara.

La mente de Serafín viajó desde el oasis de Edchera al Madrid de 1945. La capital de España intentaba recuperarse de la guerra y no era el mejor lugar para vender discretamente unos diamantes. Como buen legionario, se las arregló para obtener un documento de identidad falso y viajó en tren a Lisboa. Al llegar a la capital lusa, se

hizo un mapa de las joyerías de la ciudad. Tras varios intentos fallidos, decidió probar suerte en una joyería en la calle Augusta, donde el dueño trabajaba al mismo tiempo como dependiente. Serafín entró cuando estaba a punto de cerrar, con un solo diamante en el bolsillo. El joyero, grueso y calvo, observó la gema con curiosidad, pensando sin duda que era robada. Cerró la puerta con llave y, de regreso al mostrador, la examinó con una lupa de orfebre.

—¿Cuánto me daría por él?

El joyero lo miró sin tapujos, sopesando tanto al hombre como la mercancía.

—No será fácil encontrar un comprador. Vuelva mañana por la tarde y le haré una oferta.

Serafín volvió al día siguiente, como le había pedido el joyero. No se fiaba de él, así que pagó unos escudos a un peatón, de complexión parecida a la suya, para que entrara en la joyería a preguntar una nimiedad. Al verlo, dos hombres salieron de un portal contiguo y lo siguieron hacia la joyería. Mientras se alejaba discretamente de allí, Serafín tomó una decisión: si vendía los diamantes a un ladrón, lo haría al menos a uno que no intentase estafarlo.

Dos semanas después llegaba a Ginebra. Armado con un maletín aparatoso y vacío, entró en la sede del banco Boucher & Lombard y pidió ver al director para hacer un importante ingreso de efectivo. No debía de ser una práctica anómala, porque el banquero, de cabello rizado entrecano y nariz aguileña, lo recibió con presteza en su despacho acristalado, con vistas interminables al lago Lemán.

—¿Cuánto desea ingresar? —preguntó con solicitud, mirando ávidamente su maletín.

—Eso depende de usted.

Serafín extrajo del bolsillo de su camisa uno de los diamantes. Había depositado el resto en una caja de seguridad en otro banco.

—Dispongo de veinticuatro diamantes como este. Si me ayuda a encontrar un comprador para ellos, por doscientos mil francos cada uno, le pagaré una comisión de cien mil francos a título personal. Además, ingresaré una buena parte del dinero en una cuenta de Boucher & Lombard.

El banquero lo observó con cautela, preguntándose si se trataba de una trampa. Finalmente, le estrechó la mano y le pidió que volviera a la semana siguiente. La transacción se realizó sin altercados, y Serafín Leal regresó a Madrid con un millón de pesetas escondido en el forro de su maleta y el extracto de una cuenta bancaria en la que había depositado cuatro millones de francos suizos.

Una vez en la capital, en una España en la que faltaba de todo, empezó a adquirir pisos en mal estado, oficinas abandonadas y locales comerciales. Cinco años después adquirió su primer edificio en el barrio de Salamanca, sin siquiera recurrir al dinero

depositado en Suiza. Posteriormente se adentró en el negocio de la promoción inmobiliaria, que habría de reportarle grandes beneficios en las décadas siguientes.

—¿Dónde está la caja fuerte? —preguntó el Puro, obligando a Serafín a regresar al presente. Bruno Grande apuntaba su pistola hacia el rostro de Lucía.

—Está encima de la chimenea. Os daré lo que queráis, pero dejad que mi hija se marche.

El Puro rio con su voz gutural. Había visitado a Bruno en la cárcel tras su detención: a diferencia de él, la policía había encontrado en su bolsillo los diamantes robados. Bruno se negó a revelar la identidad de Leila, el único eslabón que habría podido conducirlo hasta Serafín Leal. Cuando fue puesto en libertad, veintitrés años más tarde, Bruno Grande acudió al Puro para pedirle ayuda. La fotografía de Serafín Leal en el hipódromo de Madrid, proporcionada por Beatriz Cisneros, los puso tras su pista. Ya en la capital de España, el Puro había robado la polvera de Carmen tras su conversación con Néstor Gálvez; también advirtió a Bruno Grande de que Mateo Riva lo estaba siguiendo y le recomendó que extremara sus precauciones cuando el sicario descubrió que se escondía en el Hospital de San José.

Bruno Grande descolgó el cuadro que estaba encima de la chimenea y lo lanzó sin contemplaciones al suelo. Encañonó a Serafín con su pistola y le ordenó que se incorporara. Sus manos temblaban, y tuvo que probar varias veces la combinación hasta que consiguió abrir la caja fuerte.

—Dejad libre a Lucía. Esto es entre nosotros tres.

Bruno Grande introdujo la mano en la caja fuerte. Había documentos y varios fajos de billetes por un importe muy inferior a lo que esperaba.

—Mañana iré al banco y os daré más dinero.

Bruno Grande negó varias veces con la cabeza, y la rabia acumulada durante tantos años afloró en un instante. Para que Serafín comprendiera que iban en serio, le propinó a Lucía un manotazo tan violento que la hizo caer al suelo. Al ver lo ocurrido, Serafín se abalanzó sobre Bruno Grande con un arrebató de furia, empleando las escasas fuerzas que le quedaban. Fue un intento desesperado y fútil. Bruno tuvo tiempo suficiente para anticipar su ataque y presionar el gatillo. Al recibir la bala en el vientre, Serafín cayó de espaldas al suelo.

—¿Qué has hecho, imbécil? —le gritó el Puro—. ¿Cómo vamos a conseguir ahora el dinero?

Bruno lo miró, entre desconcertado y molesto. Se inclinó hacia Serafín, para examinar su estado. Mientras lo hacía, el Puro cogió un abrecartas del escritorio, dio un paso hacia él y se lo clavó en el cuello. Bruno Grande se llevó la mano a la garganta, sin poder detener la sangre que manaba a borbotones de su herida.

El Puro tenía que actuar con rapidez. Su cómplice en la venganza ya no le resultaba

útil y necesitaba utilizar los instantes de vida que le quedaban a Serafín. No tenía tiempo que perder.

Se limpió la sangre en la camisa de Bruno Grande y buscó un papel en los cajones del escritorio. Utilizando la estilográfica Caran D'Ache de Serafín, escribió:

Yo, Serafín Leal, en pleno uso de mis facultades mentales, nombro heredero universal de todos mis bienes a Andrés Martín Sánchez.

Cuando terminó, acercó el papel a Serafín y le puso la estilográfica en la mano, pero se desangraba con rapidez y no era capaz de sostenerla. Le dio una bofetada para despertarlo. No podía morir todavía.

En ese momento, Mateo Riva entró en el salón. Tenía la ropa ensangrentada y empuñaba un cuchillo de cocina. El Puro alargó la mano hacia la pistola, próxima al cadáver de Bruno Grande, y la empuñó. Iba a apretar el gatillo cuando reparó, con su visión periférica, que la hija de Serafín no se encontraba en el lugar donde había caído tras recibir el manotazo de Bruno. Antes de que disparara, Lucía se abalanzó sobre él, sosteniendo entre sus manos atadas un pisapapeles con la efigie de un caballo, y le propinó un golpe en la cabeza. No fue suficiente para hacer que su pistola cayera al suelo, pero le dio tiempo a Mateo a lanzar el cuchillo, que se clavó en el corazón del Puro, provocando su muerte instantánea.

Lucía se arrodilló entonces junto a su padre moribundo. Sostuvo su cabeza con delicadeza y la apoyó en su regazo.

—En la caja fuerte —balbuceó—... Mi testamento...

Las formas a su alrededor perdieron nitidez. Vio desfilar ante sus ojos el cielo inasible del Alto del León, la arena abrasadora del Sáhara, los promontorios invisibles de la playa donde había besado a Leila por primera vez. Escuchó la voz hipnótica de Carmen, entonando las notas del aria «Quando men vo», y se vio rodeado de medusas luminiscentes que flotaban como fantasmas en el aire. La voz de Carmen se convirtió en un eco; el brillo de las medusas se difuminó poco a poco, y las tinieblas se cernieron sobre él.

Lucía acarició el semblante de su padre, cuyos ojos habían quedado congelados en el último instante, y dejó que sus lágrimas resbalaran sobre su rostro sin vida.

Unos meses más tarde

Lucía llevó a la despensa la caja de madera que acababa de traer el chico del reparto. En ella estaban las flores que adornarían los platos de esa noche: begonias para darle un sabor ligeramente ácido al cordero; violetas y azahar para añadir color; jazmín para proporcionar belleza. No todas las flores eran comestibles, por lo que había que emplearlas con cuidado y siempre en pequeñas cantidades.

Después de muchos preparativos, ese día inaugurarían El jardín de Sheherezade. El menú de los comensales integraría tres platos: Aromas de Bagdad, Noches de Tánger y Luna de Damasco, que fusionarían elementos de la cocina española, árabe y francesa.

—¿Cómo me queda el vestido?

Mateo la besó en los labios.

—Muy bien. Por cierto, deberíamos ir hacia la estación.

Lucía observó su reflejo en la cristalera de la cocina. Llevaba un vestido liso en la parte superior y plisado en la falda, de color verde oscuro. Nunca se había preocupado demasiado por su aspecto. De pequeña, su madre solía pintarle los ojos con *kohl*, pero nunca había salido maquillada de casa. Aun sin maquillaje, atraía numerosas miradas procaces.

Le dio instrucciones al cocinero para que acabara de preparar Noches de Tánger, el plato estrella. Consistía en unas costillas de cordero con cuscús y espárragos. Había empezado a marinar el cordero en aceite de oliva, romero y ajo el día anterior, para que se impregnase de su sabor. Lo más importante era la salsa de especias, a base de cilantro, comino e hinojo que acompañaría al plato. Los espárragos irían salteados en mantequilla y el cuscús llevaría un delicioso aceite de limón.

Se sacó el delantal y fue con Mateo a la estación de Atocha. Desde la muerte de su padre, se habían visto con frecuencia y había nacido un gran cariño entre ellos. Y algo más.

Al llegar a la estación, Lucía caminó con ansiedad por el andén, buscando a Beatriz entre las ventanas del tren. No había regresado a Madrid desde la boda de su hija con Mateo, celebrada unos meses antes. Aseguraba que su vida estaba en Tánger, y Lucía había tenido que insistir para que acudiera a la inauguración de El jardín de

Sheherezade.

Cuando la vio descender del vagón, arrastrando con dificultad su maleta, la joven no pudo evitar enternecerse. Se notaba que había envejecido, y sus movimientos se habían vuelto más inseguros. Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza.

—Vaya, vaya. Quizá tendría que irme más a menudo.

—Olvídate. No voy a dejar que te vayas.

Lucía le dio el brazo, y caminaron por el andén en dirección al vestíbulo. Hacía un día deslumbrante, y Mateo salió del vehículo cuando las vio llegar. Besó a Beatriz en la mejilla e introdujo en el maletero su equipaje. Recordaba perfectamente sus palabras cuando le había anunciado su intención de casarse con Lucía: «Si es para hacerla feliz, tienes mi bendición. Que Dios te ampare si no la tratas como merece».

Se sentó al volante del Maserati Quattroporte, que Lucía había heredado de su padre, y las dos mujeres se acomodaron en el asiento trasero. Cuando el coche se puso en marcha, Lucía cogió una bolsa del asiento del copiloto y se la dio a Beatriz.

—Es un regalo para ti.

Beatriz abrió la bolsa de color verde. En su interior había un pequeño paquete cuadrado, envuelto con un lazo de idéntico color. Y dentro había un broche dorado, con forma de mariposa.

—Es una volvoreta, para que te acuerdes de mí.

La maestra se frotó los ojos con la yema de los dedos, para contener las lágrimas.

—No me hace falta un broche para acordarme de ti...

Lucía la ayudó a ponerse la joya en la blusa.

—Te queda muy bien.

Beatriz la abrazó, y permanecieron entrelazadas durante unos segundos. Avanzaban por el barrio de Salamanca, y Lucía distinguió un comercio en la calle Hermosilla.

—¿Ves esa tienda de ahí? Es de mi amiga Nieves.

Lucía contempló los ventanales de la *boutique* de Nieves Latour. Unas semanas atrás había estado presente en su inauguración, que había ayudado a financiar con la inmensa fortuna heredada de su padre. Su amiga también atravesaba un momento dulce, igual que ella. En apenas un mes iba a casarse con Luis, el amigo de Mateo.

—¿Quieres ir a casa a descansar?

—¿Descansar? Me muero de ganas de ver el restaurante.

—Antes queremos contarte una cosa —Lucía hizo una pausa para multiplicar su expectación—. Vamos a tener un hijo.

La maestra la abrazó. Era tan feliz en ese momento que era incapaz de hablar.

—Si es niña, se llamará Beatriz. Como tú.

Beatriz se sentía muy orgullosa. Había hecho un buen trabajo con Lucía, aunque —buscando un paralelismo con la gastronomía— el ingrediente era de por sí

espléndido.

—No, hija, no. Si es niña, se llamará Leila.

Mateo observó a las dos mujeres a través del espejo retrovisor. Lucía sonreía, pletórica. Llevaba unos días esperando ansiosamente la llegada de Beatriz. Ahora que iba a ser madre, entendía los sacrificios que había hecho por ella.

—¿Cómo van los preparativos de la inauguración?

—Estoy un poco nerviosa, la verdad. Espero que todo salga bien.

Lucía había insistido mucho para que Beatriz viajara a Madrid para la inauguración de El jardín de Sheherezade. Sería un momento muy especial para ella.

—Ya verás cuando te enseñe el sitio. Te va a encantar.

Beatriz apretó la mano de la joven.

—Lástima que tu madre no pueda estar aquí. Estaría muy orgullosa de ti..., como lo estoy yo.

Lucía sonrió a medias. Acababan de llegar al restaurante, y eso hizo aflorar sus nervios.

—Espérame con Mateo. Quiero asegurarme de que está todo preparado.

Se quedaron en el coche, con el motor encendido para que el aire acondicionado no dejase de funcionar. Cuando regresó, le pidió a Beatriz que bajara el cristal de su ventana.

—¿Estás lista?

Le ofreció el brazo y caminaron hacia el restaurante. El cielo se deshacía en mil gamas de azul, y Lucía pensó que ese día era uno de los más felices de su vida.

Tapó los ojos de Beatriz con las manos y la guio hacia el interior. Cuando los abrió, la maestra lanzó un silbido de admiración. La luz entraba por un tragaluz situado en el techo, y las mesas estaban dispuestas en un patio en cuyo centro se encontraba una fuente. Había dos palmeras y varios maceteros gigantes con plantas exóticas. El lugar recordaba a un palacio árabe: sobrio, sencillo y austero, por fuera; exuberante, lujoso y lleno de maravillas, por dentro.

La inauguración discurrió sin contratiempos, y muchos invitados felicitaron a Lucía al acabar de comer. Agotados, pero satisfechos, se dirigieron al palacete de Príncipe de Vergara para que Beatriz pudiera finalmente descansar. Lucía le enseñó brevemente la casa, mientras Mateo dejaba su maleta en un cuarto de invitados. Las dos mujeres se instalaron en el salón.

—¿No quieres quitarte los zapatos? Estás en tu casa.

—Pues sí, hija. La verdad es que tengo los pies destrozados.

Lucía pidió a la doncella que les trajera una limonada fresca.

—Durante la comida he estado pensando y he tomado una decisión —dijo Beatriz—. Para ayudaros con el bebé, voy a instalarme en Madrid.

Lucía cogió la mano de Beatriz, agradecida y también aliviada. Le preocupaba que estuviera sola en Tánger, ahora que se hacía mayor. En Madrid podría cuidar mejor de ella.

Se acercó al cuadro tras el que se encontraba la caja fuerte. Apartó el lienzo y marcó la combinación.

—Quiero que tengas una copia de mi testamento, por si me pasara algo.

—¿No estarás enferma? —preguntó su madre adoptiva, inquieta.

—No, no te preocupes. Es solo que, con el bebé en camino, quiero dejar las cosas bien atadas. En el testamento figuras también tú como beneficiaria.

—No quiero hablar de eso, Volvoretta.

—Si me pasara algo, quiero asegurarme de que no te falta de nada. Lo único..., espera. No sé dónde he dejado la dirección del notario.

Lucía rebuscó en la caja fuerte, pero no encontró la tarjeta. Al remover los papeles, descubrió una carta oculta bajo el tapete de fieltro. La letra con la que estaba escrito el nombre de Serafín Leal, como destinatario de la carta, le recordaba mucho a la caligrafía de trazo fino de Beatriz.

El sobre estaba abierto, y Lucía extrajo una cuartilla de su interior. No cabía ninguna duda: era la letra de Beatriz. La carta, firmada con el nombre de Leila, indicaba a Serafín Leal que no podía aceptar su ofrecimiento de instalarse con su hija en Madrid. Además de explicarle que había aprendido a leer, le pedía que dejara de mandar dinero para la manutención de la niña e insistía en que no volviera a ponerse en contacto con ellas. Lucía observó la fecha de la carta. Data de julio de 1959, dos meses después de la muerte de Leila.

—Beatriz, ¿qué hiciste?

La peor pesadilla de la maestra acababa de hacerse realidad. Recordó el día en que había ido a visitar a Leila a la medina. Su hija estaba en el colegio, y la recibió presa de una gran excitación. Tenía una carta en la mano del padre de Lucía, enviada desde Madrid, en la que le ofrecía instalarse allí, con su hija, para vivir en las condiciones que ambas merecían. Por aquel entonces, la fibrosis pulmonar de Leila estaba muy avanzada, y había decidido aceptar la oferta del padre de Lucía para garantizar que, si moría, la niña quedaría a su cuidado.

Beatriz pensó en el riesgo que suponía para Leila ese viaje, en el estadio final de su enfermedad. Si fallecía durante el camino, la niña quedaría completamente desamparada, a merced de cualquier desaprensivo. Sintió pánico de perder a Lucía, como le había ocurrido con su bebé durante el viaje a Tánger. Intentó convencer a Leila de que ella cuidaría de Lucía si le pasaba algo. Se lo había ganado, enseñando a la niña sus primeras letras y obteniendo para Leila un trabajo en las cocinas del Colegio Español. Lucía era *su* hija, y no estaría con nadie mejor que con ella.

Asustada por su mirada posesiva, Leila tuvo miedo y le pidió a Beatriz que se marchara. La maestra insistió, suplicando que no se llevara a la niña a Madrid. «No hay nada de qué hablar —sentenció Leila—. Lucía es mi hija y me voy con ella a Madrid».

Preso del pánico, Beatriz se acercó a Leila y, aprovechando la debilidad provocada por su enfermedad, le tapó la boca con la mano hasta que dejó de respirar. Después de matarla, se sentó en el sofá y lloró desconsoladamente. Al cabo de varios minutos, preso de unos remordimientos que la acompañarían el resto de su vida, decidió entregarse a la policía. Pero entonces se acordó de Lucía, que estaba a punto de regresar del colegio. ¿Qué sería de ella si confesaba el crimen? Fallecida su madre, acabaría en un orfanato. No podía entregarse. Tenía que sobreponerse a los remordimientos, consagrándose a la educación de la niña y esperando que Dios la perdonara algún día.

Observó con horror el cuerpo sin vida de Leila, que no tenía señales de violencia. Si abandonaba discretamente la vivienda, nadie se enteraría de lo sucedido. Leila le había contado que el padre de la niña enviaba dinero todos los meses. Buscó en el armario e hizo un descubrimiento providencial: una caja de zapatos, atada con un cordel, en la que Leila guardaba el dinero, por aquel entonces medio millón de pesetas. La maestra cogió la caja, introdujo en ella la carta de Serafín Leal y abandonó la vivienda sin cruzarse con ningún vecino. No llegaría a utilizar ni un solo céntimo de ese dinero, que guardaría para entregárselo un día a Lucía.

Dos meses después de la muerte de Leila, cuando se hallaba inmersa en los trámites de adopción de la niña, Serafín envió una segunda carta, en la que le comunicaba su intención de viajar a Tánger para llevarse a Lucía y a su madre a Madrid. Atemorizada, Beatriz le escribió una carta de respuesta, fingiendo ser Leila, en la que le explicaba que su vida estaba en Tánger y que no tenía intención de trasladarse a Madrid. Era la carta que Lucía acababa de encontrar en el fondo de la caja fuerte y que sostenía ahora entre sus manos.

—¿Qué hiciste? —repitió Lucía, dolida e incrédula.

Beatriz la miró con unos ojos que reflejaban un fervor casi religioso.

—Ya te dije que haría cualquier cosa por ti.

Con lágrimas en los ojos, Lucía se dejó caer en el sillón granate.

—No quiero volver a verte —replicó, conmovida—. Sal de mi vista.

Desde la muerte de Leila, Beatriz se había dedicado en cuerpo y alma a ayudar a los más necesitados, pero sabía que Dios no le perdonaría lo que había hecho. Maldijo la salida de prisión de Bruno Grande. El día en que Lucía lo había reconocido en el café Hafa de Tánger, la maestra había salido a buscarlo. En vez de llamar a la policía, se acercó a él y le propuso, con voz temblorosa, ayudarle a

encontrar al padre de Lucía a cambio de que dejase a la joven tranquila. Para probar su determinación le dio un eco de sociedad, que Leila había guardado en la caja de zapatos, en la que se reconocía a Serafín Leal en el hipódromo madrileño. También le ofreció todo el dinero de Leila a cambio de que dejase a Lucía en paz. Beatriz había vuelto a encontrarse con Bruno Grande en Madrid, unos días más tarde, para darle la fotografía en la que aparecía Lucía junto a su madre. La había robado de su caja de recuerdos, sin sospechar que volvería a verla unos días más tarde en Tánger, en manos del detective contratado por Serafín Leal.

—Te he querido más que a nada en el mundo, mi pequeña Volvoretta.

Turbada, Lucía pensó en su madre, mientras observaba por la ventana la reja del jardín. Ni siquiera reparó en que Beatriz había abandonado el salón.

Al cabo de unos instantes, la joven se levantó y cruzó la puerta que esta había dejado entreabierta.

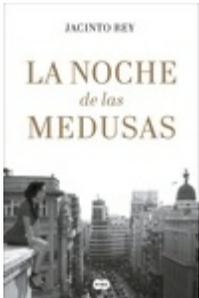
—¡Beatriz! —llamó—. ¡Beatriz! —Mateo apareció en el umbral del despacho—. ¿Sabes dónde está Beatriz?

—No, pero hace un momento oí que alguien salía por la puerta de la calle.

Lucía corrió hacia la entrada. La puerta estaba abierta, y atravesó el porche en dirección al portón de hierro. Beatriz se encontraba en la acera, y sus miradas se cruzaron durante unos instantes. En sus ojos había ternura, alivio, redención. Había cargado con aquel secreto muchos años. Demasiados. Beatriz dio un paso adelante y, justo antes de que pasara un tranvía, se lanzó sobre los raíles.

¿Hasta dónde puede llevarte la venganza?

Un *thriller* lleno de acción, intriga y giros inesperados, cuya cuidada ambientación nos traslada al Madrid y al Tánger de finales de los años sesenta.



Madrid, 1969. Serafín Leal y su amante recordarán la noche de la llegada del hombre a la luna... por un motivo que hubieran preferido evitar.

Una tras otra, las mujeres importantes en la vida de Serafín Leal se hallarán en peligro por un secreto atesorado durante varias décadas. El detective privado encargado del caso descubrirá que su cliente esconde un pasado oscuro y que se encuentra en marcha una venganza de consecuencias imprevisibles. ¿Qué ocurrió durante la noche de las medusas? ¿Hasta dónde llegará la espiral de violencia y venganza?

«Hay momentos que definen nuestras vidas. Una noche de 1945, un ejército de medusas luminiscentes convertirá la costa de Tánger en un paisaje onírico, haciendo que la vida de nuestros personajes cambie para siempre. Una historia de búsqueda, autodescubrimiento, venganza, expiación y redención».

Sobre el autor

Jacinto Rey nació en Vigo en 1972 y estudió la carrera de Ciencias Económicas entre España e Inglaterra. Políglota y viajero impenitente, ha vivido en los últimos años en Alemania, Suiza y Francia. Su primera novela, *El cirujano de Las Indias*, mostraba la cara y la cruz de la colonización española en América del Sur. En el año 2009 realizaba su primera incursión en el género policiaco con *El último cliente*, primera entrega de una serie dedicada a la inspectora holandesa Cristina Molen, a la que sucederán *El hombre de El Cairo* y *La máscara del dragón*. Tras la publicación de *Dile a Marie que la quiero* en 2016 (Suma), *La noche de las medusas* constituye su séptima novela.

© 2018, Jacinto Rey
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-198-5

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Fotografía de portada: Paula Bemart / “Mad Madrid”, © Alejandro Marcos / www.filmscometrue.com

Conversión ebook: Raquel Martín Mira

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[La noche de las medusas](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)